



NOSOTROS

UNA VUELTA AL MUNDO

Conferencia dada en el Consejo Nacional de Mujeres el día miércoles
27 de mayo de 1914

Señoras, señores:

Vengo a cumplir un compromiso, dejándome llevar de la tentación con alguna ligereza, pero que me fué imposible eludir ante la invitación, amable e inmerecida, de las distinguidísimas señoras de esta respetable institución del Consejo Nacional de Mujeres. La obra que tan benemérita asociación realiza, quizás insuficientemente conocida del grueso público, no por ello merece menos caluroso aplauso, y me complazco en tributárselo, reconociéndole vasallaje, en este instante en que la obligación que me impuse me hace aquí comparecer.

No sé si las señoras que han creído que podría interesar el breve y fugaz relato de una vuelta al rededor del mundo, habrán acertado en sus buenas intenciones: lo dudo mucho, no tan sólo porque viajes semejantes son hoy ya muy comunes sino porque, en el reducido tiempo de una conferencia, — sobre todo, del género de la presente, que debe ser más bien una conversación familiar — difícilmente podrá lograrse transmitir algo más que el relampagueo de una impresión confusa de cinematógrafo. Trata-

ré, sin embargo, de no fatigar demasiado la atención, que adivino gentil y bondadosa, pero de la cual cuidaré de no abusar.

Sólo de paso quiero particularizar que dicho viaje no fué, desgraciadamente para mí, una plácida excursión de turista, que traza y dispone de años enteros, de modo que hace la elección con libertad de lo más pintoresco o, para su respectiva idiosincrasia, más interesante: no; por el contrario, llevaba un propósito de investigación técnica — el examen crítico del régimen de la propiedad en determinados países, — y debía estar subordinado en todo a ese objetivo, sometiendo a él mi curiosidad de *globe trotter* y dando más de una vez con la puerta en los ojos a mis aficiones de estudioso. De ahí que haya tenido que renunciar a ver muchas cosas llenas ciertamente de interés, atando mi propio querer de pies y manos al sacrificar incursiones en regiones encantadoras y cerrar los ojos ante la seducción de lugares que me retenían con fascinación estupenda. Pero el deber me imponía esa inmola-ción, y de ahí que mi itinerario no comprenda puntos que atraen por lo general y de los cuales regresan los viajeros con el alma llena de recuerdos, conservando en su visión la imagen de paisajes, de tipos, de escenas inolvidables. Vale decir, entonces, que mi relación de hoy tendrá forzosamente que carecer de ese atractivo; tampoco podría contarle todo sin que falte un sí ni un no, y otras cosas por menudencias de jo: pido por todo ello a la simpática concurrencia disculpe estos vacíos y mucho desconfío de que lo poco visto por mí, en los ratos que mi objeto especial me dejaba libres, pueda justificar el haber reunido hoy aquí tan selecto y numeroso auditorio.

Prescindo, dejando por contar las cosas intermedias y para abreviar detalles sobre lo más conocido, de la parte relativa a Europa: al embarcarme en Marsella en el incoñodísimo vapor *Charles Roux* en dirección a Argel, me apercibí con tiempo para penetrar en el mundo misterioso del Oriente, y empaparme en el ambiente sutil de la vida árabe y musulmana, llena de poesía y de ensueños. La llegada a Argel, lejos de producir el desencanto que la realidad, siempre inferior a lo imaginado, por lo general trae consigo, me llenó de verdadera estupefacción: las cumbres nevadas del Atlas, a lo lejos, plasmaban la imagen y la hechura de una admirable decoración, con las montañas de la Kabylia y las numerosas colinas que rodean de cerca a la ciudad, mientras que

ésta, envuelta en la más lujuriosa y exuberante vegetación, daba realce, entre follaje sempiternamente verde, a sus barrios pintorescos, mostrando a la derecha los caseríos apiñados y las callejas tortuosas y en forma de escalones interminables, de la parte árabe, y a la izquierda las resplandecientes villas del Mustapha superior, con edificios suntuosos y con jardines soberbios; la bahía, por otra parte, es hermosísima y no desmerece, aun cuando en detalles difiera, ni de la majestuosa de Río Janeiro, ni de la histórica del Cuerno de Oro de Constantinopla, o de la poética de Nápoles, como tampoco de la estupenda de Sydney o de la inolvidable de la Puerta dorada de San Francisco. Argel, vista desde el mar, tiene el encanto de un clima espléndido, de una coloración azul que hace resaltar los muros blanquísimos de sus edificios, y resplandece con tan singular hermosura que justifica el dicho árabe de ser “un diamante engarzado en esmeraldas”, pues la flora subtropical que la rodea envuelve a las cúpulas y minaretes, a las terrazas, a las iglesias y mezquitas, a la Cruz y a la Media Luna, en un conjunto tan armonioso que lo cristiano y lo morisco parecen herianarse para convertir aquella otrora cuna terrible de los piratas berberiscos en una de las joyas más simpáticamente deslumbrantes del mundo actual, una ciudad que lo antiguo y lo moderno a la vez abraza, y que seduce, subyuga y atrae, así que el viajero la vislumbra. Apenas desembarcado, la mezcla estupenda de vida musulmana y de cultura europea da calor y color a las cosas de modo tal que los ojos no saben qué admirar más, si los blancos burnous de los árabes majestuosos e imasibles, y el tupido velo de las mujeres emocionantes, cuyos ojos brillan, giran, penetran en el alma de quien los mira, a través de la abertura arcaica del *haik* tradicional; o, al mismo tiempo, una turba abigarrada de judíos, flacos y de típica nariz y largas guedejas, los unos, gordos y de protuberancia nasal no menos característica, los otros, ambos con sus mujeres enormemente corpulentas, sin velo éstas pero cuya fisonomía parece también contaminada por el perfume voluptuoso que todo lo invade en aquella tierra del sol, de la languidez y de la pasión; o, conjuntamente, negros, malteses, europeos de todas nacionalidades, codeándose unos a los otros, en movimiento incesante todos, produciendo una impresión de vértigo el entrecruzarse de tanto tipo diverso, vestidos con los variados colores del arco iris, representando una completa colección de las razas humanas, y todos

envueltos por el sol radiante y la atmósfera diáfana de aquel cielo seductor.

No me detendré en la sección europea de la ciudad, que los franceses han edificado con calles amplias y construcciones suntuosas: lo que más me impresionó desde el primer instante fué la parte árabe, que se ha tenido el buen gusto de dejar intacta, aun cerrandò los oídos a los reclamos de higienistas y de ediles que todo quieren reformar y modernizar: esas callejas empinadas e irregulares, tan angostas que a las veces dos personas no pueden por ellas caminar de frente; aquellos centenares y centenares de escalones que es preciso trepar para llegar a la calle de la Kasbah; los bazares que llenan las aceras y la gente que ocupa la calzada; los cafés árabes, rebosantes de parroquianos sentados con las piernas cruzadas, fumando impasibles o sorbiendo el eterno café; los vestidos flotantes de hombres y mujeres, cuyos vivacísimos ojos parecen querer atornillarse en la mirada del viajero; esa vida árabe, de ensueño y holganza, de placer, de amor, de todo cuanto la calenturienta imaginación morisca ha podido concebir: eso, eso es lo que fascina y deslumbra. Y, fuera de las callejuelas de bazares, en las otras las puertas, sempiternamente cerradas, hacen entrar en vehemente sospecha de si es mentira o verdad la existencia llena de misterios en los ponderados patios de sus casas, cerradas celosamente a la mirada profana del paseante, quien no logra ver por lo general sino muros impenetrables, sin ventanas, sin signo alguno de vida exterior, mientras que adentro cada moro tiene su harem y, de noche, suelen vislumbrarse en las azoteas, sentadas silenciosamente, varias figuras de mujeres, señoras y favoritas, domésticas o acompañantes, pero que el curioso está condenado a adivinar de lejos, sin poder de cerca contemplarlas para admirar su decantada belleza. La Kasbah, histórico palacio de los deys de los piratas argelinos, es el centro de un barrio singular: la rue de la mer Rouge, con sus ventanales salientes que apenas permiten pasar a un hombre solo entre una y otra acera, la rue Ben-Ali y tantas otras, transportan el espíritu a la época en que los moros de entonces volvían triunfantes de sus incursiones piráticas en las costas del Mediterráneo y traían consigo cautivos y cautivas, para arrojar a los unos en las húmedas mazmorras de sus torres elevadas, y repartirse las otras en los harems nunca hartos de recibir bellezas de todo tipo y origen. El laberinto de las calles del barrio morisco es tan extraordinario que se pasa

días y días recorriéndolo, viendo siempre algo nuevo, buscando a diario su camino como si aquel reducido espacio fuera más grande que esos enjambres colosales de avenidas o de travesías, que caracterizan a Londres o a Pekín. Las mezquitas, con la eterna orientación de su *mirhab* hacia la Meca; las escuelas árabes, con el maestro y los alumnos, sentados en cuclillas a su alrededor, repitiendo todos a la vez en coro la lección; los cafés nocturnos, con las danzas sugerentes y lascivas de las vírgenes locas de la tribu de los Ouled Nails; todo el Argel morisco es realmente sueño de gente despierta, a la que se le representa la gloria e imagina felicidades humanas: es la visión de un mundo nuevo para el viajero de raza blanca, pero de una vida que al instante se apodera de quien penetra en su ambiente, lo envuelve y ha tentado a más de uno a convertirse en musulmán y vestir el burnous elegante, para dejarse vivir bajo aquel sol ardiente y en medio de aquella población que parece ignorar o despreciar las penas o las preocupaciones de la existencia, y que vegeta imperturbable, majestuosa, feliz, no pidiendo a la vida sino el vivir del momento presente, sin percatarse del mañana, tan grande e incommovible es su fe en Allah todopoderoso y en Mahoma, su profeta!... Tengo aun ante mis ojos, — una mañana que bajaba la típica rue du Chameau, con sus escalones resbaladizos y las puertas, herméticamente cerradas, de sus casas, — la visión de un árabe de edad madura, que salía de una de ellas envuelto en amplísimo burnous y a quien acompañaba hasta la puerta una de sus mujeres, a la cual alcancé a ver un instante anudada a su cuello, pero que se apresuró a retirarse al notar la presencia de un extraño: la curiosidad me hizo ir derecho al argelino, quien hablaba un francés algo enrevesado pero comprensible al fin, y busqué, poniendo todos los esfuerzos de mi discreción en jugar el lance, que me permitiera echar siquiera una mirada al interior de su casa misteriosa; resistióse aquél, quien me dijo ser comerciante y parecía, por su vestimenta, hombre acomodado, pero fueron tan insistentes mis súplicas, tanto le conjuré y rogué, que consintió al fin en abrir la puerta, penetrar conmigo en un zaguán que, a poca distancia, doblaba en forma de codo y hacerme llegar a un patio: en alta voz dijo algo en su idioma y oí cerrarse con violencia, rápidamente, las celosías de la parte alta que daba sobre aquél, el cual quedó entonces tan silencioso como la calle, rodeado de elegantísimos pilares de mármol blanco, y dejando entrever habitaciones a los

cuatro costados, con tapices en el suelo y divanes a lo largo de los muros, todo lo cual producía una impresión indefinible de encanto, de vida segregada del mundo, de poesía y de tranquilidad, sólo interrumpida por el abundoso chorro, lento y continuo, que arrojaba al aire una artística fuente situada en el centro, la cual así suavemente refrescaba la atmósfera: y, al mismo tiempo, de las celosías del piso superior parecían derramarse fragantísimos olores de rosas, flores, y aromáticos perfumes; en lugar semejante, lejos del alcance de cualquier mirada indiscreta, con una luz blanda y amorosa que os está rondando los ojos, todo convida a la voluptuosidad, al goce sensual, a soñar con las huries del paraíso mahometano... Creo que abusé de la bondad de mi árabe, pues demasiado pronto, para mí, me significó que la curiosidad debía estar satisfecha y que era tiempo de retirarse. Y tuve que hacerlo; pero, malgrado el tiempo transcurrido, cuando cierro los ojos y recuerdo aquel instante, pareceme oír todavía el rápido cierre de las celosías, y quien sabe — porque confieso que, teniendo a mi lado al dueño de la casa, no me atreví a mirar — si por entre los elegantes arabescos de madera de aquéllas, más de un ojo curioso contemplaría escandalizado al *roumi* que, por arte al parecer incomprendible, había logrado levantar un momento siquiera la punta misteriosa del velo tupidísimo que tan celosamente cubre al hogar musulmán!

Mientras tanto, en el barrio europeo y en el Mustapha superior, viajeros de todas nacionalidades calientan sus espaldas al sol y llenan aquellos hoteles cosmopolitas en los meses del invierno, huyendo de las nieves y de los fríos de los países del norte. El infatigable *Comité des Fêtes* se esfuerza por multiplicar las diversiones, repitiendo, en la soberbia carretera que costea la ribera del Mediterráneo y que compite dignamente con la legendaria Corniche de la Riviera, batallas de flores, corsos, y las típicas “fantasías” de los jinetes moros, Centauros verdaderos. Pero claro que todo ello convertía mi calor en frialdad; prefería tal aspecto de la vida en la orilla opuesta de aquel mar, pues allí lo que me fascinaba era lo que, a mi grande estupefacción, parecía no interesar mayormente a los turistas elegantes: es decir, el mundo árabe con sus luces y sus sombras.

Tengo por fuerza que suprimir el recuerdo de mis excursiones en el interior de Argel, la impresión de Constantine y de su rue Nationale, de las gargantas de sus montañas entre Cabo Okas y

Kerratá, lo pintoresco del río Rhumel, y tantas y tantas otras cosas. El tiempo señalado a esta conversación no me permitiría entrar en detalles semejantes. Y de Túnez tendría que decir mucho más que de Argel, si bien la similitud de su vida árabe me permitiría concentrar en pocos rasgos el recuerdo perdurable que tengo del tiempo vivido allí.

Por otra parte, el pasado de estas regiones nos enseña que constituyeron una comarca homogénea, berberisca hasta la médula, teatro de los choques más sangrientos y continuos entre diversos pueblos, desde que los fenicios elevaron en Cartago la sede de su imperio histórico y que Roma, tras el sangriento sometimiento de Jugurtha, se apoderó de todo el país, al que ha dejado sembrado de ruinas majestuosas, revelando a través de los siglos las obras públicas admirables que por doquier señalan el paso de su civilización. La iglesia católica, a poco andar, encontró en el Africa del norte el terreno más apropiado para brillar e iluminar con su doctrina al Occidente entero, relumbrando clarísima por toda la redondez del orbe entonces conocido: Tertuliano, San Cipriano, San Agustín, para no recordar sino los más ilustres, serán siempre focos de luz eterna para el cristianismo. Después, tras de la dominación bizantina, viene la conquista musulmana y árabe, y el florecimiento de aquella estupenda cultura morisca que ha dejado en media España rastros imborrables. Más tarde, los corsarios desalmados, compuestos de renegados de todas las razas, desde los puertos africanos tienen durante siglos en continuo temblor a la cristiandad; y San Luis viene a morir en sus costas, Carlos V acude en persona a dominarlos, pero queda triunfante la raza indomable de los Barbaroja y Kheir-ed-dine. Pues bien: de todo ello se encuentra a cada paso rastros en el suelo africano, y esta involuntaria evocación de la historia, ese constante alzarse de los muertos de tantos siglos para competir con los vivos en atraer la atención del viajero, como queriendo que toda la tierra sea testigo, es uno de los aspectos más interesantes que presenta aquella región inolvidable.

Así, Túnez — fuera de su hermoso barrio europeo y de su curiosísima ciudad indígena, — tiene a sus puertas las ruinas de Cartago, llevando tras sí los corazones por el drama histórico singular de las guerras púnicas, que no logra hacer olvidar el esplendor posterior de la iglesia africana ni, hoy tampoco, los edificios

y templos que la fe robusta del cardenal Lavigerie ha hecho erigir sobre los escombros de la ciudad de Dido, de Aníbal y de Asdrubal. El recuerdo de la civilización cartaginesa, malgrado los siglos transcurridos desde que fueron arrasadas hasta las últimas piedras de las murallas de su metrópoli, ejerce una atracción extraordinaria, y se pasea el viajero por los montículos que cubren los escombros de sus palacios y sus templos rememorando el esplendor de aquella cultura, que hizo temblar a Roma misma y que arrancara a Aristóteles uno de los elogios más sinceros al reconocer que hacía más de cinco siglos que el senado cartaginés venía dando al mundo ejemplos de sabiduría y firmeza, gobernándose con aquel misterioso "consejo de los cinco", de que Venecia tomó después la idea para organizar su célebre "consejo de los diez". Roma fué cruel en su victoria: trabajo cuesta hoy, 3.000 años después, identificar las ruinas cartaginesas, reconstruir mentalmente sus templos, imaginarse sus palacios: nada, casi nada queda de aquella época.

Túnez la blanca ha ido poco a poco ahogando su recuerdo, con la vida oriental de sus souks bulliciosos, con sus mezquitas, sus koubbas y sus midhas: todo lo cual, contemplado desde las alturas del Belvedere, ese parque maravilloso que el protectorado francés ha levantado para coronar la ciudad vieja y adornar la nueva, resulta de un encanto y de una seducción únicas, abarcando la mirada aquel espacio reducido de tierra que encierra, a la vez que las ruinas más interesantes de la historia, el testimonio más curioso de la cultura musulmana y la prueba más elocuente del poder de la actual civilización europea. En las afueras de la ciudad, el palacio de El Bardo, con su escalera de los leones y sus resplandecientes salas de audiencia, representa gráficamente la esencia de la actual dinastía, cuyo bey sólo reina en el nombre pero nada gobierna, y cuya organización tiene el manto tunecino pero sostenido por la garra francesa; la decoración de la sala del trono es de un gusto característico de tapicero empresario, con sus recargos de dorados chillones y sus muebles demasiado ornamentados: uno de los beys ha puesto allí su nota personal haciendo colocar en uno de los ángulos, sobre una mesa y bajo fanal de vidrio, una gran muñeca, vistosamente alhajada, que comprara en un viaje a París. . . Pero es la parte árabe de Túnez como en Argel, lo que también atrae: desde la Puerta de Francia, que separa la sección europea de la musulmana, el barrio El-Medina, con sus souks angostos

y en cada uno de los cuales se ven sólo artesanos de un solo oficio, presenta un aspecto de vida más intenso aun que los bazares de Stamboul o los moukis del Cairo; y se retiene extrañamente en la memoria la calle Halfaouine, con su mezquita, su fuente monumental y sus cafés moriscos.

Pero, lo confieso: malgrado todo aquel encanto prefería tornar a la ley vieja, volviendo a las ruinas solitarias de Cartago y, desde lo alto de sus colinas, contemplar la maravillosa perspectiva que ha presenciado tanto drama emocionante en los 4.000 años de vida conocida que registran sus anales; la mirada se extiende por todo el golfo inmenso y silencioso, de cuyos bordes se encumbran con tal aspereza que se muestran inaccesibles, las colinas y montañas de contornos mágicos dominadas por el Bou-Kornine, dedicado a aquel terrible Baal que Salambô — en la estupenda evocación de Flaubert — contemplara durante las noches febricantes, desde la terraza de su palacio de hadas; más allá, se extienden las cumbres azuladas del Djebel Recas y del Zachouan, y la mirada se encuentra de repenté como asida con garfio invisible al posarse sobre La Goulette, el nido temible de los piratas tunecinos, donde viniera a terminar la cruzada de San Luis. y, donde, tres siglos después, Carlos V tan inútilmente penetrara: hoy aquel sitio simplemente vegeta, convertido en lugar de pescadores inofensivos y en estación estival que los judíos patrocinan, mientras que, del otro lado, la pintoresca aldea de Sidi-hou-said parece desprenderse de los flancos de la montaña, en el lugar mismo donde exhalara su último suspiro el santo rey francés. Desde aquellas alturas, salpicadas de basílicas y museos, cuarenta siglos se levantan ante la imaginación sobreexcitada para contar la leyenda terrible de sus luchas y sus glorias! Tengo aún esculpida en la memoria la tarde, llena de melancolía, en que, sentado en una de las rocas más altas, tomé de nuevo en las manos a Flaubert, evocando otra vez más el drama de Salambô, que se me representaba con todos los contornos de escenas vividas y actuales: la aridez que me rodeaba, los edificios hoy levantados allí por una piedad cristiana que parece profanar la santidad del recuerdo pagano, las ruinas que por doquier se contemplan, todo desapareció poco a poco como se deshace el humo con el viento, y mis ojos tan sólo veían las construcciones de la Cartago de la leyenda, una población multicolor llenando sus calles, las escenas todas del drama descrito por el genial novelista; y esa

curiosa trasposición de siglos y de espectáculos se apoderó de tal manera de mí, y tan tenía el pasado echadas hondas raíces en mi pecho, que no podía convencerme de la realidad y ésta era lo que me parecía ser sueño... Y bajando de allí, malgrado el tranvía prosaico que acorta las distancias, sigue el encanto dominando al más indiferente, hasta que reposa su vista en aquella curiosa fuente de la virgen, la Ain Sbia del pueblecillo de Kousbous: por fin, en veloz automóvil se recorren los pintorescos kilómetros de la Corniche que costea al golfo y permite gozar de un panorama soberbio, hasta terminar en el centro mismo del Túnez europeo.

Menester fué arrancarme al encanto de la vida tunecina y dejar aquel soberbio Tunisia Palace Hotel, tan distinto del tranquilo Hotel de la Régence argelino, para embarcarme en el *Solutto*, ya que la conquista italiana en Trípoli me impedía entonces conocer aquella región, y — después de recorrer la Sicilia, visitar las ruinas recientes de Messina y detenerme en Palermo, cuya histórica capilla bizantina vuelve a la memoria las hazañas de uno de los períodos más interesantes del pasado, — poder sólo gozar de una breve estadía en Nápoles, tornando a vagar por las ruinas de Pompeya y a ascender al Vesubio: por cierto una excursión fantástica, porque el regreso a caballo desde el cráter se efectuó de noche, hiriendo los ojos el resplandor de las luces rojizas que salían del volcán, amortiguadas apenas por la pálida claridad de la luna, y contemplando a lo lejos la poética bahía, mientras que la cuesta empinadísima, llena de lava aun tibia o de piedrecillas que rodaban con estrépito siniestro bajo las pisadas de las cabalgaduras, compartía la atención y la emoción, añadiendo a lo hermoso del espectáculo el punzante temor de un peligro posible en caso de un fácil desbarrancamiento... Y, al día siguiente, me embarcaba en el *Omrah* con dirección a Egipto.

Esta vez, sí, deploro que el tiempo no me permita ser copioso en la comunicación de mis impresiones de Port Said, ni del Cairo, ni de la excursión inolvidable al Alto Nilo, pasando la primera catarata, ni la travesía por el canal de Suez y el quemante Mar Rojo. Es imposible intentarlo en pocos minutos. Apenas podré recordar el efecto que la estatua avanzada de Lesseps, antes de llegar a Port Said, produce; atravesar ese puerto típico,

con su población levantina y cosmopolita, donde se oyen todas las lenguas, y llegar al Cairo, para descansar la mirada desde la terraza del Hotel Gran Continental y ver, como en un *film* no interrumpido, la sucesión de cuadros curiosísimos que la vida egipcia allí presenta. Vuelan los días en aquella ciudad que, en realidad, encierra varias ciudades sucesivas, desde las ruinas de la primitiva población del otro lado del río, con sus curiosos restos de antiquísimos templos; las de la ciudad cristiana, con su docena de iglesias y la fortaleza romana; la primera ciudad árabe, con su mezquita de Amr; la segunda ciudad turca, con la otra singular mezquita de Ebn Toulom; la tercera ciudad musulmana, con su universidad indígena; y la actual, en su mayor parte europea, que todavía no ha erigido monumento alguno que la caracterice, con excepción del estupendo museo, que por sí solo resume la civilización egipcia entera. No podría entrar a describir monumentos ni instituciones: apenas cabe aquí hacer memoria de una que otra escena típica de aquella existencia especialísima. Tocóme un guía curioso, que creyó debía interesarme lo que a la generalidad poco atrae: el aspecto íntimo de la vida egipcia; llevóme un día a presenciar, en una familia kopta, la hermosa ceremonia de la consagración de un recién nacido, en medio de una agrupación de hombres que rodeaban al místico jarrón *goolah*, adornado con joyas costosas, tocando casi todos una música ensordecedora de tam-tams o rompiendo furiosamente no pocos en gritos de alegría, y viéndose tres velas encendidas que representaban cada una un nombre, a fin de corresponder a la criatura el de la bujía que se extinguiera la última; otro día me hizo contemplar, en un casamiento, la procesión del Zaffet-el-Hamman, con la novia ataviada, rodeada de sus relaciones y precedida de músicos: no la dejan poner los pies en el suelo sino que la llevan en un carruaje cubierto con rico chal de cachemira y, al salir de la casa, le arrojan poéticamente pétalos de rosa en profusión, cual si quisieran que fuera con corona en la cabeza en señal de victoria: la calle está llena de banderitas y se recibe a todo el mundo sin invitación; otra vez, condújome a ver un funeral, con el cadáver envuelto en diversos paños de seda, hilo, algodón y lana: el imán recita una plegaria y los presentes dan en alta voz su testimonio sobre las condiciones del muerto, para que pueda ser mejor juzgado a su entrada en el otro mundo, y la procesión se organiza llevando el buey destinado al sacrificio, los

camellos cargados de pan, y las lloronas más adelante; otra vez me hizo asistir a la partida para el extranjero, en viaje de placer, de un egipcio rico que llevaba sus cuatro mujeres, guiadas por el infaltable eunuco, quien no las deja mirar a parte alguna: agregándome que, apenas se embarcan en un vapor europeo, cambian de trajes y de hábitos, se visten como las demás señoras y participan en la conversación con los hombres. Llevóme a los bazares para hacer alarde de las industrias típicas locales, sobre todo las de bronce, bordados de oro y plata, y los trabajos en madera: vi tomar un trozo de bronce, dibujar con una pluma una serie de líneas complicadas, y con el martillo y el punzón al poco rato convertirlo en la obra de arte más perfecta; observé paños que bordaban con oro y plata, sacando a luz colores pálidos admirables; contemplé como hacen los arabescos de madera en los *mosharabieh* que tanto encantan cuando se les ve convertidos en herméticas persianas de los harems, en las ventanas a la calle. Y pasaban los días paseando conmigo largo y tendido por la ciudad, mostrándome los acarreadores de agua con sus dos vasos de bronce, que golpean uno con otro; el vendedor ambulante de sorbetes, con un vaso de cristal ornamentadísimo, y tantos otros tipos populares. Por último me llevó a presenciar el zirk, en el cual una serie de fanáticos, sentados en rueda, se hipnotizan a sí mismos recitando en coro ciertas plegarias o repitiendo frases guturales, hasta caer en convulsiones, lo que me recordó a los derviches danzantes que en otra época tuviera oportunidad de ver en Constantinopla. Pero de todas las ceremonias a que me tocó asistir, la procesión de la Alfombra Santa, de vuelta de la Meca, fué la más suntuosa por el aparato del Nahmal, la riqueza de los acompañantes y el fervor de los espectadores. Abrevio, porque sería interminable en la descripción de detalles; pero no he podido borrar la memoria de cierta impresionante ceremonia religiosa, que fuí una noche a presenciar desde el interior de una casa egipcia, mirando a la calle por una de las ventanas: era la procesión de Hussein y Hassan, que los musulmanes celebran con fervor extraordinario; cuando llegamos a la casa, ya la calle estaba cuajada de gente y tenía un aire peculiar de fiesta: el centro se conservaba despejado; al poco andar comenzó a llegar la procesión: niños en carruaje, hileras de hombres a los costados y, en el centro, dos filas de fanáticos, desnudos hasta la cintura y con filosas cimitarras en la mano, tajeándose furiosamente unos a los otros,

se dejaban miserablemente despedazar y tenían el cuerpo chorreando sangre, que otros creyentes limpiaban con géneros blancos, entonando todos cantos guturales y monótonos; el espectáculo era terrible, pues la concurrencia se encontraba sobreexcitada por aquella especie de martirio en público, y todos se exaltaban, gritando y gesticulando, ante aquella ofrenda singular al culto musulmán; durante la hora interminable que duró el desfile, una angustia incomprensible se apoderaba del espectador cristiano, temeroso de que su presencia fuera notada por la turba y se la considerara un sacrilegio, por más que el dragomán aseguraba que no había peligro alguno. . .

Fuera de esos aspectos, la ciudad del Cairo, en los meses de invierno, parece cosa encantada: aquel palacio de Ghezireh, donde se dan conciertos inolvidables; los bailes en el Savoy, los tes en el Shepherds, las mil diversiones que llenan la existencia del turista, le hacen creerse en el país de las Mil y una noches: al espectáculo pintoresco de la vida indígena, en los barrios egipcios, koptos o musulmanes, se une el de la existencia elegante más fastuosa y llena de brillo; y ese mismo contraste extraordinario de resplandor y hermosura alcanza efectos intensísimos, difícilmente superados en parte alguna del mundo.

Pero lo admirable, lo estupendo en Egipto es la visita a las ruinas de sus viejas ciudades y de sus templos legendarios, desparrramados a ambos costados del Nilo, desde el Cairo hasta Wady Hafá. Tocóme realizar esa excursión en un palacio flotante, el lujoso vapor *Egypt*, con una sociedad alegre y simpática, compuesta de turistas escogidos: durante varias semanas recorrimos el río, parándonos en los lugares apropiados para bajar y trasladarnos, en los conocidos burritos, hasta donde se encuentran las ruinas; en la noche que precedía a cada visita un técnico nos daba a bordo una conferencia, con proyecciones luminosas, sobre lo que íbamos a ver al día siguiente, y, además, cada viajero se había munido de una copiosa biblioteca de libros sobre la materia, de manera que la conversación, entre damas y caballeros, versaba casi íntegra sobre los maravillosos sucesos de la historia egipcia, discutiendo el valor arqueológico de templos, sepulcros y palacios, el significado de los mitos, los mil incidentes de aquella sugerente civilización. No era así vida desaprovechada la nuestra, pues, al poco andar, estimulados los unos por los otros, nos encontrábamos familiarizados hasta con los detalles más recónditos de jeroglíficos,

esculturas, y altos y bajos relieves. Como forzosamente había que trabar intimidad con los compañeros de mesa, por la duración misma del viaje, — ya que conservamos siempre la colocación que se nos diera en el comedor desde un principio, — felicítame de que mi buena suerte me colocara con una distinguida y respetable familia canadiense, la de Andrews, y que a mi lado se sentara una encantadora señorita, hija de aquéllos, la cual resultó tan entusiasta por lo que visitábamos, que me confesó se había venido preparando con lecturas detenidas, desde meses atrás, para saborear mejor el placer de la excursión. Miss Andrews había leído cuanto se había escrito sobre el particular y tenía en la punta de los dedos las obras arqueológicas de Maspero, Walls Budge y Weigall; conocía la historia de Egipto en sus más recónditos detalles, lo referente a su religión, a su magia, y discutía sobre el libro de los muertos, sobre los papiros de Azhai, de Nu, de la reina Netchemet, sobre el cielo y el infierno egipcios, sobre momias y sarcófagos, hasta el punto de que, para no andar corrido y avergonzado, me obligó a una tarea terrible de hartarme de libros y libros, a fin de reparar la flaqueza de mis conocimientos y con ella adelantar con réplicas el argumento y dar solución a las dificultades, — pues tuve que convertirme forzosamente en su constante acompañante al recorrer templos y sepulcros, — para hacer siquiera algunas breves glosas o comentarios sobre los mitos de los bajos y altos relieves. Sería muy ingrato si no reconociese el beneficio recibido de tan eximia compañera de viaje: fué para mí de gran substancia y provecho aquel curso completo e interesantísimo de arqueología, tanto más que nuestro dragomán — el inolvidable Raschid Monthani — intrigado por aquella preparación especial, concluyó por colocarse cerca de nosotros al dar sus explicaciones a medida que recorriamos las ruinas, y se entretenía en discutir después, en terceto, los más arduos problemas con que sacan a uno de sus casillas las antigüedades egipcias. Porque es un espectáculo curiosísimo el ver a un grupo numeroso de turistas, compuesto de gente de todos los matices intelectuales, ir corriendo atropellada y alegremente, como chicos, en burritos por las arenas del desierto, para arribar a cada una de las ruinas, bajar sin detenerse y dedicarse a la tarea de considerar con atención todo y oír con diligencia las descripciones del guía que nos conducía, pero el cual, dado lo que había de ver, no podía tomar largo tiempo para cada cosa: era menester, por lo tanto, tener los ojos

bien abiertos y la mente muy despierta para que nada dejara bur-
lados a tales excursionistas y para mirar precisamente lo que
era digno de verse entre la cantidad enorme de objetos que recla-
man la atención por todas partes. Y así corrimos con la vista por
todas las cosas, estudiándolas, especialmente las ruinas del templo
de Denderah, dedicado a la Venus egipcia; aquella sugerente
Hathor, tan íntimamente ligada a la historia trágica de Cleopa-
tra; en Luxor, el gran templo de Karnak y los restos de la otrora
opulenta Tebas fueron poderoso imán y atractivo de día y de no-
che; y no podría pasármeme entre renglones la visita a las tumbas
reales de Dehr-el-Barhi, aquel tremendo coloso de Ramses y los
sepulcros de Sethos, Amenophis, los diversos Ramses y tantos
otros de aquellos reyes que en su tiempo parecían no caber en
el mundo con el ruido de sus hazañas y el brillo de sus cortes; el
Rameseum, aquel templo soberbio, el de Deir-el-Medinah, el de
Medinat-Habu, lleva en volandillas el espíritu a los días gloriosos
de Ramses III y del gran Thotmes; más adelante, el sugerente
templo de Esna, después el de Komombo; y, en Assuam, aquella
isla estupenda de Elefantina y la hoy sumergida Philae, por en-
tre los techos de cuyos templos y palacios navegamos en botes...
Un volumen requeriría transcribir sólo las notas y apuntes, tra-
zados febricientemente en dichas ruinas, cuya majestad seduce
tanto más cuanto más preparado se halle el ánimo para verlas con
los ojos del pasado. Traigo siempre en la memoria una noche de
luna pasada en Luxor recorriendo las ruinas de Karnak, desde
su interminable serie de esfinges colosales a ambos lados de la
avenida que conduce a la entrada, hasta las elevadísimas columnas
llenas de bajos relieves de arriba abajo, en sus recintos más re-
cónditos: el efecto que producía aquel espectáculo era mágico,
incitando a un recogimiento íntimo, mientras la imaginación cal-
enturriente se representaba los reinados esplendorosos de Ever-
getes, de Amenophis, de Ramses, hasta los últimos Ptolomeos;
en el Karnak del tiempo de Thotmes, el de la reina Hatshepset, el
templo de Mut, el de Amén, parecía como si despertaran y vol-
vieran en sí los espíritus vitales que otrora lo animaron, y se
veían mentalmente los claustros hechos un hormiguero de gentes
y las procesiones de los fieles, con los sacerdotes a la cabeza, re-
cobraban su antigua firmeza y gallardía, y se oía su cántico de
breves compases al pasar por el hermosísimo pilón de entrada,
hasta llegar al patio de las místicas columnas, donde centenares

de éstas se diría subían a los asistentes a la cumbre de la gloria al elevarse hasta techos que a la vista se confundían con el firmamento: allí los obeliscos estaban recubiertos de *tcham*, mezcla portentosa de oro y plata, y en uno de los santuarios enviaba rayos de sí la fatídica tabla de antepasados... La historia entera egipcia parece allí responder con un golpe de luz al que la descubre, porque aquellas ruinas fueron objeto de sucesivas fábricas suntuosas, levantadas por los diversos monarcas y, por los jeroglíficos y altos relieves, puede precisarse el ensanche sucesivo del templo colosal, enorme ya bajo el tercer Thotmes, unos 2.000 años antes de nuestra era, mayor aún bajo Amenophis III, aumentado al siglo siguiente por Ramses II, hasta que los Ptolomeos dieron fin a la famosísima obra. Y cuando más nos había llevado a lo hondo la involuntaria y silenciosa evocación del pasado, asemejando nuestras figuras a hormigas al pie de las elevadas columnas, — estando un instante sosegados en uno de los patios interiores, al que restituían fantásticamente su antigua forma y vida los rayos de la luna, la cual daba a porfía contornos maravillosos a todos los trozos de estatuas, de columnas y de altares, — me sentí como violentamente arrastrado a la prosaica realidad por una involuntaria e indignada exclamación de miss Andrews: era que, por una inconcebible profanación de aquel lugar sagrado, varias parejas de nuestros compañeros de viaje, al sonido de una orquesta improvisada, se lanzaban a bailar el tango, esa peste danzante que parece haber invadido al mundo *chic* contemporáneo en el presente cuarto de hora! Aquel verdadero sacrilegio echó por el suelo el encantamiento de la evocación anterior, y no fué ya posible restituir a su lugar el hilo del recuerdo: creo que hasta maldije interiormente a músicos y danzantes por haber elegido cabalmente aquel sitio, en aquella hora, para acto semejante...

Y eso que no eran las diversiones las que faltaban, pues andábamos todos embelesados en fiestas y regocijos: se danzaba a bordo cada noche, después de la conferencia explicativa; a nuestra llegada a Luxor y Assouam, en sus grandes y soberbios hoteles modernísimos nos esperaban con bailes y saraos, de modo que el elemento joven realmente no podía quejarse, desde que constantemente alargaba la rienda al placer. Recuerdo aún que, en la noche de San Silvestre, en el hermosísimo salón del Winter Palace Hotel de Luxor, reprochaba yo amistosamente aquella profana-

ción, por mala y torcida, a una simpatiquísima norteamericana, también compañera de viaje y quien había sido una de las que en el templo bailaron el tango: y miss Reed,—un tipo yankee “saucy”, según la intraducible expresión — por toda respuesta me llamó con las manos a valsar, obligándome a no parar hasta que la orquesta se fatigó de repetir dos y más veces el zarandeado y voluptuoso vals del “Conde de Luxemburgo”, mientras la concurrencia nos hacía rueda dejándonos en el centro como única pareja... Más me valiera no haber accedido tan fácilmente, pues muy presente tengo aún la estupefacción de mi excelente amigo, el ingeniero Chapeaurouge — el cual, por lo típico de su fisonomía artística y la clásica melena, a cuyo sacrificio siempre se ha resistido, era considerado por los compañeros del *Egypt* como algún concertista famoso, un Paderewski que viajara de incógnito — quien, al verme así quemar incienso a lo que antes había criticado, me lanzó con la mirada un mudo y elocuente *tu quoque!* Confieso ingenuamente que tenía razón, pero por lo menos el incidente me confirmó en la opinión de que no hay, en realidad, nadie que ame tanto el baile como la mujer de raza inglesa: pero persisto con mayor obstinación todavía en que fué un verdadero refinamiento de crueldad el entregarse a ese placer en el recinto secular de Karnak.

Los bazares indígenas en todos los puntos visitados, sobre todo en Assiout, Luxor y Assouam, están llenos de interés, y se pone en salvo el viajero cargado de telas, de objetos, de recuerdos. En Assouam organizóse una expedición al desierto en camello: debíamos visitar una tribu sudanesa de Besharins, acampados en un oasis; y esa experiencia de las horas interminables, bajo aquel sol de plomo y en medio de un arenal, cuyo color de oro no por eso lo hacía más simpático, no podrá borrarle el recuerdo del trote desconcertador del dromedario, que me arrojaba sin piedad de derecha a izquierda, izado yo sobre su alta giba, sin estribos y sin tener como conservar el equilibrio, todo lo cual me producía una impresión parecida a la del mareo en pleno temporal... Renuncio a hablar de Wady Hafa, de las ruinas del templo de Abu Simel, y de tantas otras maravillas de aquel viaje magnífico, aun a trueque de negar mi propia voluntad, pero el tiempo vuela como en posta y temo que la atención del auditorio pierda a su vez los estribos de la paciencia...

Todo en este mundo llega a su medida y período: al cabo de cierto tiempo, embarcado de nuevo en el vapor *Dalmatia* con rumbo a Palestina, no podía resignarme a tener que dejar el Egipto. La llegada a la rada abierta de Jaffa, en un día de temporal, sin poder echar áncoras, y siendo menester desembarcar porque era aquel el puerto forzoso y único para Jerusalem, volvíome a la realidad, y jamás podré sepultar en olvido a una compañera de viaje, miss Johnson, — inglesa, de edad indefinible, enérgica, masculina, pero excelente e instruidísima, — la cual iba delante mío cuando pasamos al bote: “pasamos” es un eufemismo, porque el mar agitado no permitía a la chalana arrimarse, sino que las olas la traían cerca del costado del vapor y la retiraban en seguida, de modo que dos marineros de a bordo, en una planchada saliente, desde la cubierta agarraban al pasajero acongojado en el preciso momento de acercarse la chalupa y lo arrojaban de arriba abajo a la embarcación, donde lo recogían en sus brazos dos fornidos boteros y lo depositaban, medio muerto o mareado, en el fondo de la misma; pues bien, miss Johnson — que usaba monóculo — al ser lanzada por los marineros, quiso quizá arreglar pudorosamente su pollera y aquel movimiento no calculado hizo que los vestidos se engancharan en un garfio y éste la tuvo suspendida en el aire, mientras las olas retiraban involuntariamente el bote: quedamos todos atónitos y dimos un grito de angustia al ver a la inglesa entre el cielo y el agua, pero serenó aquella perturbación el observar que, malgrado lo terrible y poco confortable de la posición y los desesperados movimientos de piernas y brazos, aquella había recogido con admirable sangre fría el monóculo que pendía del cordón y, con flema británica, lo acomodaba nuevamente a su ojo... En tierra, después de reparar nuestras fuerzas en el Hotel, tomamos el tren para Jerusalén.

¿Qué podré decir, en breves instantes, sobre mi peregrinación a Tierra Santa? Porque debo encarcelar mi voluntad, desde que el escaso tiempo disponible me prohíbe soltar la lengua. ¿Cómo, en efecto, describir mi estadía emocionante en Jerusalén, con la diaria visita al Santo Sepulcro, andar por las calles de las estaciones del Calvario, y visitar desde el templo de Salomón hasta aquella curiosísima muralla del llanto que los judíos, todos los viernes, van a regar con sus lágrimas por la pérdida de la ciudad santa, por más que el llorar mucho a los muertos siempre arguye poca fe? Y de allí, las repetidas excursiones al jardín de los Oli-

vos, y a Bethlehem; después a Jericó, para recorrer el río Jordán y el Mar Muerto; más adelante atravesar la Palestina entera de sur a norte, parando en Nablus, en Djenin, llegar por fin a Nazareth, y, por último, en Haifa tomar de nuevo el vapor, en ruta para la India... Imposible es quererlo contar a lo largo, ni siquiera en forma de relación escueta, por más que todo ello esté, para un católico, lleno de los recuerdos más augustos, siguiendo por todas partes la historia de Jesús, asistiendo a su nacimiento en Bethlehem, viviendo su vida en Nazareth, acompañándole a orillas del Jordán, parando con él en la posada del Buen Samaritano, y hallándose con él en su terrible *Via Crucis* de Jerusalén: en una palabra, pisándole por doquier la sombra.

En aquella ciudad singularísima, — donde las principales naciones del orbe tienen barrios, asilos, iglesias y, armando querellas entre sí, se disputan vigorosamente su zona de influencia bajo la impasible vigilancia del *vali* turco, — todo es contraste, embustes y engaños, y todo intriga por las tramoyas que inventa la malicia. Del Grand New Hotel, en la puerta de Jaffa, salía al amanecer y jamás me fatigaba de recorrer las calles tortuosas y empinadas, llenas de barro, cuajadas de gentes y de animales, formando un dédalo complicado, pero en el cual, para que me enseñase por donde había de caminar, dirigía a diario mis pasos a una nueva visita al Santo Sepulcro. Es este un conjunto extraño de edificios superpuestos, cuya propiedad pertenece por fracciones a latinos, griegos, armenios y koptos, cuidando con cristiano celo cada uno de ataviar lo suyo con el lujo más deslumbrante, desvelándose en el adorno y policía de su respectiva iglesia, pero dejan venirse abajo la parte indivisa, la cúpula, llena de rajaduras y goteras, amenazando abatir todo por tierra; a la entrada está un piquete de soldados turcos, que son guardas de vista para que de noche y de día velen por el orden: tranquilamente fuman o juegan en el interior del templo, y un imán dice con el mayor fervor las plegarias musulmanas, que se confunden con las oraciones de las comunidades cristianas, las cuales celebran a la vez el oficio diario en todas las lenguas y en todos los altares, suplicando a Dios con lágrimas y clamores en capillas colindantes, pero mirándose de reojo los fieles de una a la otra; y he visto, con angustia y pena, en un día de festividad religiosa, a los soldados turcos, armados de fusil, impedir que los cristianos se fueran a las manos, distribuyendo con indiferencia

culatazos a diestra y siniestra, mientras se oían los clamores de unos y otros... De la piedra en que fué lavado y embalsamado el cuerpo de Jesucristo, y que se halla a la entrada, se atina con la huella de una serie interminable de capillas: la de la aparición de Cristo resucitado a la Virgen, la de la columna de la flagelación, la de la prisión, la del repartimiento de la túnica, hasta llegar a la pequeña eminencia tradicionalmente conocida por el Calvario, con dos capillas, la del lugar de la crucifixión y la de la erección de la cruz; en esta última hay una hendidura en la roca, por donde entré de rondón la mano, ante la vigilancia celosa del pope griego que cuida ese rincón, y me miró de tal manera, que ignoro si temió que quisiera yo alzarme con la roca misma... A poca distancia, debajo del centro de la cúpula, se encuentra la santa tumba, recubierta de un templete de mármol, con un vestíbulo que contiene parte de la piedra que cubrió originariamente al sepulcro: hay que inclinarse, doblegándose mucho, para pasar por la abertura siguiente y penetrar — desvelándose a la vez involuntariamente en la meditación de la Santa Escritura — en el recinto sagrado de la tumba, oculta bajo una ménsula de mármol, e iluminada de día y de noche por lámparas riquísimas y de todos los colores. La impresión que experimenta el más indiferente al arrodillarse en aquel recinto es indescriptible, pues ve aquella tumba por sus propios ojos y la toca con sus manos: y es esto aun más conmovedor, porque se diría lo desmenuza por la grandeza del dolor, si se asiste a la misa católica de la madrugada — a la cual llegué cuando la mañana esclarecía — pues como todos los cultos cristianos se dividen el honor de officiar allí, cada uno tiene una hora asignada. Alrededor del sepulcro se advierte una serie de capillas griegas, armenias y koptas, en las cuales se celebra al mismo tiempo con pompa el culto religioso, y ese simultáneo pregonar himnos a Dios en diversas lenguas y con diferentes rituales, confundiéndose las voces de unos y otros, es un espectáculo único, que no me cansaba de presenciar y observar. Pero todo Jerusalén está en condición análoga respecto a la multiplicidad de instituciones, conventos e iglesias de todos los cultos cristianos, y al antagonismo de los fieles de las diversas comunidades entre sí: cada nación facilita en esto lo imposible, porque hace de ello cuestión de política; Francia antes ejercía la supremacía del protectorado latino, pero hoy la república librepensadora ha renunciado a esa hegemonía, que las otras

naciones se disputan con empeño; Rusia tiene propio un barrio entero, y celosamente representa los intereses de la iglesia ortodoxa; Alemania misma — por acto político del actual emperador, — ha levantado suntuosos templos y edificios para sus súbditos católicos y protestantes; en una palabra, bajo el manto religioso cada potencia litiga por una influencia política tangible, con los ojos fijos en la siempre anunciada desmembración del imperio turco: falaz noticia que corre periódicamente por todas las regiones sin estorbo...

Los musulmanes, por su parte, han erigido sobre las ruinas del templo de Salomón la soberbia mezquita de Omar, situada en uno de los extremos de la ciudad y de donde se goza de un magnífico panorama: ese templo es una maravilla de arte y de riqueza, puesto que Jerusalén es ciudad santa para Mahoma y sus fieles, quienes han querido fabricar allí un santuario que supere, llevando la palma, a todos los de los demás cultos por su conjunto de majestad y por los detalles de belleza y lujo deslumbrantes, pues excede todo cuanto se puede imaginar y decir. En el interior de la mezquita, las columnas monolíticas de pórforo rojo o de verde antiguo, y la decoración de los muros, que ostentan hasta el punto más alto de la cúpula estupendos mosaicos bizantinos, combinados con joyas engarzadas, hacen que el ánimo conciba de tal manera con fuerza y viveza su esplendor y fausto, que realmente puede proclamarse esta mezquita como la más suntuosa del mundo islámico, ya que la de Constantinopla fué originariamente la basílica cristiana de Santa Sofía: hasta las vidrieras, por una ingeniosa combinación de cristales superpuestos y de diverso color, dejan una impresión no superada por los más elaborados *vitraux* de las más ricas catedrales. Pero... preciso es deshacerse de la propia voluntad y renunciar a recordar tanta y tanta cosa vista.

Con pena prescindo de evocar el recuerdo de Getsemaní y la emoción con que, al caer la tarde de un día invernal, desde el jardín de los Olivos y después de haber arrancado unas hojas al árbol bajo el cual descansara el mártir del Gólgota, me arrebatava en espíritu contemplando, en aquellas alturas de Sión, el amplio horizonte, a lo lejos cerrado por el Jordán y el Mar Muerto; todo es allí triste, desde la escasa vegetación hasta las memorias que se evocan, y esa colina resume, sin embargo, todos los últimos días de Jesús; cosa tan grande la recapitula concisamente.

Después Betania, con la casa de Lázaro y el recuerdo de la otrora opulenta pecadora que, hipócritamente desdeñada por el mundo que antes aprovechara de sus caricias, vino a obtener el perdón tolerante y fué recibida en su gracia, en la escena sublime en que Jesús dió al mundo entero una lección inolvidable. Bethlehem, — con el establo subterráneo donde Cristo hizo su entrada en el mundo, en un lugar sin luz del día pero iluminado hoy por multitud de lámparas, y donde los cristianos de todos los cultos vienen a orar de rodillas, postrados y cosidos con la tierra, ante aquel pequeño hueco en la roca, pero siempre bajo el ojo atento del centinela turco, armado y listo para intervenir en el menor conflicto — nos da todavía un ejemplo vivo del aspecto que tenía en tiempo de Jesús, pues no parecen haber pasado por ahí los 2.000 años transcurridos, ni haberse dado mucha prisa por ver aquello. Anduve de una calle en otra embelesado y del todo me dejaron absorto las habitaciones, que son todavía semisubterráneas, habiendo sido así construídas por temor a las incursiones de los beduinos, de modo que las gentes aun hoy acostumbran encerrar sus animales en pesebres que están bajo de tierra — lo que explica como en uno de éstos naciera Jesús, —y quedé maravillado y muy suspenso al admirar a sus habitantes que, hoy como entonces, se muestran al mundo con el mismo aspecto de raza no mezclada con las demás, presentando el tipo bíblico más fino; las mujeres están siempre ataviadas con la clásica vestidura de Judith: ignoro si, como aquella, andan bañadas en almizcles y ámbares, pero sí llevan la mitra en la cabeza y de la cual cuelgan dos largas cintas, el traje sujeto por un cinturón color azul, atravesado por rayas horizontales rojas y amarillas, ostentando una blusa de fondo rojo y ricos bordados de seda, entremezclados con hilos de oro y plata, y la túnica roja, sin brazos, abierta por delante y recogida por detrás para lucir el ropaje vistoso; y traen cabelleras por de fuera y las aderezan con trenzados áureos, mientras acicalan sus cuellos con múltiples collares de monedas de oro, cuyo número y valor atestiguan la riqueza de cada familia; todo lo cual es llevado, realzando tan característica indumentaria, con una altivez, una nobleza y una gracia, realmente únicas.

Suprimo de la memoria a la hermosa Jericó, el río Jordán y el Mar Muerto: excursión pintoresca, por parajes semi desiertos, no exentos de peligros y vigilando el dragomán con el ojo tan largo todos los rincones del camino, pues es frecuente el asalto

de viajeros aislados o desprevenidos, tanto que el carruaje donde íbamos fué detenido por un grupo sospechoso de beduinos, armados hasta los dientes y con quienes se entendió nuestro guía, ostentando su fusil, y nos dijo después en buen romance que preguntaban extrañamente si no habíamos visto unos camellos extraviados, mientras clavaban los ojos en el coche contando probablemente el número de pasajeros que en él iban... Renuncio a describir los abruptos caminos de Palestina, particularizando los sitios más pintorescos, como aquel terrible monasterio de San Sabas, edificado en lo más escarpado de un desfiladero, y en un desierto donde parece que no se concibe la posibilidad siquiera de vivir; ni referir al pie de la letra las escenas típicas de Nablus y Djenin, con el fanatismo musulmán de esta última, cuya población, que llévalo todo a regañadientes, rodeó nuestro coche, y nos decía mil afrentas en turco, gesticulando con violencia. Pero como lo que una vez se presenta en la memoria nunca se olvida, no puedo dejar de recordar a Nazareth donde Jesús pasara su juventud, y que, como Bethlehem, se conserva hoy como entonces era: todavía ahora no hay más provisión de agua que la de la única fuente existente, la misma a la cual bajara la Virgen María con su cántaro en la cabeza, exactamente como lo hacen hoy las esbeltas y gráciles nazarenas, a las cuales he contemplado así durante horas enteras, recostado en uno de los muros de dicha fuente, viéndolas descender continuamente como arroyuelos que se descuelgan de sus cumbres. La población está edificada en pendiente y las calles son, por lo tanto, escarpadas: la costumbre de bajarlas y subirlas con el cántaro en la cabeza, ha hecho que, como del trabajo sale el premio, las mujeres adquieran una esbeltez y un andar majestuoso y elegante; añádase que no ha padecido lesión ni detrimento la integridad de su tipo de raza, y se llevan tras sí los ojos y las lenguas su belleza y seducción imponderables. Tengo aun presente ante mis ojos, al subir una pendiente, a una hermosa nazarena que, bajando de lo alto de unas sierras, descendía a la fuente con su cántaro: la tarde se acercaba y la luz difusa prestaba mayor encanto aun a aquella figura bíblica, en el silencio y soledad de la calle; quedéme atónito parado, mirándola, cuando ella, al acercarse más a lo vivo a nuestro grupo, detúvose y, rompiendo el silencio, hablóme en hebreo, traduciendo el guía su deseo: debía bautizar a un hijo suyo y pedíame que le sirviera de padrino, buscando quizá el futuro

favor y amparo del respectivo consulado o el regalo que adivinaba recibiría la criatura, por tomarle un forastero debajo de su manto y protección; el dragomán apoyó el pedido, pues aseguró que tal ceremonia era típicamente interesante, pero nuestro viaje estaba arreglado para el amanecer del día siguiente, pues estábamos obligados a poner las cosas en concierto y medida, y los preparativos del bautismo requerían, por lo menos, un par de días de espera. No fué posible, por más que esto le hacía dar mil vuelcos al corazón, complacer a la hermosa hija de Nazareth, y la veo retirarse compungida, volviéndose para saludar con la mano: nos miró con ojos amorosísimos y atentos, sonriendo tristemente, y dejándome en el espíritu una imagen que, malgrado el tiempo transcurrido, parece como grabada de una manera indeleble en los repliegues de mi retina...

En fin, como nada en el mundo hay firme, pues es bola y rueda, poco tiempo después tomábamos el vapor *Medina*, en el cual los reyes de Inglaterra se trasladaron a la India cuando allí fueron a coronarse como emperadores del imperio asiático. Y atravesamos lentamente el canal de Suez y el Mar Rojo sofocante, suspendidos los ánimos en la admiración de las estupendas puestas del sol, que en la navegación del Nilo me habían ya encantado, y diciendo adiós al típico paisaje egipcio, pues el desierto de arena llega hasta las orillas mismas del canal, y allí, como en el río sagrado, se ve a los fellahs trabajando el día entero en subir por el aire el agua con el antiguo *shaduf*, para regar los sembrados de la orilla. En Adén, con su población sobre la árida roca y sus cisternas en las alturas, tomamos el rápido vapor *Salsette* que nos llevó a Bombay, después de atravesar el océano Índico, cuyas aguas parecen de noche cortarse en una estela de fuego, tal es la multitud de colonias de algas luminosas que permiten apreciar, en todo su esplendor, ese curioso fenómeno tropical.

He rodeado con curiosidad exacerbada toda la India, mundo complicado y fascinador, grande como un continente y lleno de las razas más numerosas y antagónicas; la he atravesado de E. a O. y de N. a S., y tratado allí gente de quien poder aprender, visitando detenidamente sus lugares principales y deteniéndome en Bombay, Agra, Delhi, Benares, Darjeeling, Calcuta, Madras

y Madura, para embarcarme en Tuticorin en dirección a Ceylon, no dejando paso por andar; realizaba un sueño de mi vida entera y durante años había tratado de atesorar cuanta información podían proporcionarme los libros sobre aquel país maravilloso, rebosante de atracción y de misterios, y rodeado de luz; he tratado de abrir mis ojos cuan grandes son y de concentrar mi espíritu en cuanto una enérgica voluntad puede lograrlo, para que no se me escapara nada y para no olvidar nada. Y, a boca llena puedo decirlo, todo lo visto y estudiado lo tengo tan presente en mi memoria que, aun con los ojos abiertos, suelo caminar creyendo encontrarme en alguna de aquellas ciudades, causándome maravilla mentalmente los palacios y monumentos de todo género que las adornan, y observando con el pensamiento las peculiaridades de su vida, tan difícil de apreciar a primera vista.

En este instante mismo Bombay se perfila en mi recuerdo con rasgos marcadísimos, metiendo colores en los dibujos, desde su hermosa bahía, su Apollo bunder, por donde desembarcase en "la puerta de la India", los inmensos edificios oficiales de la Explanade; hasta el laberinto de las calles, imposibles por lo sucias y cuajadas de gente, de su bazar central, aquella hermosa fuente floral de una de sus plazas, y el poético camino que costea a Malabar Hill, con adorables jardines a un costado y una vista panorámica no igualada, por el otro: he andado allí en romería en la incómoda *reckla* y en el veloz automóvil; he alargado el paso sin temor ninguno durante horas enteras por sus barrios indígenas, y he gozado de las dulzuras del reposo en sus Hanging gardens, dando así cualidad y linaje a lo indio y lo europeo a la vez: la "torre del silencio", rodeada de hermosísimos jardines y coronada por las innumerables bandas de cuervos que esperan los cadáveres que depositan los parsis en su interior para dejar blanqueando las osamentas en un abrir y cerrar de ojos, fué para mí uno de los espectáculos más típicos y que hirió con mayor fuerza mi imaginación, porque Bombay es la ciudad de los parsis, y el característico sombrero de hule, en forma de pezuña de ternera, por doquier descubre a los adoradores del fuego, hoy convertidos en riquísimos e inteligentes mercaderes, dueños de gran parte de la ciudad y los cuales, en sus manos, concentran lo más cuantioso del comercio de la India. Aquella ciudad hechiza, porque en ella se viene a hacer una mixtura divina de lo más refinado de la vida europea con lo más característico de la exis-

tencia india: esplendor y miseria que se codean sin cesar, pasando del lujo de sus paseos, llenos de gracia y majestad, y con carruajes que no desmerecerían en Hyde Park, a la profusa y singular iluminación de su White Street, donde la fácil galantería anda hinchada con una pomposa arrogancia y se ostenta con una franqueza y un despliegue desconocidos en París o en Berlín, sin mencionar al triste reverso de aquella medalla, la Black street, parangonable sólo con cierto barrio de Santos, que suele escandalizar al turista más despreocupado. En el Taj Mahal Hotel se figura uno en el Savoy de Londres, el Majestic de París o el Adlon de Berlín: al lado, en las sórdidas callejas de bazar, se vuelve súbitamente en sí, creyendo encontrarse en el peor de los *ghettos* imaginables. Y como la India es un mosaico de razas y de castas, cada una con su vestimenta propia, colores distintos y forma diversa de turbantes, el efecto de aquella abigarrada indumentaria es de una teatralidad tal que se entra en cuenta de tener ante los ojos una enorme decoración escénica, la cual marea por su movimiento continuo y sus cambios incesantes. Por doquier, la calma majestuosa de la conciencia del *kismet*, el hado,— que con *dustoor*, la costumbre y *backschiss*, la propina perpetua, parecen constituir la trilogía del Oriente,— graba y estampa en los habitantes un aire especial, distante mil leguas del febriciente afanarse de las gentes en una ciudad norteamericana o del rápido andar ocupado de los transeúntes de cualquier metrópoli europea. Para que se vea esto más claro que el mediodía, diré que en el bazar quise comprar, como recuerdo, una chuchería: mi guía servía de intermediario entre el vendedor y yo, prolongándose la negociación una eternidad. durante la cual nos rodeó un grupo de curiosos que comentaban animadamente las ofertas y exigencias, pues comenzó el hindú tranquilo por pedir 20 rupias por el pequeño recipiente de bronce que había yo elegido y concluyó por dármele en 3 rupias y 6 anas; se echa, pues, de ver que el tiempo no existe para el hindú, y que tiene los pies de plomo para dar un paso, ejercitando la poltronería.

En cambio, en Agra es el pasado y no el presente lo que interesa y con oculto embeleso tiene ocupados los sentidos y hechizada la imaginación: no desconozco cuanto de seductora tiene la faz actual de su vida, tan intensa y típica, pero confieso ingenuamente que cada mañana, al dejar el Cecil Hotel para no regresar sino al anochecer, soltaba la rienda a la imaginación para soñar en los

grandes shahs del período esplendoroso de la dominación de los mogoles, en Akbar, Jehangir, Jahan; en los maravillosos palacios que allí construyeron, en los monumentos estupendamente delicados y poéticos que nos han legado; en sus mujeres inmortales, la enérgica y discreta Nur Jahan Begun y la dulce e inolvidable Mumtaz Mahal. Porque Agra encierra en su recinto — sirviéndole ellas de escudo, amparo y muro — las joyas arquitectónicas más soberbiamente hermosas del mundo entero, y nación alguna de la tierra puede blasonar de palacios más espléndidos que el Jahangiri Mahal, que caracteriza el arte del reinado de Akbar; el Diwan-i-am y construcciones conexas, del Shah Jahan; esa perla indescriptible de la Moti Masjid; aquella deliciosa “torre del jazmín” de las sultanas; la tumba de Itmad-ud-daulah; y ese monumento único, exponente el más sublime de lo que puede soñar el arte humano, el Taj Mahal, destinado a servir de mausoleo a la sultana favorita, dando así al recuerdo de su amada un esplendor que hombre alguno de la tierra, en ninguna época de la historia, ha superado ni en el deseo ni en la ejecución. En el palacio de Akbar — como en la ciudad, hoy muerta, que éste construyera en Fatehpur Sikri, a las puertas de Agra, — es el arte hindú el que hace alarde y muestra de su grandeza; pero en el del shah Jahan es el arte persa sarraceno, llevado a la cumbre de la perfección por el hindú, lo que ha hecho resplandecer en la vista de todos esa maravilla de mármol blanco y negro, en la cual cada piedra resulta labrada y perfecta a todas partes, y cuyos últimos quilates se han dado con la precisión y minucia del más delicado encaje flamenco, tanto que la materia se ve excedida del arte; y cuyas proporciones, majestuosidad de líneas y elegancia insuperable de formas, dejan pasmado y absorto al viajero. La “mezquita de la Perla” es una joya, ciertamente, con aquel sutilísimo ritmo que se desprende de sus 3 cúpulas sobre sus 7 arcos, lo que le da una elegancia ideal; pero la sala de audiencia del palacio, el Diwan-i-am, — malgrado los estragos que el tiempo, el terrible motín de los cipayos y la lamentable miopía artística de algún virrey inglés hayan podido ocasionar, — es una maravilla de grandiosidad: falta el famoso trono, que representaba un pavo real con su cola desplegada, hecho todo de piedras preciosas, pero las proporciones que aun incitan a admiración y la riqueza de los restos, cuya integridad no padece lesión ni detrimento, pues ahora se conservan cuidadosamente, revelan el fausto singular de aquella

corte; a su lado el Mina bazar, donde las damas de honor de la sultana recibían a los artistas y vendedores que les ofrecían sus artículos más lujosos, deleita y gusta el espíritu y sentido con una galería superior de mármol, que parece tallada a semejanza e imagen de un encaje de Bruselas; el Diwan-i-khas, con sus decoraciones de árboles y flores, esculpidas en el mármol y esmaltadas con su coloración apropiada, luce detalles de una finura y encanto difícilmente superable; la "torre del jazmín", donde la sultana, buscando el silencio que pone sosiego y paz, se retiraba a descansar y gozar de un panorama magnífico, es una alhaja tal que excede la perfección de su poder al concepto de nuestro imaginar, no pudiendo idearse cosa más preciosa, ni a nadie antojársele que con el solo mármol pueda alcanzarse un efecto parecido; los departamentos del harem, la zanana, ofrecen el don soberano de una gracia y una exquisitez que arquitecto alguno, en otra parte del mundo, ha soñado siquiera en fantasear.

Pero es el Taj Mahal la maravilla de las maravillas, colocada por el hombre en grado sobrenatural: antes de verlo entre sueños a la noche se me había con frecuencia representado la gloria de su aspecto, pasmándome ante las más nítidas reproducciones fotográficas y las descripciones más elaboradas, pero todo quedó pálido y descolorido ante la realidad, desmayándose el alma: lo he ido a contemplar desde el río, al amanecer, a medida que la aurora se iba tiñendo de colores finos, rojeando algunas nubes, y se señala entonces en hermosura tan adelantadamente que se van sucesivamente demarcando sobre el fondo azul del horizonte las líneas purísimas y los perfiles de suprema elegancia de aquella joya de mármol, hasta presentarse majestuosamente toda entera, en todo su esplendor, coronada como con un escudo por un nimbo áureo al ser bañada por los primeros rayos del sol; su hechizo tuvo casi enloquecido el entendimiento en una noche de luna, al gozar de su contemplación desde la entrada de la avenida de cipreses que atraviesa el vastísimo jardín que lo circunda, y lo he visto en aquel instante destacarse sobre el tranquilo firmamento, ceñido y rodeado por la luz plateada del astro nocturno, que comunicaba a sus torres y cúpulas tintes finos y suavísimos, casi etéreos, los cuales con su hermosura parecían subir aún más al cielo, si cabe, aquel monumento imperecedero de amor inconmensurable. Porque el shah idolatró de tal manera a su favorita que ninguna otra cosa pensaba sino como levantarle

Un monumento que fuera una de las maravillas del mundo, y pasó adelante en su porfía, sin rehuir esfuerzos ni excusar recursos para lograrlo, convocando a los artistas más famosos de la India, de Persia, de Arabia, del Asia Central, y mandó que comparecieran en su presencia los obreros más hábiles de Bagdad y Samarcanda, Shiraz y China; en sólo esto ocupó 20.000 hombres y tardó una veintena de años para construirlo, y de ninguna otra cosa trataba, gastando millones y millones a trueque de que se le despilfarrara el caudal y consumiera el tesoro que tenía. El Taj Mahal es en sí la joya arquitectónica más ideal y la que ha mejor enderezado la intención a encarnar la personificación de un sentimiento: el del amor más intenso, más absoluto, más subyugador, inmortalizando la radiante juventud de la Mumtaz Mahal misma, en aquel tributo nobilísimo del arte y la pasión. Todo es allí admirable, todo lleva y guía a exaltar el recuerdo de la sultana amada: desde los amplísimos jardines que sirven de marco único a la perspectiva de todos los costados, hasta el interior del monumento mismo, donde las líneas inmaculadas del mármol revelan que ha sido tallado con una delicadeza que no se emplea ni con la seda misma; se alcanza a ver allí, destacándose solitarios en el centro, sólo dos sarcófagos: el de la mujer adorada y el de su inmortal adorador, participando de una misma vida en la muerte y la inmortalidad, como en su vida estuvieron apretadamente vinculados en amor... El espíritu desfallece al encontrarse al lado de aquellos mausoleos, que están recubiertos de flores, incrustadas con delicadísimos colores en la marmórea blancura del fondo; anúdase la voz en la garganta, porque la emoción es intensa, y recuerdo a lo vivo la impresión que me produjo, al volver en mí y reportarme, el pronunciar en voz baja el nombre de la sultana idealizada, porque — gracias a un fenómeno acústico felicísimo — un eco singular llevó mi palabra con lentitud, primero, con vibración cada vez más en aumento y con más clara y armoniosa consonancia, después, hasta que, de lo alto de la cúpula, retumbó el nombre mágico en tono sonoro, metálico, como de ultratumba, resonando, como con címbalos de plata y por todos los ámbitos del recinto, aquel eco de lo pasado, glorificación eterna de la mujer que ha sido objeto del más sublime de los recuerdos humanos... Nada he visto, en el mundo entero, comparable al Taj Mahal: está fuera de toda cuenta y libre de toda competencia, y no creo que exista nada que pueda con él

parangonarse. Después de contemplarlo, casi me parece profanar con suma irreverencia la belleza eterna el detenerme en los otros palacios o describir los demás monumentos: la misma tumba de Itmah-ad-daulah, hermosísima como es, resulta pálida a su lado, y no se encuentra encanto ni en aquel estupendo palacio de Fatehpur Sikri, que es, sin embargo, una maravilla por su grandiosidad majestuosa. El Taj Mahal, solo, vale un viaje a la India, porque ningún elogio es condigno a su merecimiento; morir sin verlo debe arrancar el alma de quien sospeche siquiera su existencia.

A su vez Delhi, la ciudad tradicional de los reyes y hoy la capital de la India, tiene una historia accidentada, cuyos rastros han quedado en sus palacios y monumentos: en realidad es una superposición de diversas ciudades y en todas resplandece una señal y rastro mostrando a las claras que allí ha estado, y está, el corazón del país entero. Nada más elocuente, en este sentido, que la notable galería hindú, de columnas, en el Kutab Minar, la torre misma de Kutab-ud-din, el típico pilar de Asoka, la ciudad de Firozabad, las tumbas que rodean la de Nizam-ud-din, el mausoleo de Saddar Jang, la mezquita Jama Nashid, y el soberbio palacio contenido en el fuerte, todos los cuales son exponentes típicos de las vicisitudes por que ha pasado aquella interesantísima ciudad. El palacio imperial, quizá más suntuoso y de mayor magnificencia que el de Agra, manifiesta la gloria del arte persa-sarraceno-hindú; en el salón de Diwan-i-Khas, en hermosos caracteres persas, se lee con deleite la inscripción que resume el esplendor mogol: "si hay un paraíso en la tierra es éste, es éste, es éste", y realmente no puede pedirse mayor exquisitez de adornos en aquel mármol, cuya belleza parece resistir a los siglos y a los hombres, como la roca entre las olas del mar. Desgraciadamente, cuando el terrible motín de los cipayos, este recinto fué teatro de escenas heroicas por parte de los refugiados ingleses y sufrió mucho con la lucha sangrienta inevitable, sin poder más tarde disimular los desacatos y oprobios; hoy, sobre todo debido a la iniciativa enérgica de lord Curzon, cuando fué virrey de la India, con grande advertencia se ha acudido al remedio del daño, para desvanecer las trazas del desastre y conservar en su integridad estas joyas, en las cuales nada se envejece ni cansa, porque son fruto de un arte que no se repetirá jamás, pues requiere para su florecimiento el crudo des-

potismo de épocas pasadas, que bebe la sangre de sus súbditos sin piedad y veja el pueblo con excesivos pechos, porque gobierna por sus intereses y antojos. Preciso es llevar esto con buen ánimo: cambian los tiempos y varían las exigencias como los ideales, pero, del punto de vista del arte, es menester, doblando el cuidado de las cosas, conservar — y, si posible fuera, restaurar solícitos — esos monumentos únicos, verdaderos tesoros con los cuales no cabe andar en competencia. La tumba del emperador Humayun es quizá una de las más sagradas de la India: cuando la insurrección de 1857, en el encono del momento un oficial inglés mató allí al último emperador mogol, Badahur Shah y a sus hijos, dejando así rota y sin esperanza de remedio a la secular dinastía que tan glorioso rastro artístico ha derramado en aquel país. Delhi ha sido proclamada ahora capital del imperio británico de la India, como para dar nuevas pruebas de su grandeza, y el gobierno proyecta la construcción de una serie de edificios y palacios para instalar a las autoridades: hase repicado la aldaba, llamando a concurso diversos arquitectos para que las nuevas y suntuosas fábricas puedan dignamente hacer emulación con las del viejo imperio mogol, pero sería de gemir con amargo llanto que se diera preferencia a algún estilo europeo desde que, por razón de clima y de ambiente, convendría más bien criar inmortalidad creciente y gloriosa, manteniendo el estilo arquitectónico que caracteriza a los palacios existentes; de todas maneras, es indudable que la ciudad hará maravillosa transformación, sin adular con novedades lo existente, pues se ha señalado por lugar del asiento virreinal una área de terreno colindante con la parte actualmente edificada.

Por lo demás, Delhi es uno de los puntos más típicos de la India, en el sentido de que el extranjero anda como quien va sobre espinas observando lo estrictamente separado de las diversas castas, hasta el punto de que los brahmines no transigen con los *feringhi*, ni siquiera en las cosas más triviales de la vida; en parte alguna se cae mejor en lo que puede significar el estado *purdah* de la mujer hindú de las castas elevadas, pues su reclusión es tan absoluta que las innumerables mujeres que por doquier se ven, con toda seguridad puede decirse que pertenecen a las castas inferiores: esa profunda división secular de las clases sociales ahonda entre ellas abimos insondables y da aliento y forma a uno de los problemas sociológicos más intere-

santes, pues las diversas razas hindús son absolutamente refractarias a templar la demasía de una innovación en sus conceptos religiosos, y éstos no les permiten amalgamarse con los europeos, ni tomar unas cosas por otras, a diferencia de los musulmanes, parsis o de otras creencias. El resultado es que la dominación inglesa, que ha civilizado materialmente al país dándole la gran dádiva de todos los progresos europeos y tomando a pecho hacer obras públicas colosales, es en realidad superficial y no responde a las obligaciones de su oficio desde que no ejerce influencia verdadera en los millones de la masa indígena hindú, sobre la cual resbala como el agua sobre el cristal, sin dejar huella alguna: esa indomable resistencia pasiva de la población mantiene como escondido y enconado un punto interrogante y terrible para el porvenir del predominio británico en la India, y el viajero, al palpar de cerca ese estado de cosas, no encuentra la vena a esa enfermedad, pues no atina con la solución de dificultad semejante, ya que se trata de millones de seres de un lado, y de un puñado de hombres del otro. La misma educación, que los ingleses han multiplicado con generosidad indiscutible creyendo que todo lo allana y suaviza, no ha sido para ellos tan provechosa, pues como el deseo abre las puertas a las culpas, aquella ha despertado en las castas que no son hindús puras el sentimiento de la autonomía y atizado el entendimiento fomentando la formación del llamado partido nacional de la India, que pide ruidosamente para ésta el régimen australiano o canadiense; pero la juventud netamente hindú, que pasa por las escuelas, como si éstas hubiesen tan sólo puesto leña al fuego, parece sólo sacar de las mismas un odio más acentuado por los feringhi y una resolución más enérgica de sacudir su yugo alguna vez: de ahí los atentados criminales que vuelven a dar otro y otro golpe con frecuencia tan singular, que pone la cruz delante de los ojos. Inglaterra tiene ahí un problema preñado de peligros, que le pone una punta al pecho, y que parece no tener glosa ni salida: ojalá pueda desembarazarse de las dificultades y desatarlas en el sentido más favorable para la civilización.

Los ferrocarriles de la India hacen fe de la pericia y amor del confort, tan inherentes a la idiosincrasia inglesa: se goza allí de otra luz, de otro suelo, viajando con comodidades no soñadas en otras partes, en coches-camas amplios, con comedores admirablemente servidos, pero dentro de las costumbres locales, vale

decir, llevando cada viajero su *boy*, sirviente indígena singularmente entrenado, que le sirve de intérprete, vela a su derredor, adivina todos sus deseos, le prepara su cama, le trae su te: en una palabra, se convierte en un ayuda de cámara admirable e insustituible. No puede peregrinarse por aquel país sin tomar un *boy* apenas se pone los pies en la India, y se le conserva hasta el momento de subir al vapor que nos aleja de sus costas: los hoteles, los trenes, todo se proporciona y viene a punto para costumbre semejante, y cuando se ha habituado uno a tal comodidad queda confuso y perplejo con su falta en los demás países. Patrick, el excelente *boy* que me cupo en suerte, realmente era un ideal, y debo decir que jamás he viajado como allí, pues aun antes de que yo mismo deseara o necesitara alguna cosa, el turbante de mi *boy* se inclinaba ante mí y me presentaba lo que iba a pedirle: tan lo llevaba su natural con gran propensión a adivinar lo que podía yo anhelar; no es raro, entonces, que con régimen semejante quien ha vivido en la India sueñe con volver, lo que es notorio en los militares y empleados civiles, pues cuando obtienen su jubilación, en vez de radicarse de nuevo en la Gran Bretaña, tornan a la larga a la vida fácil y llena de encanto oriental de la clásica península asiática.

Y en ésta se ha cuidado de poner medios para la salud de todos y mostrarse agradecido a los huéspedes, aprovechando todos los recursos de la naturaleza para embellecer la existencia: tal la creación de Darjeeling, el paraíso del Himalaya, donde, a más de 7.000 pies de altura, han organizado la ciudad minúscula más coqueta, más pintoresca, más hermosa que es dable imaginar, sacándola de la profundidad de la nada; y, para llegar hasta allá, como si fingieran mil rayas en el aire, han ideado un ferrocarril que es una maravilla, parecido a un juguete por sus dimensiones extrañamente reducidas a la menor expresión, con la vía férrea más interesante del mundo, ascendiendo la montaña cual si subiera con alas de viento, en forma de zig-zags continuos o de curvas espirales atrevidas en 8, que producen la impresión más singular en sus vueltas rápidas, con un riel a veces más elevado que el otro y la súbita y visible inclinación de los wagones, lo que suele arrancar cómicas exclamaciones de terror al viajero desprevenido. He tenido oportunidad de ser llevado acá y acullá en casi todos los trenes del mundo conocido, y de encaramarme a lo alto de las montañas que más

han cobrado fama por sus funiculares o líneas férreas de cremallera o de los sistemas más variados: en parte alguna he hallado una línea más pintoresca e interesante que el trozo que va de Siliguri a Darjeeling, cuyo renombre debería andar en las bocas de todos. Porque hasta Siliguri el trayecto desde Benares se efectúa en los ferrocarriles comunes y se atraviesa el Ganges en los ferrybotes de tipo ordinario: si no fuera por el paisaje peculiar y por las plantaciones de arroz a ambos costados de la vía, lo que permite no dejar rincón que no se mire y remire en aquel cultivo típico del paisano *ryot*, que tiene enlagunados los sembrados, aquella travesía no participaría de mayor interés. Pero apenas se toma el tren de Darjeeling al llegar a Siliguri y se penetra en la región de las plantaciones de te, el paisaje muda de colores como camaleón, y el tren juguete parece llevado por la furia del aire en medio de una región de hadas, cercada de una parte y otra por la más lujuriosa y exuberante vegetación imaginable, — al lado de la cual la misma esplendorosa del Brasil empalidece, — con panoramas de belleza insuperable y grandiosidad ideal, atravesando la región de las nubes hasta donde anda su imperio por acabarse, pues se las ve bajo nosotros, y se diría que endereza hacia el cielo su vuelo... Las gradientes de aquella subida son de 1^m29 como término medio y el problema de ingeniería ha sido ingeniosamente resuelto con zigzags que parece no nos alejaran del mismo punto pero que remontan insensiblemente centenares de metros cada vez, o con espirales que asemejan ejercicios acrobáticos, figurándolos perfecta y acabadamente, pues cruzamos repetidamente el eje de la vía, pero a mayor altura cada vez; mientras tanto todos, bien abrigados porque el frío era intenso — verdad es que me tocó ascender allí en febrero — cobran aliento y respiración para admirar las escenas estupendas del paisaje, con bosques vírgenes impenetrables y poblados de animales feroces, de tigres, leopardos, jabalíes, etc., a quienes el silbato de la locomotora se diría les lanza al demonio del cuerpo, porque suele vérselos a la distancia, saltar y echar a huir como un rayo, cual si les nacieran alas en los pies; otras veces las plantaciones de te, con las habitaciones de sus encargados, señalan abiertamente la vida civilizada en aquella imponente soledad. A partir de la estación Tindharia la vía se torna más pintoresca y los zigzags de la misma estrujan y aprietan con tanta fuerza la atención de los viajeros, que olvidan éstos el *chota hazri*, o primer suculento

almuerzo indio, ante aquellos ángulos agudos, cuyo fin está tan alejado del comienzo y que tan pronto tuercen el camino, como pasan de largo, pareciendo perder el hilo y método; o, al acercarnos a la estación de Gyabari, las vueltas de las espirales que abarcan a veces varias millas, dan en el gracioso disparate de hacernos creer que tomamos de propósito alguno de esos trenes de miniatura de ciertos lugares de diversión, como el Earl's Court de Londres o, — si lo grande con lo pequeño puede compararse— el Parque Japonés que tenemos en nuestro camino de Palermo. Los torrentes, las hendiduras fantásticas a pico que causan vértigo cuando se las contempla inclinando la cabeza por la ventanilla del wagón, en no interrumpida sucesión unas vienen y otras van, dándonos ejemplo vivo de las formas más variadas, con todos los matices del verde, según que los rayos del sol las iluminen vertical u oblicuamente: debajo, el valle del Terai — terrible por lo malsano, tanto que basta demorar allí algunas horas para que el no habituado adquiriera la malaria, que ya no lo abandonará en el resto de sus días, obligándole a despedirse para siempre de los deleites — deja ver las más variadas y abundantes plantaciones de te. Más adelante, la parada de Kurseong deja rienda suelta, en los breves instantes del descanso, a la observación de una curiosa variedad de tipos en su bazar: ya no hay rastro del hindú de los llanos, y estos montañeses, tibetanos u otros, sacan a plaza distinto aspecto, el cual tanto interesa que ni siquiera deja recordar la necesidad de tomar nuestro *tiffin*, ese sustancial lunch de la India: después, Toong, a 6.000 pies, parece ilusión de algún encantamiento por los helechos soberbios, gigantescos, innumerales, que por doquier todo lo invaden; por último, se llega a Ghoom, a más de 7.500 pies, donde ya no prospera el te, encontrándonos más alto que las nubes. Y todo este ferrocarril no tiene más que unas 50 millas de extremo a extremo de la línea, con su minúscula trocha de dos pies: la impresión que produce, — sea la gradiente empinada, sea el recurso de zigzags y espirales — es que despabilan centenares y centenares de millas...

Pero su recuerdo me ha hecho derramarme a lo largo y ancho profusamente y me veda ocuparme de Darjeeling como lo desearía: baste decir que no ha llegado a mí noticia, en todo lo que he viajado, un lugar más pintoresco por su ubicación, por la hermosura de sus panoramas y por lo interesante de su población curiosísima, que es, en su mayoría, compuesta de budhistas ti-

betanos. No pondré nunca en olvido cierta excursión, en caravana, con algunos compañeros: a las dos de la mañana salimos a caballo, en los resistentes petizos tibetanos, unos, y otros en *dandies*, especie de palanquines para señoras, dejando el Woodland's Hotel en dirección a Tiger Hill, a donde debíamos arribar antes del amanecer para poder deleitarnos en contemplar a la salida del sol el Monte Everest, pues el mayor coloso del mundo, con sus 30.000 pies de altura, sólo acuerda el divino permiso de que se vea su cumbre unos instantes al ser ella herida por los primeros rayos del sol, cuando la madrugada es despejada; la cabalgata, en plena obscuridad y por entre bosques espesos, pisaba la sombra a una ruta que constantemente parecía torcer a uno y otro lado; teníamos que marchar a la hila, como banda de grullas; el frío era terrible y todos nos íbamos acercando poco a poco al paraje, hasta que el clarear del alba, que en aquellas alturas parece adelantarse a lo que en los llanos se nota, comenzó a dejarnos percibir los objetos y especular las formas de las cosas, dándonos contornos fantásticos y ofreciéndonos, en los recodos y curvas del camino, perspectivas estupendas. La vida lentamente parecía renacer, saliendo de las entrañas de la naturaleza, pero no llegaban al oído ni gritos de pájaros ni ruido perceptible alguno, pareciendo todo como sumido en un profundo letargo sobrenatural: una niebla fina nos envolvía y penetraba agudamente en nuestro cuerpo, pero el frío matinal daba calor, haciendo hervir a borbollones la sangre y, al poco rato, comenzó a percibirse el murmullo de las conversaciones, más tarde se escucharon risas y por último la caravana mostró a las claras la alegría saludable que la hora y el paisaje provocaban: pronto iban todos corriendo a media rienda, no menos diestros en la jineta; los sentidos todos se movían y transportaban, y, así encendidos y transportados, parecía que se levantaban hasta el cielo. En aquel preciso momento, como por andar yo a lo holgado llevara a guisa de abrigo suplementario mi poncho criollo de vicuña, apenas lo vió de lejos uno de los excursionistas, apretó con espuelas al caballo hasta colocarse al lado del mío, saludándome como a amigo afectuoso en español: era un caballero de edad, antiguo "artista", — comprador de lanas para una firma de Amberes, — y de quien eran conocidísimos los principales estancieros argentinos, habiendo antes acostumbrado venir al Río de la Plata durante mucho tiempo todos los años. Curioso encuentro, en lugar y momento semejante, y en razón de la

pieza de indumentaria nacional que lo solicitara, pues fué como llamar con la trompeta: pero creo que, robados y embebidos los sentidos en el espectáculo de lo que nos rodeaba, no debí quizá responder muy expresivamente a mi interlocutor, pues prefirió desviarse y dejarme de nuevo entregado a la contemplación del paisaje y a la concentración de mi pensamiento... Poco después llegábamos al punto deseado, antes de que el sol quisiera asomarse en el lejano horizonte: desmontamos dando diente con diente y hallamos por fortuna que otros viajeros, los cuales habían pernoctado en el cercano caserío de Senchal, tenían preparado fuego y se disponían a tomar te y café, que saboreamos con delicia, viendo a nuestros pies sólo nubes y encontrándonos rodeados por una densísima niebla, que amenazaba malograr nuestro propósito. La emoción que a todos embargaba era intensa: desfallecía nuestra lengua y quedaba atajado el corazón; un caballero alemán me confesó que hacía varias semanas estaba en Darjeeling y había venido ya diversas veces hasta allí para poder contemplar al Everest, sin poder lograrlo, pero que no regresaría a su país sin verlo. Por fin, cuando abandonábamos ya toda esperanza, y estábamos desahuciados de la misericordia, la niebla comenzó a adelgazarse y se deshizo al fin en tenue velo, mientras que el sol lanzaba al cielo sus primeros rayos: el espectáculo fué sublime en aquella elevadísima altura, y comenzaron a destacarse las nieves eternas del Kanchenjonga hasta que se distinguió, clarísimo, soberbio, imponente, el blanco pico del famoso Everest hacia el oeste, flanqueado por otros dos, ligeramente inferiores, que parecían centinelas destacados, con sus cascos de hielo, helados, fijos, inmóviles... Al bañar el sol aquel paisaje, realmente se experimenta la sensación de una infinita gloria, de un himno inmenso de la naturaleza que canta el esplendor del cielo y de la tierra! Pero dura un instante solo, pues en el acto una niebla sutil comenzó a levantarse y en pocos segundos volvió a rodear de misterio impenetrable al gigante del globo: apenas habíamos podido admirarlo y nuevamente se escondía, para siempre quizá, a nuestra atónita mirada. Pero le veo aún en toda la majestad sublime de aquel momento único: ha quedado incrustado en mi memoria de tal modo que todo, pareceme, podrá borrarse de ésta menos aquel recuerdo intensísimo y sin rival posible.

Con todo, lo que realmente prende más el corazón de uno en la India es la ciudad mil veces sagrada de Benares, cuya existen-

cia cuenta más de 26 siglos y enviaba rayos de sí por el mundo cuando ni la majestad romana ni el arte griego, ni siquiera el fastuoso imperio babilónico soñaban en florecer. Desde esos tiempos remotos la ciudad del Ganges tenía firmes cimientos y estaba del todo arraigada como centro del pensamiento religioso más hondo y elevado, donde los sabios del mundo acudían por sí mismos a beber la más completa enseñanza, habiendo partido de allí, como de un poderoso núcleo intelectual, la más pura doctrina y la filosofía más levantada, y hoy, por una de esas curiosas evoluciones de la mentalidad humana, — que la lleva por el camino de la vida espiritual con la prosperidad y ligereza que va una nave con muy buen viento en popa y con bonanza — el pensamiento filosófico contemporáneo parece orientarse otra vez lentamente hacia Benares, en la forma del movimiento teosófico y de renovación crítica de la teoría, hermética y misteriosa, que los viejos libros sanscritos exponen. Pero es ciudad que, a la vez, ofrece comodidad y sazón para que el viajero encuentre allí, como en un haz reunidos, a hombres de todas las razas de la histórica península, porque la suprema aspiración del hindú es realizar, una vez siquiera, la peregrinación santa para purificarse en las aguas misteriosas del Ganges, o venir a morir a sus orillas: ciegamente se atan a cumplir tal resolución. El río sagrado, tan calumniado que al cólera se le ha llamado por antonomasia “el viajero del Ganges”, guarda con mucho encerramiento propiedades antisépticas tan curiosas que, — malgrado arrojar allí a diario los cadáveres de centenares de personas y bañarse al mismo tiempo en sus ondas hombres que ostentan a las veces todas las lacras, bebiendo fervorosamente los fieles a todas horas el agua del mismo río, — ha sido refractario a la propagación de los microbios de la peste y estuvo a sus invasiones inexpugnable, tanto que el gobierno virreinal, a raíz de las investigaciones y ensayos científicos más cuidados, se ha juzgado con obligación de reconocer esa singular propiedad y declarar que no existe peligro de contaminación. Pero como la ciudad está construída en un hacinamiento estupendo de edificios de varios pisos y con callejas que parecen zaguanes, donde se codea una multitud enorme, no sólo de habitantes que allí normalmente residen sino de peregrinos piadosos venidos de todos los rincones de la India, y de mendigos, estropeados y enfermos, de todas partes, que se arrastran hasta ese sitio en la fe profunda de que la inmersión en las aguas del río los curará de

sus males, se sigue el grave inconveniente de que las condiciones higiénicas de la población forzosamente dejan mucho que desear, por manera que cualquier enfermedad contagiosa que en tal lugar se desarrolle, en un abrir y cerrar de ojos corre como reguero de pólvora y engendra y acarrea pena y dolor por el tendal de víctimas, a las cuales, malgrado los soberbios institutos de caridad debidos a la munificencia de los rajahs y otros potentados indígenas o a la solicitud generosa del gobierno virreinal, no es posible muchas veces atender siquiera, porque su número alcanza proporciones fabulosas. Y, sin embargo, allí los príncipes y los potentados de la India han erigido palacios de un lujo fastuoso, sobre todo a las orillas del río, y han ofrecido sus dádivas con largueza para que se levanten templos variadísimos y de una prodigalidad no soñada; pero, como revolcando unos sobre otros, hay un verdadero laberinto de callejuelas que a cada momento tienen escalones para torcer a un lado o aun para seguir, hallándose frecuentemente cerradas, de acera a acera, por portones que parecen corresponder a casas particulares: como, en el simbolismo del culto hindú, ciertos animales son sagrados y se les deja en libertad, constantemente se tropieza con vacas, toros, y a veces camellos, a los cuales nadie incomoda pero que incomodan a todos, pues en la estrechez de esos callejones no es difícil que lo derriben al viandante de un encuentro o le partan por la mitad del cuerpo, lo cual no es del todo placentero, por más pintoresco que sea ver como aquellas sagradas bestias ponen en pretina, para su manutención, a los vendedores ambulantes y a los que tienen mostradores a la calle. Añádase que los hindús se bañan a toda hora del día, pues renacen de las aguas, y que es parte de su ritual acarrear bacías de bronce llenas de agua al emprender la jira diaria a los santuarios, pues tienen obligación de rociar siempre la imagen del dios que veneran: de ahí que los fieles harten de agua la tierra con un reguero de barro y de humedad pegajosa, pues sus vestidos mojados se podrían torcer, y las guirnaldas de flores, sobre todo las de la olorosa y amarillenta caléndula, que llevan como ofrenda, también van esparciendo una estela de copiosas gotas. De los templos innumerables que allí existen, sea que en unos se adoren imágenes simbólicas o animales vivos que también encarnan un simbolismo dado, es el de Visweswara, con su enorme y deslumbradora cúpula en forma de cono, recubierta toda de una espesa capa de oro puro, el que más mezcla la majes-

tad con el agrado por el espectáculo singular que a todas horas presenta: domina, en los adornos de su exterior e interior, domando la altivez y poderío de los demás símbolos, el misterioso del *lingam*, personificación de la creación e imagen muy perfecta y hermosa de la vida, esencia de Siva mismo. Desde el amanecer hasta entrada la noche la concurrencia que penetra, circula por dentro y vuelve a salir, yendo en corso, es incesante y se asemeja a un torrente inagotable: se desvanece la cabeza al detenerse a contemplarla, pues en los mayores aprietos cobra más bríos, sobre todo cuando se arremolina para penetrar en el estrecho santuario y llegar donde está la imagen de aquel dios, a la que infunde un soplo de vida una pálida luz, amortecida aun más por el hálito de aquellos millares de fieles que salen por sus turnos para derramarse por el reducido recinto, rociar al dios con el agua sagrada y presentarle sus ofrendas, bañados todos de amarillez, como de horror teñidos; a la noche, esa misma capilla se nos pone delante más brillantemente alumbrada, pero la acumulación de las guirnaldas olorosas que cada uno deposita aromatiza el recinto con una fragancia tal que desvanece por lo acre y fuerte, saliendo abominable hedor de todo ello, mientras que media docena de brahmines, llevando cada uno en la mano derecha el candelero simbólico de las 5 luces y, en la izquierda, campanillas vibrantes, entonan solemnes cánticos védicos con voz dulcísima y pasajes tan admirables que en el quiebro nadie les compite: es realmente de admirar el fervor y la piedad con que tales ceremonias se llevan adelante, mostrando el prodigio de su potencia como la unción profunda de los innumerables fieles que a ellas asisten, y descubriendo sin rebozos la solidez de su fe y las hondas raíces de su convicción religiosa.

Porque se echa de ver en la religión hindú una esencia filosófica de pureza sublime, a través de las alegorías y símbolos con que, para la masa de los fieles, ha sido menester materializarla, pues tejida viene de tales matices: todo lo reduce a un concepto supremo, y hace entrar por cuerda derecha a un solo dios todopoderoso, Brahma, quien con Vishnu y Siva, forma la trinidad del padre, del hijo y del espíritu santo; pero es Dios mismo, es decir, Brahma, "quien — como lo proclaman los Vedas — existe por sí mismo, al cual sólo el espíritu percibir puede, pues es imperceptible para los órganos de los sentidos, y carece de partes visibles, siendo eterno y el alma de todas

las cosas, y a quien nadie puede comprender". Difícilmente, ante la filosofía más exigente o la religiosidad más fervorosa, puede pretenderse una definición más perfecta del concepto de Dios, de la misteriosa esencia del universo, ni que mejor nos persuada que podemos subir al cielo sin alas. Es claro que son los Yogis quienes, por dedicarse a escudriñar los secretos de Dios, alcanzan a comprender así el culto, y son las inteligencias supraterrenas de los Mahatmas, las que, declinando las cosas de la fe magistralmente, aclaran lo más intrincado y oscuro de tales doctrinas a los discípulos que se resuelven a levantar el entendimiento a lo espiritual, ocupándose en la contemplación sabrosa de las perfecciones divinas, para dar caza a los hondos secretos del misterio de lo infinito y de la vida: y en la India abundan esos espíritus que así hacen renuncia de la materialidad de la existencia, y por la mortificación y penitencia se resumen en el nirvana y viven una vida superhumana, porque encaraman las pasiones a la cumbre más alta, las reúnen en un solo haz y las afocan en un solo punto, subiéndolas hasta la celsitud del precipicio, con lo que producen esos curiosísimos fenómenos de un fakirismo inexplicable, enajenando y robando para sí toda el alma, en los sanyasis que, en Benares sobre todo, son terribles de ver a orillas del río, conservando durante años, sin hacer mudanza su cuerpo, una posición que parece imposible mantener un minuto seguido, clavado y esperando, sin moverse, sin preocuparse de su ropa ni comida, a la que atienden los fieles, y dejando crecer su cabello y sus barbas hasta el suelo, no pareciendo conservar vida, para gloria de Dios, sino en el extraño fulgor de sus ojos, que se dirían enclavados constantemente en un mundo invisible para las miradas de los que no alcanzan un grado semejante de autosugestión y de hipnotismo irresistible. Guardo sobre mi escritorio, como recuerdo de aquel viaje, una fotografía tomada a un costado del Dasamedh ghat, una de las colosales escalinatas de granito que descienden hasta el agua y constantemente se ven llenas de gente, bañistas, peregrinos y paseantes: pues bien, a la derecha se halla allí a las manos un santón, en posición tan extraña e inverosímil que deliberadamente volví a verle en diversos días, en diferente momento, de distinto lado, buscando comprobar un cambio de postura, un signo de cansancio, un indicio cualquiera que me probara que era aquel un ser como los demás; cuando me convencí de que estaba quedado sin remecerse, en inmovilidad absoluta, y de la completa

buena fe del mismo, fui a pararme cerca de él y me hice sacar así un retrato, con el cual, a diario, antójaseme que veo lo ausente como presente, y me convence de que no he soñado que veía una visión cuando así observé al sanyasi, inclinado hacia adelante sobre la punta de los pies, con los talones en el aire, descansando rígido el estómago en la extremidad achatada de un palo que, sesgado, estaba clavado en tierra y así lo sostenía; erguido el busto, con las manos extendidas hacia adelante y unidas por un rosario de grandes cuentas de ámbar; hirsuta y luenga la barba, larguísima la melena; manteniendo inmóvil la cabeza con los ojos estáticos y fijos éstos, y enclavados, sin pestañear, — por sobre las aguas del río que corre a sus pies, — en el horizonte lejano como si miraran muy despacio algo infinito, inconmensurable, supraterrano... Durante la operación de la fotografía, que quizá le pareció una profanación o una falta de respeto, como le observara yo fijamente, sus ojos se posaron un fugitivo segundo sobre los míos para desviarse al instante, mirándome brevísimamente, y, cual si el golpe de su vista me rasgara el corazón, dejome una impresión tal de angustia y de zozobra que me hizo arrepentir de mi capricho, y desde entonces parece como querer acompañarme siempre, pues suelo ver la extrañísima mirada, penetrante, incisiva, con brillo inexplicable, cuando despierto sueño con aquella escena de Benares!

No es posible dejar correr el recuerdo y tengo que echar grillos a mis deseos: horas y horas pasaríame dando vida a tanto y tanto espectáculo curioso, que se diría no quieren apartarse de mi memoria, tan honda fué entonces la impresión recibida. Tal dificultad me obligaba a sobreseer una inesperada visita al palacio del maharajah de Benares, en Rammanjar, mordiéndome la lengua respecto del despliegue de aquel fausto verdaderamente asiático por la procesión de los elefantes de la corte, ricamente enjaezados y llevando a los altos dignatarios, en medio de sus tropas indígenas, que lucían vistosos uniformes, los unos todavía medioevales, pues conservaban cascos y cotas de malla, pero los otros, modernísimos: de cuya mixtura resaltaba una curiosísima variedad de colores...

De Calcutta sólo diré que es una ciudad notablemente inglesa, por sus edificios y paseos; predomina allí la población mahometana y armenia, y levanta el cuello la arrogancia de los mestizos, que van formando casi una casta: los eurasiáticos; pero sea que

se salga a lucido paseo por la famosa explanada del Maidan, a orillas del río Hooghly o se haga ejercicio en los hermosísimos Eden gardens, o por las calles principales, del pecho me sale a la boca que es aquella una ciudad provincial de Inglaterra. Del tropel de recuerdos que sobre dicha capital regalan y acarician a mi mente, me hace no sé qué guiño de ojos cierta visita al maravilloso jardín botánico, cuya curiosísima higuera banyan tiene centenares de raíces aéreas y echa sus ramas sobre una circunferencia de un millar de pies, realizando así la singular visión mental de Milton en un verso célebre del *Paraíso perdido*.

Madras, a pesar de ser capital de una de las provincias de la India, no se planta con el mismo airoso ademán de aspecto británico como Calcutta: su calle Mount road, debido sin duda a lo terriblemente cálido del clima, parece a vista de todos como trasunto de vida europea sólo en las primeras horas de la mañana y al atardecer, como sucede con el histórico parque Chepauk o el grande People's park: pero, fuera del interés con que convidan sus barrios hindus, — pues ya aquí el elemento mahometano comienza a ser cada vez más y más débil, desde que el sud de India escapó en otro tiempo a la dominación mogol — lo que más me atrajo fué el vecino suburbio de Adyar, donde está el centro del movimiento teosófico que, comenzando hace apenas 40 años a impulsos del coronel americano Olcott y de la rusa madama Blavatzky, hoy, bajo la dirección de Annie Besant, puede gloriarse de tener afiliados en todos los rincones del mundo; pero no olvidaré que un distinguido caballero hindu, a quien fuí presentado en el Hotel Conemara para que me hiciera conocer la institución, me informó de que aquella enseñanza puede quizá despabilar los ojos de los occidentales, pero no avivaría la vista de los orientales, pues apenas asentaba la primera piedra, el *abc* de la religión hindu... No me detendré ni a discutir ni a explicar esta cuestión, pues me llevaría muy lejos, y ni el tiempo en este momento todavía disponible ni este lugar tampoco, me lo permitirían.

Siento igualmente no poder discurrir de acá para acullá en una de las visitas más curiosas: la de Madura, que resume la tradición y cultura meridional de la India, y cuyo estupendo templo, dedicado a la diosa Minakshi, es una maravilla de arquitectura dravidiana, completamente ajena a toda influencia artística de procedencia extraña, exponente de un estilo hindu legítimo, con esbeltas torres piramidales, rincones rectangulares que se repiten

y repliegan unos dentro de otros como las típicas cajas de laca chinesca, un enjambre de claustros y galerías y pórticos, donde pulula de día y de noche una enorme multitud; esculturas delicadísimas, techos horizontales, sin rastros de cúpulas ni arcos: y todas esas diferencias de labores se muestran en piedra, pues parece haber sido excluída totalmente la madera. Presencí allí una imponente ceremonia religiosa nocturna, que no es de suyo oculta pero de la cual pocos forasteros son testigos: apenas tomaron cuerpo las primeras sombras de la noche, de los altos de la estación del ferrocarril — donde nos alojamos, pues no existe hotel allí — con afectado secreto me trasladé al templo con un guía, quien andaba turbado de miedo de que mi presencia en la procesión sacara de su quicio la ira de los fieles; a nuestra llegada todo estaba profusamente iluminado con lamparillas de todo género: a ambos costados del pórtico central y todo a lo largo del inmenso vestíbulo de las 1.000 columnas, divisaban los ojos a vendedores con mostradores improvisados, y una multitud afanosa recorría el local, comprando luminarias, guirnaldas, mil objetos diversos, después de regatear un cuarto de hora el precio; cada vez más iba creciendo a más largos pasos la concurrencia, y, a pesar de lo enormemente grande del recinto, el perfume asfixiante de las guirnaldas de flores amarillas y de los millares de seres allí congregados alcanzaban con el olfato lo que no es creíble, hasta que los sacerdotes del culto principiaron a organizar lentamente la procesión, llevando en andas a las imágenes de los dioses y los emblemas de su poder, ofreciendo pujas y encantamientos, mientras la gente, que seguía en grupos compactos, cada cual con su luminaria, le iba dando música y cantando canciones, prosternándose a ratos en el suelo: los ídolos más grotescos y extraños desfilaban a mi vista, haciéndoles todos reverencia, y malgrado el evidente simbolismo, no podía ocultárseme que todos aquellos fieles, cuyo fervor ingenuo era evidente y merecía todo respeto, se aplicaban a la adoración de aquellas imágenes, idolatrándolas como la encarnación misma de su cielo de divinidades. Cerca de dos horas guardó continuamente su puesto la procesión, a cuyo lado pude siempre andar, gracias al guía intérprete que me convoyaba y quien me colocó en diversos puntos estratégicos a su paso: hizo mella profunda en mí aquella fe tan ardiente, que no podría con sinceridad decir haberla visto mayor, más completa o más sincera, en las iglesias más afamadas de la cristiandad: quizá sólo en los monas-

terios de Rusia, donde el mujik demuestra igualmente una piedad extraña, pueda encontrarse algo de lejos parecido. Y allí no había engaño, pues aquellos hindus iban casi todos desnudos, apenas cubiertos por telas cuyo estado revelaba la pobreza y la sinceridad de sus dueños... Fui testigo esa noche del baile ritual que se acostumbra hacer en esas fiestas: las *nautchas*, recargadas de joyas y con vestidos recamados de oro y plata, jugaban de los pies como de los brazos en ritmo lentísimo, a la usanza oriental; y aquellas bailarinas, en toda la India celebradas, lograban producir la sensación más intensa de la más intensa voluptuosidad asiática...

Por fin, en Tuticorin me hice de nuevo a la mar en el vapor *El Barhata* para cruzar a Colombo: travesía que rivaliza con la del canal de la Mancha en no eximir del terrible mareo sino a muy contadas personas.

ERNESTO QUESADA.

(Concluirá).



Toscalo

Ernesto Quesada

INTERMEDIO ⁽¹⁾

Joven desengañado del mundo y de la vida que exhibes, como un timbre, tu manía suicida de no pensar en nada, porque tu alma está llena de saber y, a tu juicio, nada vale la pena; de no creer, tampoco, porque si bien se mira nada es, por lo que adviertes, ni verdad ni mentira; de no confiar en nada, ni esperar bien alguno porque entre los que existen no te halaga ninguno; de no amar, porque entiendes que el amor es intento indigno de los hombres de tu temperamento; de no soñar, al menos, porque el sueño es quimera propia de almas pueriles, ebrias de primavera; de no apetecer nada: ni riquezas, ni nombre, ni poder, ni siquiera la gloria de ser hombre, — sin que a pesar de todo, con lógica que admiro, ni en realidad ni en sueños te hayas pegado un tiro:

Depón por un momento ese tu ceño adusto que ya a nadie persuade ni a mí me mete susto, y hablemos buenamente, como viejos amigos que tras un largo viaje se encuentran, sin testigos.

Cuando partiste, hace años, eras un buen muchacho, un poco enamorado y otro poco borracho, de ilusión unas veces y otras veces de vino, que hacías en jornadas iguales tu camino, despreocupado, alegre, voluptuoso, travieso, pronta la mano al golpe, lista la boca al beso, seguro de tus fuerzas, contento de ti mismo,

(1) Del libro de cuentos, próximo a aparecer, titulado *Curicia de Sol*.

llena el alma de sueños y los ojos de abismo,
 el músculo tendido con suprema energía
 y el espíritu henchido de radiante alegría,
 y que cuando acudíamos a nuestra cita diaria
 con la vida, no menos bella por ordinaria,
 con la herramienta al hombro y el cantar en los labios,
 te reías conmigo de los que siendo sabios
 morían finalmente sin que hubieran sabido,
 por lo menos, si habían o no habían vivido...

¡Qué mudanza al regreso!... Tu espíritu es un yermo,
 traes el alma helada y el corazón enfermo
 de agotamiento, hastío, temor, incertidumbre,
 sin fe y sin esperanzas, sin ilusión que alumbré
 la obscuridad estéril en que al fin te perdiste,
 como un niño en las selvas, acobardado y triste...

En tu viaje te has dado tal hartazgo de ciencia
 sin digestión, que al cabo perdiste la conciencia
 de lo que eras tú mismo, y tu personalidad
 naufragó en el oleaje de aquella inmensidad
 de teorías contrarias y verdades opuestas
 que en confusión de rumbos fijos me manifiestas,
 amasando con ellas ese pan de mil hojas
 de ingeniosos equívocos y bellas paradojas
 que es tu solo alimento, bien precario, en verdad,
 puesto que, al fin de cuentas, no es más que vaciedad...

En las fuentes letales de la sabiduría
 presurosa, has ahogado tu viril alegría,
 y tu fe de otros tiempos se ha trocado en la duda
 que ensombrece y espanta tu pobre alma, desnuda
 de todo sentimiento de belleza o amor,
 porque ya es sólo un páramo tu jardín interior.

Eres un muerto que anda, un espíritu exhausto,
 torturado y vacío como el del pobre Fausto,
 sin que haya Mefistófeles que se anime a adquirirlo,
 ni Dios bueno y piadoso capaz de redimirlo.

Tú, que tanto sabías, todo, todo hoy lo ignoras;
 tú, que así te reías, hoy ni siquiera lloras;
 y claudicante, triste, desorientado y solo,—

Marsyas sacrificado por las iras de Apolo, —
giras en tu vacío íntimo, sin cesar,
como una hoja arrastrada por el viento, al azar.

Entre tanto, la vida, la vida verdadera,
fértil, fecunda, fuerte, prolífica, sincera,
que no sabe de análisis, ni dogmas, ni teorías,
pero que en cambio crea y estimula energías, —
estalla en torno nuestro como en una explosión
del esfuerzo hecho obra, la virtud hecha acción,
la esperanza hecha aliento y el amor hecho fuerza,
sin que nada entorpezca, ni destruya, ni tuerza
las reacciones triunfales de su impulsión creadora.

Se insinúa en la noche, se revela en la aurora,
crepita al mediodía y esplende en los crepúsculos;
transfórmala en belleza la tensión de los músculos
en campos y ciudades, estudios y talleres;
se ennoblece en el cálido amor de las mujeres,
y atraídos por ella, donde posa la planta,
el corazón se expande y el espíritu canta!

Hasta ahora, en las páginas leídas de este libro,
en el que con mis ansias y mis impulsos vibro,
conmigo has recorrido, de los varios senderos
de la vida, al acaso, si los más placenteros,
también los más difíciles, del amor, sombra y luz,
que es corona de rosas y de espinas y cruz,
manantial de agua pura, cisterna envenenada,
oasis de reposo para el alma cansada,
tormento irremisible, fuente de gracia plena,
ánfora de miel y acíbar constantemente llena.

Complejidad sublime como la vida misma,
es el amor, amigo, como la vida, un prisma,
en el que la infinita diversidad de aspectos
se nos revela en forma de infinidad de efectos
que sólo nos exigen, para su comprensión,
sinceridad de espíritu y fuerte corazón.

Términos equivalentes, el amor y la vida
nútrense en nuestra carne macerada y dolida,

y amor es, como aquélla, un lírico resumen donde halla sus motivos de inspiración el numen.

Los dos complementarios y ambos contradictorios, no tienen por fronteras límites divisorios; se enlazan y confunden, y amor y vida, en suma, son recíprocamente como el agua y la espuma.

Al amor exaltemos para exaltar la vida: lo hemos visto, o veremos, triunfar en la reñida lucha de hondos prejuicios; en las inquietudes enervantes del siglo, y en las vicisitudes y en las alternativas de su propio proceso, para fincar el ímpetu de su fuerza en un beso, que traduce en la angustia de su loca ansiedad el vigoroso anhelo de la fecundidad!

Fecundidad tan sólo la vida nos exige ¿y es esto, por ventura, lo que tanto te aflige? pues bien: no es necesario, según lo que colijo, tramar filosofías para tener un hijo. . .

Hijo de carne y huesos o hijo espiritual, legítimo si puedes, y si no, natural, hazlo de cualquier modo, y si en ello se ingenia tu voluntad, verás cómo tu neurastenia, tu desgano invencible y hasta la catalepsia del deseo, en que a veces te arroja tu dispepsia, se traducen en una como excelsa virtud de bondad y energía, de entusiasmo y salud.

Dime, si te parece, que mi visión es corta y que me animalizo demasiado: no importa: antes que fuerza inocua sin destino virtual, francamente: prefiero ser un poco animal. . .

Advierto, felizmente, que esta plática es larga y que por lo que digo parece que te carga.

Hago punto y concluyo. Perdóneme si he sido, con demasía, acaso, valiente o atrevido; mas no me era posible abstraerme al deseo de decirte, de paso, lo que al mirarte creo del pesimismo ingrato que malogra tu vida, que pudiendo ser Niágara, es un agua dormida;

que pudiendo ser carmen, es tan sólo un desierto;
y que en la atonía de tu destino incierto
es un esfuerzo estéril ¡una energía inerte
encauzada hacia el piélago inmóvil de la muerte!...

¿No te place la prédica? Es igual. Son sinceras
mis palabras, y basta. Di de mí lo que quieras,
o bien, no digas nada. Es lo mismo. Tu amigo
seré de todos modos, si te agrada. Prosigo...

J. L. FERNÁNDEZ DE LA PUENTE.

“LA NACION” Y EL ARTE NACIONAL

Publicamos a continuación tres estudios críticos sobre la exposición que de sus obras han hecho en el Salón Nacional los artistas argentinos Zonza Briano, Bermúdez, Leguizamón Pondal, Deluchi, De Navazio y Del Campo.

El éxito muy halagüeño alcanzado por la exposición es conocido de todos. La exposición ha sido visitada y discutida, con interés, con calor, y la expresión de los más opuestos juicios sobre el valor de las obras expuestas ha hallado cabida en todos los diarios libremente. Con tales antecedentes, no podía ser recibida sino con marcada sorpresa en todos los círculos literarios y artísticos la determinación de *La Nación*, de no admitir en sus páginas otro parecer sobre la exposición que el emitido en ellas por su crítico de arte, rechazando los artículos que disintieran con las opiniones de éste, por más que los prestigiasen firmas reputadísimas. Ricardo Rojas, uno de los rechazados, leyó su estudio en el banquete ofrecido a los expositores por un nutrido grupo de intelectuales, y dejó en él constancia de su protesta contra la actitud insólita de *La Nación*; Manuel Gálvez, otro de los rechazados, nos ha entregado su artículo para que lo publiquemos junto con el de Rojas.

A las protestas surgidas respondió *La Nación* en su número del 22 del corriente con un extenso editorial — nuevo caso insólito — cuyos conceptos no podemos dejar pasar en silencio, sin siquiera expresar a su respecto en breves palabras nuestra absoluta disconformidad, que es la disconformidad — damos fe de ello — de la mayoría del elemento pensante del país, que de este asunto se ha ocupado. *La Nación*, muy bien inspirada, teme porque las aptitudes de nuestros artistas de talento se malogren, y los juicios del público se desorienten por falta de dirección segura en materia artística, y a tal objeto se erige en censor único

e indiscutible, dispuesta a dar a cada cual lo que se merezca y a colocarlo donde se merezca para que ahí se quede por siempre. "A la crítica artística — dice, y por crítica artística debe entenderse la del mismo diario — incumbe el deber de colocarse a la altura de la misión que el momento le impone: la grave misión de celadora del porvenir del arte nacional". Y más adelante: "Este deber es más importante y más grave de lo que a primera vista parece: es como una policía sanitaria que vela por los intereses de la Nación Argentina en el campo intelectual".

Muy bien por esa policía sanitaria; pero ¿quién le ha atribuído tan omnímodas facultades? ¿No teme *La Nación* que su crítico pueda errar, como todos los humanos, y no admite la posibilidad de dos criterios distintos, ambos rectos y sanos, sobre un mismo asunto, y la utilidad de presentar al público ambos puntos de vista? No le insinuamos que cree una tribuna libre para el debate de los temas de arte, pero sí le sostenemos que el criterio de Ricardo Rojas y Manuel Gálvez, escritores y críticos de sólida reputación, bien vale el de su crítico de arte. Es posible que éste sepa señalar muy bien "las orientaciones a que debe ajustarse todo arte que se inicia" — empleamos las propias palabras de *La Nación* — "por el órgano del buen sentido, cuando otras dotes le falten, y con auxilio del buen gusto, cultivado en el estudio de las obras maestras y, *más todavía* en la observación de la realidad"; pero ¿por qué suponer que ese *buen sentido* y ese *buen gusto* (¡qué poca cosa le exige *La Nación* a sus críticos!) han de faltarles a los distinguidos hombres de letras que solicitan la grata hospitalidad de *La Nación* para sus ideas?

Todo el editorial que comentamos canta el mismo estribillo: *La Nación* se propone por sí y ante sí "educar el gusto público y velar por la honestidad artística de las generaciones futuras".

Nadie puede desconocerle ciertamente el derecho de erigirse en única dispensadora en sus columnas del favor y de la censura; allá el gran diario con su ilusión de poseer la verdad revelada en materia de arte y con ella en la mano la protección de las musas en nuestro suelo, recién llegadas según cuentan y ya amenazadas de tanto peligro; pero que entonces reniegue de hoy en adelante de su noble tradición de libertad en la discusión de las ideas, y de amparo de todo espíritu escogido que quiera decir su palabra, y declare sin embozos: "No nos agrada la contradicción. Nuestra palabra debe ser la primera y la última para

los lectores. Nuestros juicios son absolutos e inapelables." De esta suerte *La Nación* podrá seguir ejerciendo, para su mayor gloria, la dictadura intelectual que un tiempo le correspondió "par droit de conquête" y ahora reclama "par droit de naissance".

NOSOTROS que no teme desorientar a las personas inteligentes con la discusión levantada de todas las ideas, publica a continuación los dos artículos de Ricardo Rojas y Manuel Gálvez, y uno de Rinaldo Rinaldini que sostiene exactamente lo contrario que aquéllos.

LA DIRECCIÓN.

EL SALON DEL RETIRO

Allá en el término de la calle Florida, donde comienza su declive la barranca del Plata, conserva y ceta Buenos Aires, uno de sus mejores sitios de silencio, de tradición, de poesía. Es como si el tumulto bursátil de la ciudad se remansara en la frondosa plaza, y en ella el alma porteña pudiese más claramente recordar, comprender y soñar, tal como un agua aquietada en su cuenca, refleja mejor sus astros. Apenas hace medio siglo, y era aquel barrio un lodazal silvestre donde se atascaban las carretas; ahora corren los autos por la limpia vereda, entre señoriales mansiones y árboles armoniosos. Yo no puedo pasar por aquella plaza sin recordar que en ella se realizaban antiguamente nuestras corridas de toros, y que el mismísimo don Juan Manuel de Rosas, antes de ser tirano, saltó una tarde al redondel, vestido de gaucho para enlazar una fiera, y que después, siendo tirano, tuvo en el mismo barrio una de las mazmorras donde alherrojó a los poetas de su tiempo. . . En ese histórico rincón de la ciudad, los argentinos de hoy celebramos nuestras exposiciones de arte, con el orgullo que nos da el contraste de aquel pasado sombrío, que es necesario conocer para mirar con simpatía la obra actual de nuestros pintores y escultores, y presentir con optimismo, el florecimiento de su obra futura.

He ahí la reminiscencia local que se despertaba en mí estas últimas tardes al atravesar el viejo Retiro y penetrar en las salas de la exposición, recién inaugurada bajo los auspicios de la Comisión de bellas artes. Perdíase a lo lejos, tras de los muros sordidos, la línea horizontal del Plata epónimo; dejaba a mis espaldas la estatua del paladín, últimamente profanada por la venal incomprensión de un artista europeo, y trasponía la verja del pabellón con el alma acometida por la necesidad de un arte propio y de una atmósfera de belleza en la ciudad. Hace un cuarto

siglo que se viene aquí luchando por esa esperanza, con éxito mezquino. Pedimos a la sociedad, al gobierno, a la prensa, a la crítica, respeto por la personalidad de los autores, aplausos por el patriotismo de su esfuerzo, reverencia por el desinterés de sus vidas. La obra madura no llegará sin ese estímulo de inteligencia y de amor. Promueva la crítica sus cuestiones teóricas sobre la belleza, o sus cuestiones técnicas sobre la expresión, pero sin olvidar que el arte es aún entre nosotros, no sólo problema estético, sino problema elemental de cultura. Tal vez se requiera ser argentino para sentir todo esto, pero es menester sentirlo. Difícilmente verá surgir un arte nativo el país, donde los artistas no hayan logrado siquiera la jerarquía social que corresponde a sus altas vocaciones, ni la cotización profesional de sus obras. La crítica debe tener presente que un arte nacional no se genera por la técnica voluntaria de un hombre, sino por el sentimiento inteligente de un pueblo. De ahí que en tales casos, sea más útil educar al opulento contemplador, que deprimir al abnegado artista.

Y cuando se ha penetrado en la exposición del Retiro, vamos pasando, según el orden de las salas, por entre las telas pastorales de Cupertino del Campo, y los acendrados arquetipos de Jorge Bermúdez, y los tranquilos bronce de Leguizamón Pondal, y las inquietantes visiones de Zonza Briano, y las rojizas luces de Pedro Delucchi y las decoraciones florales de Navazio, y cuando volvemos hacia atrás, individualizando las obras, deseáramos entonces cerrar los ojos a todo lo mediocre, para abrir el espíritu a la contemplación de los esfuerzos logrados y a la promesa de los nombres elegidos. ¿A qué esgrimir la fusta y entorpecer el ceño como un dómine lívido, contra el que creemos pésimo alumno del viejo Apeles? Lo que hay de grande en esos destinos, habrá de realizarse fuera de nuestro magisterio, ilusorio; y habrá de morir solo, cuanto hay de fútil en ciertos afanes. Dejemos a la puerta esas pedagogías del libro abierto y del pecho cerrado. Digamos sólo la palabra del bien, porque esa es fecunda. Revelemos al magistrado ceremonioso, a la dama elegante y al hombre del pueblo, que cada uno de esos trabajos expuestos en el salón del Retiro, es la concreción de un ensueño aquilatado de angustias; que la capacidad de generarlo y amarlo, es por sí sola un signo de selección en las sociedades embrionarias; y que obstinarse en él ante gentes irrespetuosas, frívolas, indiferentes o sórdidas, es ya soli-

viantar el carácter hasta los renunciamientos de la santidad o hasta los timbres de un silencioso heroísmo.

Yo he visto a Jorge Bermúdez partir de Buenos Aires para la quebrada de Humahuaca y los valles de Catamarca, después del éxito de sus dos últimas exposiciones; trocar en ese viaje la sensualidad metropolitana por la frugalidad de la aldea o el ascetismo de nuestra vida campesina; para ir en busca del modelo autóctono, y volver de allá con esas diez y seis telas que expone, vigorosas de sinceridad y de color. Yo he visto a Zonza Briano en su taller de Barracas, cerca del puente del Riachuelo, vivir como un cenobita en su retiro, poseído por su arte, soñando de día y velando de noche, para arrancar a la forma inerte, la expresión espiritual de sus retratos próceres, la vida sutil de sus cabezas femeninas, o la presencia fantasmal de su Cristo blanco. Yo lo veo a Cupertino del Campo salir con su obra de pintor a la discusión pública, cuando pudiera preferir la segura quietud burocrática de su empleo eminente; y lo veo a Leguizamón Pondal que pudiera vivir a la sombra del nombre heredado, seguir las sendas escarpadas del arte, en procura de un nombre propio; y los veo a Pedro Delucchi y a Walter de Navazio, después de haber cursado las academias locales, buscar la ruta de Europa, ellos también agujoneados por el ansia de una belleza perfectible, vibrantes argonautas de la noble Quimera. Tanto valor de almas — y de alma — es lo que también se expone en el salón del Retiro; sacrificios, vigiliias, ideales, coraje, sinceridad, talento, amor, todo eso junto, que vale, para la cultura patria, por lo menos tanto como vale una elección populosa, o un lance de aviación, o un ruidoso debate parlamentario, o la conferencia de un visitante extranjero, o el más pingüe negocio de la bolsa o una exposición de campeones pecuarios. La prensa, el estado, el pueblo, tienen cada uno, su deber de solidaridad con semejante acontecimiento. Desamparar el salón del Retiro, fuera hostilizar una generosa fundación, y justificar el desaliento o la emigración de nuestros artistas.

Se dirá que pretendo enaltecer la exposición por sus valores morales, y yo me avanzo a confesar ese propósito, puesto que se trata de un salón de artistas argentinos. Debemos tender a la formación de un movimiento local de arte, "nacional" por la residencia de los autores, por las tendencias estéticas, por la vinculación espiritual del núcleo creador y del pueblo que contemple las obras creadas, anualmente expuestas bajo el patrocinio de toda

la nación. Sólo un movimiento de esa índole podría enorgullecernos como argentinos, y dar a Buenos Aires la calificación de una capital artística, siquiera sea dentro de nuestro continente. Pretender que lo somos ya por nuestros museos, por nuestros teatros, por nuestras exposiciones mercantiles, es una puerilidad peligrosa. Buenos Aires interesa a los empresarios de ópera como centro de abonos y a los mercaderes de cuadros como hotel de ventas, pues tienen la experiencia lucrativa de cómo se sorprende la ingenuidad generosa de los cosmópolis adinerados. La exposición internacional del centenario — valiosa, sin duda, — hubiera podido ser simple espectáculo suntuario al alcance de una colonia rica. Siente nuestro pueblo espontáneas tendencias artísticas que debieran ser inteligentemente cultivadas. Nacen a veces en la tierra argentina individualidades selectas, que no han de pertenecernos por el accidente de la cuna, sino por el arraigo de la vida y del espíritu. Si nosotros no sabemos crear ese ambiente de simpatía cívica y estética para los artistas nativos, los más fuertes emigrarán, buscando la patria de su espíritu, y ellos serán de la ciudad que los acoja, con detrimento y retardo de nuestra propia civilización.

Ante reflexiones de esa índole, véase la importancia civil de nuestro salón del Retiro. La severidad individualista, intransigente, filosófica, ha de avenirse aquí con los problemas morales del medio artístico naciente. Es muy fácil recordar los nombres ilustres de una civilización ya realizada; lo difícil es contribuir a realizarla en un mundo nuevo. Para lo primero basta haber viajado y leer las revistas; para lo segundo, es necesario la intuición, la fantasía, el amor. Por eso eludo la vanidosa voluptuosidad que pudiera encontrar en las fallas de emoción o de técnica de las obras expuestas. Pudiera decir que Delucchi patina sus telas con un sepa arbitrario y que sus arabescos son a veces vulgares; mas prefiero elogiar la austeridad de su dibujo y el vigor animado de sus aguas fuertes (v. núm. 43). Pudiera decir que Navazio no pinta el relieve ni la calidad de las substancias en sus desnudos fonjes, o que las manchas de color de tal jardín (núm. 11), rojo, verde, quedan como sobre la paleta en su materialidad prístina, sin armonizarse entre sí, ni envolverse en la luz del ambiente; mas prefiero elogiar el "Ombú" y los "Sauces de la tarde" por la honda poesía personal que de aquellos árboles trasciende... Pudiera decir que Leguizamón Pondal ha modelado con vacilación la cabeza número 1; mas prefiero elogiar el verismo del

retrato número 3. Pudiera, en fin, censurar en del Campo la poca selección de los modelos (v. gr. núm. 4), la inclusión de trabajos inconsistentes (núm. 18), la pincelada que se corta donde se desearía el trazo continuo, audaz, seguro; mas prefiero elogiar en el número 39 sus logrados efectos de luz y de fronda, en el número 37 su amplitud panorámica, en los números 7, 23 y otros, sus delicadas expresiones de verdor pampeano, poesía de nuestras églogas genuinas. . .

El mundo de los artistas, crea en todos los países una atmósfera electrizada de asechanzas, intrigas, rencores. Mientras visito el salón, algunos vienen a murmurar sus querellas en mi oído. Los que están, se creen perseguidos por los ausentes; los ausentes se dicen excluidos por los que están. "Este — me avisan — es un aficionado; ése un megalómano; aquél, un impersonal; el otro, un simulador; el siguiente, un estudiante; el último, un ingenuo". . . Es lamentable que todo esto ocurra en una tierra de suyo hostil, donde todas las fuerzas cordiales debieran aunarse, no para defender la obra de éste o de aquél, sino la causa de todos, en cada caso representada por el cofrade que se arriesga a mostrar su obra, pues aquí "exponer" es "exponerse". . . ¿Por qué llamar "aficionado" — con tono deprimente — al que se ha definido "pintor" — bueno o malo — por su obra abundante, por su vocación duradera y hasta por el solo hecho de exponer en el salón anual de los pintores? ¿Por qué censurar al que tiene personalidad bien definida y quiere manifestarla, si hemos de censurar también al que no la tiene y sigue humildemente los cánones? Se ha murmurado del sistema de la exposición por salas individuales, queriendo ver en ello la obra de un círculo excluyente. Esto es injusto. Exponen este año los seis artistas que obtuvieron las sendas salas disponibles. Otros — quienes las pidan — expondrán en los años venideros — según me informan algunos miembros de la Comisión. Pero lo que no puede negarse, es la ventaja del sistema, que cede un local gratuito al expositor argentino, que salva su personalidad dentro de cada recinto, que no promiscua obras diversas en la abigarrada confusión de los pabellones comunes, reuniendo así en todo ello, los alicientes de una exposición individual y las ventajas civiles de una exposición colectiva, pues en tal caso la obra aparece, no como la labor de un esteta solitario, sino como el trabajo de un grupo conciente de su arte y de su nacionalidad.

Salgo de esta exposición con la plena confianza de que muy pronto llegaremos a definir un arte nacional. Los que desde hace años seguimos y fomentamos este movimiento, podemos hablar del largo trecho en poco tiempo recorrido. Amplia y segura ha sido la evolución, desde las escasas exposiciones de antaño hasta el salón del Retiro, por lo que él representa como organización de la cultura en su conjunto, y como avance estético en la obra descollante de Zonza Briano y de Bermúdez. Bastaría remontarse a la sección argentina del Centenario, para comprender lo que en nuestro país significan las salas de estos dos artistas creadores y singulares. Mientras el arte nacional de entonces parecía buscar sus fuentes en un verismo trivial, y su técnica en las untuosas academias italianas, para representar sus gauchos de carnestolendas y sus cocoliches de sainete — Zonza Briano y Bermúdez avanzan resueltamente hacia las esferas de la emoción individual y castiza, buscando trasuntar, por una técnica más viril, la vida espiritual de sus modelos. Uno y otro representan, en el momento actual de su arte y de la sociedad argentina, el idealismo tantas veces predicado contra el materialismo y el cosmopolitismo que son la fase actual de nuestra evolución: Zonza Briano en el arte de las formas, con su culto de las vidas superiores; Bermúdez, en el arte del color, con esas telas en que la raza americana y su paisaje se acendran en una armonía secular. Y no vacilo en agregar que por su ejecución, la sala II y la sala IV del Retiro figurarían con dignidad para nosotros en cualquiera de las más célebres exposiciones anuales que se realizan en Europa. No desdeñaría la presencia de estos dos artistas nuestros el salón de París y creo que ambos honrarían al Museo Moderno de Roma o a la Tate Gallery de Londres. Quienes conocen el fondo mediocre de estos dos últimos museos, saben que no incurro al juzgar así, en una hipérbole complaciente.

En la sala IV hay un ambiente de capilla: silencio, flores, penumbras, aromas de Arabia... Yo no sabría decir si ese ambiente místico se debe sólo a esta máquina más o menos teatral, o a la presencia silenciosa, majestuosa, misteriosa, del Cristo blanco que se alza en el fondo de la rotonda. Lo que sí sabría decir es que no hay en todo ello nada de censurable. Censuraríamos entonces toda la estética wagneriana, y el artificio esencial en que reposa el arte. Basta enunciarlo para comprenderlo: la libertad del artista debe ser infinita. Sólo se le pide una emoción

de belleza; si nos la da, el corazón le bendice. Y el Redentor que está en el Retiro, tiene la unción del arte verdadero. Está modelado con simplicidad, y ya se sabe que hay una simplicidad difícil. El artista se ha valido de ella por necesidad del asunto, y no para eludir dificultades, como se cree vulgarmente. Yo ví al Cristo nacer de la arcilla negra, y tenía las manos y el hombro anatómicos en extremo; después los veló el artista, borrando la clavícula y uniendo los dedos, porque lo que buscaba crear no era un hombre visible ni un Dios invisible, sino una aparición. En el siglo II de nuestra era, los paganos caricaturaban al Cristo como un asno crucificado; desde entonces hasta ahora, el arte le ha representado de diversos modos, brutalmente humano en Holbein y Ribera, frívolamente humano en el Tintoreto y Rafael, pero siempre patético, gesticulante, dramatizado, hasta llegar al Cristo escultórico de Bistolfi, cuya peinada barba y manos crispadas, así como la túnica labrada, lo humanizan asaz, siguiendo el influjo de los predecesores. Este del Retiro es el primero en que Cristo aparece totalmente sereno, como un bloque o como un árbol o como un espíritu. Es "El"... Y para eso necesitábase la misma técnica de las cabezas femeninas, desde cuyos sutiles matices de sentimiento nos elevamos con la serie de los retratos, a la expresión de los caracteres viriles, y vemos que el modelado va sobresaltándose y definiéndose por grados, desde el equilibrio del Bosch y la serenidad del Mitre hasta el tormento del Wágner. Por otra parte, quien ha realizado el torso que se llama "Belleza", palpitante de vida venusina, queda fuera de toda disputa como modelador, y el Redentor está, por sus dificultades, más allá de todo eso. Lo está igualmente como interpretación de la mágica figura cristiana, fantasmal para los ojos del arte verdadero, como para los ojos de la vida, donde tan sólo la entrevemos...

En cuanto a la sala de Bermúdez, diré que es la afirmación de un poderoso temperamento de pintor, venturosamente orientado ya hacia la definitiva posesión de su personalidad, de su técnica y de su raza. Se le dice que tiene reminiscencias de Zuloaga. Quizás... algunas, como resabio de su obra primigenia; pero a mí me place decir que se halla en vías de su total independencia, y que casi nada veo ya de sus maestros en el "Gallero Viejo", en la "Serrana", en la "Chinita", en el "Gaucha del norte". Pero, y Zuloaga, ¿no es acaso un resumen voluntario del Greco, de Velázquez y de Goya? ¿Por qué no ven más bien en Bermúdez, la in-

fluencia de aquellos padres de la pintura ibérica, que Bermúdez ha estudiado en Toledo y Madrid, lo mismo que Zuloaga?... Es que Zuloaga está de moda; se cotiza en los salones; circula en las revistas... Yo comencé a ver la obra de Zuloaga en un salón de otoño, en París, y me causó verdadero asombro. Más tarde descubrí sus fuentes en el Prado, y la que había juzgado creación genial, me lo expliqué por la asimilación de un hábil talento. ¿Y Velázquez mismo, no pasó acaso por dos maneras provisionarias hasta llegar al cuadro de "Las lanzas" y a los retratos del tiempo de Don Felipe? ¿Y aún independizado de sus primeras sugerencias, no subsistió en su obra definitiva, la influencia de su maestro Zurbarán? Yo no conozco un solo artista que pueda repetir aquella jactancia que se atribuye a Napoleón en su coronamiento: "Yo soy mis antepasados". El señor Bermúdez los tiene, y debe estar orgulloso de ello, aun cuando deba libertarse completamente de ellos. Si sólo hubiera compuesto "La patroncita", sería ya uno de los fundadores del arte verdaderamente argentino. Su destreza en la composición, la amplitud de sus arabescos, la intención de sus fondos, el relieve y colorido de sus figuras centrales, la calidad de sus substancias, la firmeza de su dibujo, la seguridad de sus pinceladas, la fecundidad de su labor, la simpatía por su tierra, su emoción nativa, su tradición castiza como hombre y como pintor, todo le conduce a superar en mucho su juventud y su obra actuales, y realizar cuadros de carácter y de costumbres, que habrán de definir nuestra pintura, por su técnica y por sus asuntos regionales. Está en el buen camino histórico: el norte argentino debe ser su taller. La luz, la tierra, el hombre, la emoción de los siglos, el color de las telas y costumbres, todo está allí en propicia coincidencia con su temperamento personal y con su ideal nacionalista.

Tales son las palabras de aplauso que yo he sentido la necesidad de divulgar para lograr que el país me las oyera. Al abandonar el salón del Retiro un hada bienhechora iba borrando en mi mente la impresión de lo subalterno que suele haber en las exposiciones, para no recordar sino lo bello, lo útil y lo bueno del loable acontecimiento. ¿A qué desencadenar, como un Eolo maligno, la racha helada y heladora sobre la primicia de las gemas? Cerremos, al contrario, nuestro huerto sagrado, y amparemos sus frutos, hasta que llegue para nosotros también, entre cantos y luces, la mañana de las buenas vendimias.

LA ESCULTURA ELEGÍACA

PEDRO ZONZA BRIANO

Me parece útil — mejor dicho, imprescindible, — ahora que surge en nuestro país una generación de verdaderos artistas, interpretar la obra de los más representativos en el común esfuerzo por la belleza y la cultura. Pedro Zonza Briano, cuya segunda exposición acaba de inaugurarse, es uno de aquellos artistas. Su arte, muy nuevo y muy sutil, concebido según un concepto propio, reclama su exacta interpretación. Es un arte fácil de ser sentido, pero difícil de ser explicado y definido. Se ha escrito abundantemente sobre Zonza Briano, pero hasta ahora, a mi entender, no ha sido bien precisado el carácter de su obra. Así, pues, cuanto se escriba sobre este artista será interesante, ya que ayudará a la comprensión, no precisamente sentimental sino más bien estética, de su arte. Ensayaré interpretarlo en estas líneas, pero sin pretender, por cierto, haber acertado en absoluto. Conviene que el público conozca, junto a las críticas minuciosas, el espíritu de la obra de arte y el concepto de belleza según el cual aquella ha sido creada. Cuanto más audaz y revolucionaria es la obra de un artista, más análisis y comentarios exige; pero en estos casos la utilidad de las interpretaciones reside, principalmente, en que, difundiendo conceptos nuevos, representa una campaña por la cultura y el progreso.

Zonza Briano es un elegíaco, según el significado moderno de la palabra elegía. El artista elegíaco se vale de medios simples, sumamente simples, para producirnos sensaciones. Es un arte penetrado de elegancia, de melancolía; por eso el dolor es en él discreto y, aunque atormentado, nada tiene de trágico. Verlaine, Carrière y Debussy son tipos de artistas elegíacos en poesía, pintura y música. Zonza Briano presenta todas las características

que aquéllos. Como Verlaine, Debussy y Carrière, ha suprimido la línea y ha creado un arte de sombras. Ama el dolor, pero es un dolor sutil, melancólico, todo elegancia y modernidad. La emoción en sus obras es puramente interior, como en todos los elegíacos, y la belleza de ellas no depende de los detalles sino de algo impalpable, de algo que llevan dentro y que también las envuelve misteriosamente.

Es preciso insistir sobre la ausencia de detalles en el arte elegíaco. Tengamos siempre presente que es éste un arte de sensaciones. En el arte objetivo y descriptivo, el detalle es imprescindible, ya se trate de una descripción literaria, musical o escultórica. Pero si el artista, comprendiendo la ineficacia de la descripción, quiere darnos su sensación de una cosa, vale decir expresar su alma, entonces los detalles no sólo son innecesarios sino que perjudican. Para producir una sensación hay que tomar muy pocos elementos, los más simples, los más estrictamente indispensables. Los detalles demasiado trabajados interrumpen la sensación haciendo detenerse en ellos los ojos del contemplador. Es necesario que la mirada penetre de golpe hasta el alma misma de la obra, que perciba en un instante el misterio de su belleza. En las obras hechas para ser sentidas no debe haber mucho que ver. Un instante, un solo instante, ha de bastar para comprenderlas profundamente.

El arte elegíaco sólo expresa sensaciones. Con dos palabras, como Verlaine, con un toque insignificante sobre la cera, como Zonza Briano, nos dice un mundo de cosas, mucho más de lo que nos dirían unos versos o una escultura cargada de excelentes detalles. Y es que sólo la sensación tiene eficacia. Si un escritor, queriendo evocar ante el lector una ciudad secular, pongo por caso, se afana en acumular detalles, no conseguirá sus propósitos. Las mejores descripciones no nos dan jamás ni una idea aproximada de las cosas. Pero si en cambio toma los elementos esenciales para, por medio de ellos, reproducir su emoción, mostrando el alma de aquella ciudad, el efecto será distinto. El lector, en este caso, al sentir lo mismo que el artista, adivina lo profundamente propio de la vieja ciudad, su alma misma. Y si así sucede, no importa que la imagen física que el lector se forja no coincida por entero con la verdadera, puesto que el contemplador ha percibido su fisonomía espiritual, — más eterna y verdadera, por cierto, que la exterior y material.

El arte elegíaco es esencialmente moderno. En literatura, como lo ha observado Brunetière, la sensación aparece, plenamente consciente de su valor, por primera vez, en Flaubert. En pintura, los impresionistas dan las primeras sensaciones, pero no pudieron ser del todo elegíacos porque se preocupaban con exceso del color y de la técnica. El arte elegíaco no necesita del color. Es un arte de medios tonos, de matices, de sombras, un arte crepuscular. Carrière, como dije, realizó el tipo de pintor elegíaco. En música Claudio Debussy hizo lo que Verlaine en poesía. Con medios muy simples, y que parecen complicados a los que no lo entienden, nos da sensaciones admirables. La escultura estaba atrasada en este punto. Rodin no nos produce sensaciones, porque no ha suprimido la línea. Rodin es, sin duda, muy simple y ha preparado el terreno para la verdadera revolución en su arte y cuya gloria corresponde a Zonza Briano. Rodin tiene grandes vinculaciones con los griegos, sobre todo con los primitivos anteriores a Mirón; y aún con los españoles, cuyo concepto de la escultura parece haberle influenciado. Zonza Briano nada tiene que ver con los griegos. Rodin, como Rosso, de quien se dijo inexactamente que Zonza Briano le imitaba, son precursores del artista argentino.

Este arte de sensaciones, que desdeña la forma y sólo se preocupa de la belleza interior, la belleza invisible, es por definición, un arte místico. Elegía, arte de sensaciones, misticismo — todo ello tan moderno — eso es el arte de Zonza Briano.

Dije que Zonza Briano nada tenía que ver con los griegos. Y así es, en efecto. Su concepto del arte es, con las modificaciones que los tiempos determinan, el que en otra parte he llamado cristiano. El arte helénico sólo se preocupaba de crear líneas, y Zonza Briano, como los primitivos cristianos, desdeña la línea, pero hasta hacerla desaparecer. El arte helénico sólo mira la belleza formal. Zonza Briano la belleza espiritual, interior, invisible. La escultura griega es objetiva, vale decir descriptiva, pues sólo se propone exhibir un bello cuerpo. La escultura de Zonza Briano es subjetiva, habiendo alcanzado el máximum del subjetivismo.

Su concepto cristiano está evidenciado en forma clara y terminante por dos de sus obras. "Creced y multiplicaos", expuesta el año pasado y que figura en nuestro museo, es una obra eminentemente cristiana; hasta hay en ella algo de primitiva. Obra

casta y profunda, sin sensualismo, expresa en la actitud resignada de la mujer — una mujer que presiente la madre — el dolor de la maternidad. Su título admirable lo dice todo. No representa un acoplamiento cualquiera, sino la unión de los esposos que realizan el precepto de Cristo. Se siente allí la presencia virtual del hijo. En otra ocasión juzgué a esta obra como no realizada enteramente. Era un error que me complazco en rectificar. La falta de anatomía me hizo opinar así, sin tener en cuenta que en esta obra, como en las ceras, Zonza Briano realiza arte de sensaciones.

En su nueva exposición presenta un Cristo. No es el Cristo-hombre sino el Cristo-aparición. ¿No es tal vez así como lo vió San Pablo en su camino de Damasco? Es algo impalpable e incorpóreo y jamás, quizá, se ha espiritualizado tanto la materia. Tiene este Cristo admirable no sé qué de augusto, de divino. Lo admiramos y lo amamos. Es también la sensación de Cristo, más que Cristo mismo.

El arte de Zonza Briano, en su reproducción de sensaciones, tiene un porvenir inmenso. Tomando lo esencial, sin perder tiempo en modelados para él inútiles, puede llegar a constituir una admirable colección de documentos humanos. Puede reunir infinitos momentos fisionómicos en que expresamos la alegría, el dolor, el odio, el heroísmo, todas las pasiones, todas las virtudes, todos los vicios, todos los dolores. Si tal hace, su arte será una verdadera cumbre espiritual y un equivalente del de aquellos inmensos novelistas que, como Balzac, Galdós, Flaubert, han anotado tantos aspectos de los sentimientos humanos. En las obras del artista argentino — no estudios ni bocetos como creen algunos, sino obras definitivas — se siente un fuerte calor de vida que las anima dándoles yo no sé qué inquietud tan humana y misteriosa. Y se diría que cada vez que nos absorbemos en su belleza, surgen de lo más íntimo de ellas, expresiones nuevas, matices insospechados, sombras encantadoras.

MANUEL GÁLVEZ.

LA EXPOSICION DE ARTISTAS ARGENTINOS

En sus *Deberes del Hombre*, Mazzini, dice que nuestro primer deber, el primero por su importancia, sin el cual no comprenderemos bien ningún otro, es para con la humanidad. Los demás deberes, para con la patria, para con la familia, nacerán como una consecuencia de ese primer deber, el más santo, el más inviolable, el que nuestra naturaleza de hombre nos demanda. Trasplantado este principio al terreno del arte, tendríamos que el primer deber del artista, primero por su importancia, sin el cual no podrá penetrarse de ningún otro, es para con el arte — el arte como realización de un ideal de belleza.

Los deberes para con la patria y la familia artística, nacerán como una consecuencia natural de ese primer deber. El artista localizará su amor por la belleza, — aspiración suprema del arte, — como el hombre localiza en la patria y en la familia su amor por la humanidad. Pero el artista empezará por sentir la belleza antes de sentir la patria y la familia. Cultivará ese amor como el único culto verdaderamente sagrado a que le ha destinado su naturaleza.

Del impulso de su inspiración, del eco que ésta encuentre, se irá formando la familia artística que dará origen al arte nacional. La idea de un arte nacional fundado en los sentimientos patrióticos es un programa aceptable tan sólo en política, pero detestable en el dominio estético. El arte se formó en todas partes animado por la llama de un ideal común a la humanidad y los maestros que lo originaron o lo llevaron a su completo desarrollo, trabajaron ajenos a la idea de la patria.

Se dice que una gran obra produjo una fuerte evolución en el espíritu de un pueblo sin que pueda nunca afirmarse que la obra fué dirigida a producir esa evolución. Y es que los grandes espíritus trabajaron por su propia causa exclusivamente; su causa

se hizo luego la causa común y la fuerza de su impulso dió lugar a la formación de un ideal o de un arte dado. En el orden espiritual los movimientos colectivos son nulos y los progresos sólo se afirman por el acrecentamiento de la personalidad. Para llegar a un arte nacional es necesario esperar antes el advenimiento de grandes artistas que den a un ideal de belleza una fuerza capaz de unir a su alrededor a todas las voluntades en una aspiración común. Nuestra única acción posible es inculcar en el artista un profundo amor por la belleza y enseñarle a traducir los sueños que ese amor provoca en su mente.

Si reducimos la idea de arte a la idea de patria, caeremos bien pronto en un sentimentalismo que nada tendrá que ver con el verdadero arte que se alimenta de ideales y de aspiraciones, es decir, de lo que es eterno y por lo tanto ajeno a la idea sentimental de la patria.

Un arte nacional no se formará tampoco copiando exclusivamente los aspectos de nuestro país. Las civilizaciones de Europa tienen un arte propio, característico, porque lo formaron una larga tradición de artistas ajenos en su obra a la idea de nacionalismo y que buscaron la belleza donde aparecía más evidente. La tradición es el elemento constitutivo de un arte propio y la tradición no se reemplaza con el entusiasmo patriótico.

En todas partes la obra precedió a la teoría. Provoquemos la obra y luego pensemos en las teorías nacionalistas. Enseñemos al artista a hacer arte — sin apéndice — y tratemos de que su idealidad sea suficientemente poderosa como para provocar el arte nacional tan deseado. Alentemos a los verdaderamente capaces y establezcamos una crítica rigurosa, despiadada si es necesario. En arte la benevolencia es el peor de los males. Alentar la ignorancia y el error es fomentar vanidades y desperdiciar naturalezas que pueden servir a un destino más humilde pero más útil para el bien común.

La pintura, la escultura, son un arte y una ciencia: la ciencia es accesible a todos, el arte es incommunicable y es inútil querer inculcarlo a aquel que no ha recibido el don estético. Así habla un gran maestro, y si deseamos para nuestro país un arte digno, meditemos largamente sus palabras. Nuestras academias están atestadas de jóvenes que van a estudiar pintura como quien estudia contabilidad, o aprende un oficio cualquiera. Una esperanza común los alienta y los sostiene: la indulgencia de los profe-

sores primero; la de la crítica y del público después. Alguien le ayudará a pasar sus exámenes, otro alguien le hará obtener una beca. Más tarde una persona condescendiente le pondrá en buenos términos con la crítica y he aquí una nulidad más obstruyendo el camino a los espíritus verdaderamente dotados.

*

Proponemos a la meditación del señor Cupertino del Campo estas simples reflexiones, no ya por la autoridad que el señor del Campo representa como director del Museo Nacional de Bellas Artes, sino porque su obra de pintor (le llamaremos así a pesar de que debiera llamarse pintor al que pinta bellas cosas y no al que tan sólo pinta) tiene todo el carácter de una prédica.

Expuesta en la primera sala de la exposición la obra del señor del Campo, parece señalar el carácter general de ella e indicar a los jóvenes con tendencias al arte, dónde deben inspirarse. La obra del señor del Campo es la reproducción meticulosa y fastidiosamente banal de ciertos aspectos de nuestra campaña. Inútilmente hemos querido encontrar en ella la idealidad que le ha atribuído la crítica.

Los artistas que hicieron del paisaje el motivo principal de sus producciones nos presentaron una *visión* de los lugares en que se complacía su espíritu y su obra tenía en cierto modo el carácter de una evocación poética, carácter esencial en la obra de un paisajista y que no descubrimos en ninguna de las telas del señor del Campo, tan poco inspiradas. Esta condición o más bien dicho esta falta de condiciones de su arte, nos ha llevado a creer que el señor del Campo en su afán nacionalista expone tan sólo para indicar como una fuente de inspiración los aspectos de nuestro suelo y en tal caso no dejaremos de afirmar nuestra preferencia por su pluma como un medio de prédica infinitamente más eficaz. Si su intención es animar a los tímidos, seguimos prefiriendo su pluma, pues con ella puede inculcarse amor por la gran cultura, empeño que le será mucho más difícil conseguir con su pincel. La gran cultura crea las grandes aspiraciones y las altas aspiraciones crean la voluntad donde no la hay.

No creemos que provoque ninguna emoción en un espíritu sincero la obra del señor del Campo. Un corto viaje en tren nos ofrece aspectos más variados e interesantes. Encuadrado en la

ventanilla del vagón, iluminado por un sol generoso y poblado por las imágenes de nuestra fantasía, el aspecto de nuestra campaña que apercibimos desde el tren nos satisface mucho más que la fría obra del señor del Campo.

Si su intención, repetimos, es hacernos amar nuestro paisaje, apresurémonos a advertirle que su obra empezará a hacérselo insoportable a fuerza de ser banal. En esta exposición sus cuadros nos quitan mucho de las fuerzas que necesitamos para ver el resto y si no fuera que en la sala siguiente aparece en sus colores frescos y radiantes la obra de un simpático artista, volveríamos sobre nuestros pasos. Como primer ejemplo de un arte nacional el que nos ofrece el señor del Campo es bien desalentador.

El señor del Campo pinta nuestro paisaje, cuyo carácter esencial es que sus líneas se pierden en una lejanía infinita, con una perspectiva de miope y limita su grandeza con la evocación banal de alguna casucha desmantelada, con motivos incapaces de conmover el alma más chirle y sentimentalota. Es posible que esos aspectos tengan alguna significación para el señor del Campo, pero en tal caso hizo mal en no transmitir esa emoción a su obra. Toda su obra está pintada desoladamente, si podemos expresarnos así, sin que haya nada capaz de conmover la fibra más blanda de nuestra sensibilidad. El señor del Campo ha querido alejarse de toda tendencia conocida y pintar según su propia sensibilidad, (es éste el único aspecto simpático y encomiable de su obra); pero al alejarse de los sistemas de expresión conocidos se ha alejado también de la esencia misma del arte.

El señor del Campo olvida la responsabilidad que le crea su cargo de director del Museo Nacional de Bellas Artes y que si él expone la *Casita del quintero*, una *Vieja cochera*, la *Casa de los peones* y el *Interior de un galpón*, con cuanta más razón el señor Pedro Delucchi, que es un principiante sin experiencia y sin una idea muy cabal de lo que el arte significa, no expondrá un *Pesebre* (!!), una serie de casuchas desmanteladas, aspectos de arrabal y los cascos de algunos barcos que le han conmovido hasta lo más hondo, como lo deja suponer el amoroso efecto de luz con que ha querido hacerlos resaltar. ¡Interesante esta generación de artistas que ama apasionadamente los aspectos de arrabal, que descubre la poesía de los terrenos baldíos, de un paisaje sin perspectiva y se conmueve ante los aspectos más vulgares de la naturaleza!

Para mayor contraste, todas esas obras llevan títulos poéticos, melancólicos y se llaman: *Crepúsculo*, *Las primeras gotas*, *Nocturno*, *Tramonto*, *Mañana de sol*, *Quietud*, *Sol dorado*, *Cauce profundo*, *Tarde serena*, *Luz del poniente*.

¡Qué lejos estamos de la idealidad que consciente o inconscientemente realizaron los verdaderos artistas y que sintetizan estas palabras!

“El artista debe mostrar a todos lo que el místico ve en sí mismo, una versión de inmortalidad que transporta a los personajes de lo pasible a lo impasible en el mismo sentido que la Iglesia atribuye a la resurrección de los cuerpos. Pintar es, en realidad, transfigurar, hacer pasar de lo contingente a lo abstracto, de lo temporal a lo eterno, de lo relativo a lo absoluto, y la obra que no alcanza a la apoteosis no debería interesar a nadie, pues no cumple esta operación de cualidad que constituye su única razón de ser y la condición de nuestro más noble placer.”

*

En el salón contiguo al que ocupa el señor del Campo, encontramos una tendencia más de acuerdo con los buenos principios. El señor Bermúdez, que allí expone, aspira a realizar un arte grande, que podrá dar lugar más tarde a la formación de un *arte nacional*. Su tendencia a realizar composiciones y retratos sobre el paisaje nos descubre su amor por las viejas y verdaderas formas del arte. El paisaje fué en las grandes realizaciones pictóricas un motivo accesorio y los primitivos pintores le introdujeron en la composición para dar mayor amplitud y deleite a sus obras. Más tarde el artista, estableciendo una relación estrecha entre el paisaje y el motivo principal, le dió una intención mayor y le destinó a aclarar el significado de su obra. Así lo entendieron Tiziano, Giorgione, Poussin y todos los grandes paisajistas. La escuela española moderna ha vuelto a la primitiva tendencia que hacía del paisaje el fondo de la obra. El señor Bermúdez sigue esa tendencia y todo lo muestra dispuesto a afrontar las enormes dificultades que ella comporta.

Puesto el señor Bermúdez en tal camino, debe cuidar de una debilidad capital en su arte: la mala perspectiva. El señor Bermúdez ha corregido bastante ese defecto del año pasado a este, pero aun le queda mucho por hacer. La perspectiva, que el ar-

tista moderno descuida como cosa poco menos que inútil a su arte, era, según Leonardo, el timón y la brújula de la pintura. Nadie desconoce, en efecto, que no hay otro modo de dar alguna significación a un paisaje si no es por medio de la perspectiva, y que un paisaje sin amplitud y sin atmósfera no tiene valor alguno. Del conocimiento de la perspectiva depende también el buen modelado de las figuras, la perfecta distribución de los motivos y de los personajes que componen la acción, la exacta distribución de las luces y las sombras.

La mala perspectiva es una debilidad común a toda la obra del señor Bermúdez, debilidad que ha conseguido atenuar sin que desaparezca del todo en su cuadro el *Peregrino*, uno de los más interesantes de su exposición, a pesar de las influencias que recuerda. En el *Peregrino* el señor Bermúdez ha conseguido también armonizar mejor los colores y nos ha evitado la transición brusca de un tono a otro que presentan la mayoría de sus cuadros. La obra es, en general, un poco efectista.

Es lástima que el señor Bermúdez no pueda alejarse definitivamente de las influencias del arte español moderno, que no mate su amor por las figuras recortadas, por las grandes masas de color, por los personajes estáticos. El arte español moderno, tiene mucho de afichista y más de una de sus grandes obras semeja un cartel destinado a propagar la curiosidad hacia las ciudades más características de la península. En el arte moderno mientras el escultor por una curiosa interpretación de los principios piensa en *envolver* sus figuras en el ambiente, el pintor tiende a hacer figuras estucadas ajenas al ambiente que le rodea y empasta la tela como si quisiera esculpir sobre ella. El snobismo parece volver al artista a los tiempos en que el arte en la infancia de su técnica daba a sus producciones el aspecto de grandes mosaicos. Pero aquellos primitivos artistas tienen en su descargo la sinceridad de su inspiración, mientras que el artista moderno agrava su falta con un amor desmedido por todos los efectismos y una ausencia absoluta de idealidad.

En la *Patroncita* y el *Batón rosa*, el señor Bermúdez se ha alejado un tanto de la influencia que hacemos notar más arriba, abandonándose con mayor libertad a su inspiración. Sin embargo, su amor por los efectos de color lo ha tentado y en la *Patroncita* ha alterado la buena armonía de la obra con una chocante nota de color. En la obra de arte todas las partes deben contribuir a

un efecto único. Componer, se ha dicho, no se limita a acomodar varias figuras o motivos entre sí; es necesario darles un significado. La manta de colores vivísimos que aparece en la *Patroncita* del señor Bermúdez nada tiene que hacer con la obra y es un detalle completamente ocioso que no haríamos notar si no indicara una tendencia enojosa y poco simpática. En su amor por las notas de color el señor Bermúdez descuida un tanto la acción y el significado de sus figuras, de expresión poco precisa y en general un poco duras. En la *Patroncita* y en el *Batón rosa* el paisaje montañoso parece atentar contra la vida de la graciosa persona que forma el motivo principal.

Por momentos la fuerza de voluntad parece no responder en este artista a sus designios y en más de una de las obras expuestas, el señor Bermúdez después de terminar bien una de las partes y conseguido un efecto que le satisfaga, abandona el resto de la composición o lo trabaja con menos empeño.

Con todo hay algo de muy alentador en el señor Bermúdez y que lo coloca en un lugar casi exclusivo entre nuestros artistas, preocupados en su mayoría en sorprender la buena fe de un público indiferente para fortuna de ellos. El señor Bermúdez aspira — y traduce esta aspiración en todas sus obras, aun en las más débiles — a un arte grande y digno y se le ve luchar constantemente por una perfección mayor. Sus defectos son defectos técnicos y el resultado de influencias que los años borran, con mayor facilidad en un artista aplicado y bien inspirado como éste.

*

Otro artista joven con buenas intenciones, alejado más que ninguno de las influencias perniciosas del modernismo, pero de poco impulso, es el señor Gonzalo Leguizamón Pondal, que ha hecho fundir en bronce algunas de las graciosas creaciones de su fantasía. El señor Leguizamón expone siete obras un tantico triviales pero que denotan un espíritu sano, ajeno a las enfermizas predilecciones del arte actual. Este joven artista más sensato y más modesto que otros, no cree en la necesidad de dar a sus figuras un aspecto convulsivo para que expresen algo.

Sin embargo, necesario es confesar que este artista no es por el momento más que una esperanza y que si muestra un espíritu

recto, las obras que expone no revelan una gran facultad creadora. La nota más simpática y también la más interesante de su exposición son sus cabezas de niños.

El señor Leguizamón es un artista muy joven y bien inspirado y si sus trabajos no provocan juicios ditirámicos, que no olvide que tiene largos años por delante para producir obras que nos colmen de contento.

Su exposición nos ofrece un pequeño descanso, un punto de tregua a tanta vanidad que respira en general este certamen, a esa conciencia exagerada del valor de sus medios de que parecen hacer gala los expositores.

*

Los biógrafos de León Bautista Alberti cuentan que la vista de un hermoso lugar le curó más de una vez de la enfermedad, y este amor por la naturaleza, común a todos los artistas del Renacimiento, fué el origen de la idealidad altísima que anima el arte italiano del siglo XV y XVI.

Hoy el artista prefiere el encierro, obscuro las más veces, de su cerebro y aspira a conmovernos con la mueca fatigante de sus pasiones. A la clara luz universal prefiere el débil centelleo de sus instintos y echa mano a todos los recursos de la industria moderna para *hacernos vivir una atmósfera* en que se complace su naturaleza enfermiza. ¿En virtud de qué principios el señor Zonza Briano nos obliga a andar a empellones por una sala téticamente iluminada que fastidia nuestra sensibilidad como la vista de un mal morbosos? ¿Qué relación tiene con el verdadero arte ese artificio de sala de espectáculos? ¿Quiere acaso significarnos el señor Zonza Briano que sus obras son golpes de luz en la obscuridad? Que vuelva entonces la vista hacia el pasado y verá qué manoteo lamentable es todo eso que nos presenta.

Al entrar a esta sala nos encontramos con dos obras de índole distinta pero igualmente significativas: la *Psicología de Wagner* y *Belleza*. La primera une a lo absurdo del título lo absurdo de la realización. El señor Zonza Briano ha hecho al maestro de Bayreuth un cráneo descomunal y ha llenado su frente de protuberancias y surcos que perderían al psiquiatra más experimentado. El señor Zonza Briano hace psicología con el criterio de un humorista, y en su *Wagner* la exageración del cráneo rivaliza

con la exageración de la nariz y los surcos de la cara que se abren camino sin respeto de los huesos, que este original artista olvida más y más.

Andan por ahí infinidad de reproducciones y fotografías de una obra famosa de Houdon: la cabeza de Voltaire. Que el señor Zonza Briano se tome la molestia de verla. Ninguna biografía, ningún estudio psicológico, le dará una idea tan acabada del espíritu del genial enciclopedista. Houdon, que no necesitó violentar los rasgos para expresar lo que quería, no tuvo tales aspiraciones psicológicas y significativas, a pesar de que su obra diga mucho más sobre el alma de su modelo que lo que expresa sobre el suyo la del señor Zonza Briano. Con lo que queda demostrado que Houdon no sólo como artista valía infinitamente más que el señor Zonza Briano, sino como hombre. Idéntica cosa puede decirse del inmortal retrato de Baltasar Castiglione, de Rafael, y con más derecho de la Monna Lisa, de Leonardo, de una penetración inaccesible.

Los antiguos cuidaron muy poco de los títulos rimbombantes, y sus obras, de una concepción clarísima, fueron bautizadas más de una vez por la admiración pública. Los artistas modernos, en cambio, se devanan los sesos por encontrar un título altisonante que sugiera al espectador y le haga ver lo que no existe.

En la segunda de las obras citadas, el título si no es muy exacto nos revela en compensación una modalidad bien particular del espíritu de su autor. *Belleza* representa a una mujer que en violento gesto presenta a la admiración del espectador dos muslos poderosos. El simbolismo de esta figura nos convence una vez más de que si el señor Zonza Briano no tiene una gran idealidad tiene en cambio una idea tan elevada de sí mismo que le hace fáciles todas las audacias. El señor Zonza Briano puede aplicarse aquello que: "la belleza aparece a la vulgaridad de los hombres bajo los rasgos de la concupiscencia".

Las ceras forman la parte más admirada de la obra de este artista y en realidad es lo que hay de verdaderamente interesante en ella. Sin embargo, destinadas a revelarnos aspectos juveniles, esas ceras padecen de un defecto capital. La idea de un arte de las pasiones de que tanto se alaba su autor, es incompatible con la idea de juventud. Las pasiones nacen del conocimiento y la juventud no puede desprenderse de la idea de inexperiencia. Esas niñas de ojos azules y ojos negros saben demasiadas cosas. El

tipo juvenil sintetizó en las épocas del gran arte el ideal estético, pero el tipo juvenil animado de ideales, no de pasiones. La manera como el señor Zonza Briano interpreta a la juventud, denuncia a una mentalidad poco envidiable. Si el señor Zonza Briano fuera capaz de sobreponer una sola vez el espíritu a los sentidos, vería cuán infinitamente mayor es la belleza de una cara juvenil que ilumina un alma ingenua a la de aquella que parece rememorar lascivos desórdenes.

Como obra principal de su exposición el señor Zonza Briano nos ofrece un *Redentor* poco convincente. Para justificar su título, esta figura necesitaría mayor vigor y mayor amplitud en la mirada, — vaga en demasía — más acción en el gesto. Su actitud de sonámbulo, que recuerda demasiado la de uno de los burgueses de Calais de Rodin, se aviene más a un filósofo escéptico predicando la vanidad de toda acción en este mundo. La cabeza del *Redentor* carece en absoluto de belleza, defecto tanto más sensible si se tiene en cuenta que la idea de Cristo responde a una idealización sublime en la mente cristiana.

*

Una de las puertas del salón donde expone el señor Zonza Briano se abre sobre una amplia terraza. Una brisa fresca reanima el espíritu y le descarga de la atmósfera pesada que acabamos de abandonar. Parécenos despertar de un letárgico sueño donde a una fugaz sensación de belleza se sucedía una pesadilla terrible. El cielo diáfano, la arboleda de un paseo vecino, nos vuelve hacia la verdad de las cosas naturales. Su sana influencia nos lleva a rememorar los tiempos en que el artista buscando solaz en la amenidad de los campos, encontraba un continuo alimento para su imaginación vigorosa y a su rica fantasía. Cuando la forma era el lenguaje de los grandes ideales y de las aspiraciones supremas. Y con el recuerdo de las cosas pasadas, agradable y triste al alma, entramos a una nueva sala atestada de obras.

El señor Pedro Delucchi, que allí expone, es un artista abundante y fecundo, sino siempre feliz. La pintura de este joven artista es abrumadora por la exageración del empaste y por los tonos cargados de qué se vale. Sus paisajes carecen en absoluto de perspectiva y la coloración es siempre arbitraria y hosca. Toda su obra está dibujada con claridad, pero mal pintada. Haría

bien este joven artista en pintar menos. Su obra perdería en cantidad pero ganaría seguramente en calidad, dispuesto como parece a una aplicación constante. Pinta sin reflexión y cualquier cosa, haciendo gala de una naturaleza poderosa que deberá emplear con más economía, si aspira a mejorar su arte.

Además de sus pinturas el señor Delucchi expone una serie de aguas fuertes que revelan en él condiciones poco comunes para ese arte.

*

Y llegamos al señor Walter de Navazio. Este joven artista lo ve todo verde en este pícaro mundo. Verde la estética, verde el gusto artístico. ¿Que es un escéptico? Claro que lo es. Como que lo que no lo ve verde lo ve violeta. Pero que no desmaye el señor de Navazio. La crítica, en vez de ponerle verde, siquiera para estar de acuerdo con él en algo, dirá: ¡Cómo maneja los verdes el señor de Navazio!

¡Qué motivo de reflexión, sin embargo, nos ofrece el arte de este señor cuando se recuerda que el año pasado fué premiado por la Comisión Nacional de Bellas Artes y que expone este año bajo sus auspicios! ¿Cómo es posible estimular en tal forma a una persona que nada tiene que hacer con el arte y alejarle de las verdaderas actividades a que puede haberle destinado su naturaleza? El secreto mayor de nuestra felicidad en este mundo es acertar — ya que rara vez se tiene una idea cabal de sus fuerzas — con el destino que más conviene a nuestras condiciones físicas y a nuestra capacidad mental. El beneficio mayor que podemos ofrecer a un semejante es, por lo tanto, alejarlo de una falsa actividad, simple principio de caridad cristiana que no debiera olvidar la Comisión de Bellas Artes, dispuesta por lo que parece a proteger todas las audacias.

Los sinsabores y las estrecheces por que ha de pasar, casi invariablemente, un artista antes de llegar a la realización de sus aspiraciones, nada importan mientras sean compensadas por un triunfo más o menos próximo. Pero lanzar a un joven a las dificultades de una vida tanto más azarosa en una época de indiferencia artística como la nuestra, para que concluya un día por estrellarse con su impotencia, es una bien triste misión. Si el arte ganara con esto nada importaría una vida sacrificada por

tan noble empeño, mas la clara noción del arte no hará más que entorpecerse con esos engañosos amoríos artísticos.

La Comisión debiera tener más en cuenta la inspiración, las intenciones de un principiante por inhábil que sea su técnica. La verdadera obra de arte, se ha dicho, es aquella que nos hace olvidar su ejecución para gozar de su significado. La mala técnica, aun la más rudimentaria y primitiva, se reforma con el estudio paciente, y el menos dotado puede llegar a pintar con corrección.

Aquello que no se forma o más bien dicho no se evita, es la falta de inspiración, la incapacidad espiritual para realizar una obra digna. La Comisión debiera premiar con más frecuencia a los bien intencionados y olvidar a los extravagantes que tanto ama. Las condiciones del espíritu son invariables en su esencia. Cambian de forma pero no de fondo y el extravagante de hoy no habrá hecho con los años más que disfrazar mejor su mal.

Pero toda disquisición filosófica se reemplaza con una cualidad esencial: el buen gusto artístico. ¿Lo tiene la Comisión de Bellas Artes? Es lo que aun está por probarse.

RINALDO RINALDINI.

Julio 15-1914.

SIRIPO

POEMA HEROICO EN TRES ACTOS

(INSPIRADO EN EL ÚNICO FRAGMENTO QUE SE CONSERVA DE LA TRAGEDIA DEL MISMO TÍTULO DE DON MANUEL J. LABARDEN).

POR

LUIS BAYÓN HERRERA

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo.

Atardecer.

Al levantarse el telón, Siripo se hallará sentado — a la izquierda — visiblemente preocupado. Yara, aparecerá por el foro, deteniéndose en el centro de la escena, observando al cacique.

YARA. — *(Con timidez, en voz baja)*

¿Ya se fué la cautiva?

SIRIPO. — *(Bruscamente, saliendo de su abstracción)*

¿Quién la busca?

No está aquí la cristiana.

YARA. — *(Después de un silencio doloroso)*

¡No la veo!

¡Pero está aquí! ¡Contigo! Tú la tienes dentro de ti, Siripo. Yo la siento en el aire, en la luz... y tú la llevas, igual que el corazón, dentro del pecho.

¿Cómo arrancarla de tu lado, ahora?

Ya no basta la muerte de ella: el fuego quemaría sus carnes... pero nunca... ni nada borrará ya su recuerdo!
 ¡Vive dentro de ti! ¡Vive en tu sangre!
 ¡Respira con tu aliento!...
 Si la muerte quisiera hacerla suya, tendría que vencerte a ti primero.
 Si la muerte llamase a la cristiana tendría que golpear sobre tu pecho!

(Acercándose al cacique y cayendo de rodillas a su lado).

¡Ah! Siripo... Siripo.. cuando no eras nada más que un guerrero, y al volver victorioso de las guerras, sin plumas la cabeza, vacío tu flechero, arrastrando la lanza ensangrentada, y manchando la tierra de un reguero de tu sangre... recuerdas que la india, que desprecias ahora... con sus besos cerraba tus heridas, calmaba tus dolores, y de noche, de pie, junto a tu lecho velaba, sin moverse, silenciosa, como una centinela de tu sueño?

(Desesperadamente).

Ah, Siripo, Siripo... tú que diste muerte a los extranjeros, temiendo su ambición, para que nunca pudieran ser de nuestra patria dueños... déjame a mí que mate a la cautiva que ha conseguido echarme de tu pecho!

SIRIPO. — *(Mirándola de hito en hito, y retirándola con desdén)*

¿La muerte de la blanca?

YARA. — *(Desesperadamente)*

¡Sí, cacique!

(Siripo se levanta como huyendo de ella).

UN INDIÓ. — *(Apareciendo presuroso)*

Señor, señor, ya vuelven tus guerreros.

(Se oyen dentro algunos alaridos).

SIRIPO

¿Quién venció?

(Yara se incorpora y escucha atentamente)

EL INDIO

Los timbúes. Al descender el sol,
se ganó la batalla; mas con tan mala suerte
que al decidirse el triunfo... un soldado español,
el más bravo de todos, dió a Lambaré la muerte.

YARA. — *(Corriendo hacia la derecha, gritando)*

¡Lambaré! ¡Hermano mío!

SIRIPO. — *(Con ira)*

¡Pero le habréis vengado!
¡El que le dió la muerte, también habrá caído!

EL INDIO

¡Sólo un blanco con vida tus lanzas han dejado!

SIRIPO. — *(Brusco)*

¿Quién es?

EL INDIO

¡El español que a Lambaré ha vencido!

SIRIPO. — *(Con asombro e indignación)*

¡Eh! ¿Cómo no tomaron los timbúes venganza
de ese cristiano dándole la muerte?

EL INDIO. — *(Se vuelven a oír dentro, pero muy cerca, los alaridos de antes)*

Lo traen a tu presencia, para poner su suerte
Al alcance de un bote de tu lanza.

*(En este momento entran en escena Hurtado, — desarmado —
entre dos indios, y tras ellos otros dos conducirán sobre
unas angarillas el cuerpo de Lambaré. Yara, sollozando,
marchará tras el cadáver. Las angarillas serán depositadas
en el centro de la escena. Yara se arrodillará junto a ellas).*

SIRIPO. — *(Al ver a Hurtado, con júbilo salvaje)*

¡Ah! ¿Tú fuiste el que pudo vencer a Lambaré?

¡Tú fuiste!

HURTADO

Sí, yo soy.

SIRIPO

¡Pues esta vez, cristiano,
no podrás engañarme! Ya te tengo en mi mano,
y ya sé las traiciones que encubre vuestra fe.
¡Ah! ¡Por fin! Entre lanzas llevadle bien guardado,
y sin que pueda verle la cautiva,
al tronco de una palma le tendréis amarrado,
sin que pueda moverse, mientras viva!
¡Ohá timbúes!

(Dos indios sacan a Hurtado de la escena por el foro. Luego Siripo, poniendo suavemente una mano sobre la cabeza de Yara, le dice tiernamente):

¡Yara!

YARA. — *(Dolorosamente al cacique, mostrándole el cadáver de Lambaré)*

¡Siripo! ¡Ya estoy sola!
De mi sangre era el único varón que me quedaba;
y desde que en tu pecho penetró la española,
era Lambaré el único timbú que no me odiaba.
¡Lambaré hermano! Hermano, la sangre que has perdido
siempre fué sangre heroica, sangre de vencedores:
ninguno de tu sangre cayó jamás vencido,
que nadie pudo nunca vencer a tus mayores.
¡Pero tú eras más grande que todos: has caído,
pero al caer vencistes a los conquistadores!

(Tomando la lanza de Lambaré que estará junto a él en las angarillas).

Esta lanza, manchada con la sangre invasora,
nadie pudo quebrarla, nadie pudo vencerla.
La esgrimieron los brazos de Siripo y Mangora,
los únicos timbúes que pudieron moverla.
Siripo, nunca quise, como lo anhelo ahora,
tener un hijo tuyo que pueda merecerla.
¡Ah! Cristianos, cristianos... ¡Otro más ha caído!
y tras él todos, todos bravamente caerán.
Nunca se verá un indio que viva sometido.

¡Y mientras que no exhalen el último gemido
de la muerte, los indios nunca se entregarán!
Y cuando ya no quede un solo indio en mi tierra,
si nuestro Sol fecunda la sangre derramada,
¡yo sé que nuestra sangre por el sol fecundada,
germinará en varones, que serán de mi tierra!
¡Guay, cristianos, si un día siente esa raza nueva
el heroico impulso de la sangre que lleva!
Al sentir en las venas los bélicos ardores
de la sangre de América, en tropeles guerreros
partirán rumbo a Oriente, nuevos aventureros,
a conquistar el mundo de los conquistadores.

SIRIPO — (*Conmovido*)

¡Ven a mis brazos, Yara!

YARA. — (*Abrazándose al cacique*)

¡Siripo!

SIRIPO. — (*Con emoción en la voz*)

Los timbúes

toda la noche al bravo Lambaré velarán.
Y para que las sombras malignas no le turben
en torno de su cuerpo fogatas arderán.
Que las mujeres bailen las danzas de la muerte
y que canten sus tristes canciones sin cesar.
Timbúes, conducidle hasta el campo de palmas,
y para las fogatas la leña preparad.
Y cuando ya los fuegos den al viento sus llamas,
llamadme, que el cacique también quiere velar!

(*Los indios salen con el cadáver de Lambaré*).

YARA. — *Que habrá ido a sentarse donde antes lo estaba el cacique, llama a éste, y luego con mucha emoción en la voz, que por momentos se quebrará en sollozos, dice:*

Siripo... cuando el Sol nazca de nuevo...
y se hayan apagado las hogueras
que en homenaje a Lambaré mandaste
que esta noche se enciendan...
Yo, que ya nada tengo en este suelo,
viendo que de tu amor otra es la dueña,

me alejaré de aquí... sola... buscando
consuelo a mi dolor en otra tierra...

SIRIPO. — (*Acercándose a ella, con ternura*)
¿Vas a irte de aquí?... ¿A dónde, Yara?

YARA. — (*Tristemente*)
¡Yo no lo sé! Cuando las hojas secas
caen al suelo, y el viento en remolinos
por el aire las lleva...
saben a dónde van?... Pues, yo lo mismo:
un viento negro me tendió por tierra...
me arrancó de tu pecho... y otro viento,
que es mi dolor, a mi pesar me aleja
del suelo en que nací, sin rumbo, sola,
sin que pueda saber dónde me lleva.

SIRIPO. — (*Conmovido*)
¡Yara!

YARA
¡Siripo!

SIRIPO — (*Dulcemente*)
¿A dónde irás?

YARA
¡Qué importa!
Lejos... muy lejos... donde nadie pueda
ver a la india despreciada. Quiero
que nadie, nadie pueda oír mis quejas...
Huir, huir, que aquí, Siripo, todo...
nuestro amor y mi dicha me recuerda:
Mi Paraná, mi rancho, todo, todo
me habla de tí, Siripo. Y esa selva
donde nació tu amor... cuando era Yara,
de todas las mujeres, la más bella!...
Fué en un amanecer, en el silencio
profundo de la selva...
Yo me interné buscando rojas flores
para adornar con ellas mi cabeza...
y al verme triste tú porque no hallaba
las bellas flores de color bermeja...

“Si tú lo quieres — me dijiste — a todas
 puedo yo con mi sangre enrojecerlas...”
 Así nació mi amor, y desde entonces
 siempre entrábamos juntos en la selva:
 yo a buscar rojas flores para adornos,
 tú a cortar ramas fuertes para flechas...
 Nadie turbaba entonces nuestro idilio...
 Hasta que al fin, de no sé qué extranjera
 patria, llegaron unos hombres blancos
 diciendo que era de ellos esta tierra...
 y que ante un rey, un Dios y ante unas cruces
 debíamos doblar nuestras cabezas.
 Y antes que vernos en la paz esclavos,
 quisimos vernos libres en la guerra!
 Pero todo acabó, que desde entonces
 ellos fueron los amos de las selvas;
 desde que el río Paraná surcaron
 sus piraguas inmensas,
 se quebró nuestro idilio... y desde entonces
 en el hondo silencio de la selva
 se oye un sollozo largo... tan profundo
 que parece que nace de la tierra...
 y es mi patria, mi patria la que llora
 como india prisionera,
 porque en ese sollozo largo y hondo
 está todo el dolor de nuestra América!

SIRIPO. — (*Sintiendo renacer su amor por la india*)
 ¡Ven a mis brazos Yara! Ven...

YARA. — (*Corriendo hacia el cacique, y abrazándole*)
 ¡Siripo!

SIRIPO

¡Reclina así en mi pecho tu cabeza!

YARA. — (*Con amor*)

¡Ah! ¡Siripo!

SIRIPO. — (*Oprimiéndola contra su corazón*)
 ¡Mi Yara!

YARA

Cuánto tiempo...
hace ya que tus labios no me besan!
(Ofreciéndole su boca, voluptuosamente).
Bésame!

SIRIPO. — *(Tomando entre sus manos la cabeza de la india, para besarla)*
¡Sí!

YARA

¡Siripo!

(En el momento que el indio va a juntar sus labios con los de la india, aparece Lucía de Miranda. Siripo al verla tiene su beso y queda mirándola absorto. Lucía baja la cabeza. Yara al observar el gesto del cacique, se vuelve rápidamente hacia la blanca).

YARA

¿Qué? ¡La blanca!

SIRIPO. — *(Retirando a la india de sus brazos)*
¡Cristiana! ¡Me domina!
(Luchando consigo mismo).

YARA. — *(Con odio)*

¡La extranjera!
¡Otra vez ha quebrado nuestro idilio!
(Acercándose al cacique).
Siripo!...

SIRIPO. — *(Apartándola de sí)*

¡No!... Toda mi sangre al verla
se enciende como un fuego! Me domina...
y sin quererlo yo... voy hacia ella!
(Acercándose a la cristiana, dulcemente).
¡Cristiana! ¿Me odias?

LUCÍA. — *(Con voz reconcentrada)*

¡Sí, cacique, siempre!

(El indio pone un gesto de dolor como si le hubieran herido).
Mi esposo... ¿dónde está?

SIRIPO. — *(Con júbilo salvaje)*

¡Ah!... ¡Sí! ¡Espera!...

¡Ohá timbúes!

(Aparecen dos indios).

Al cautivo blanco,
entre lanzas, traedlo a mi presencia!

(Salen los indios. Siripo acercándose a la blanca, con voz reconcentrada).

¿El es el dueño de tu amor?... Ahora
no podrá serlo nunca más!

LUCÍA. — *(Angustiada)*

¿Qué intentas?

SIRIPO. — *(Marcando las palabras)*

Que puedas ver tu misma, con tus ojos,
penetrar en su cuerpo tantas flechas
como haya en mi flechero!

LUCÍA. — *(Desesperada)*

No, Cacique,
no lo veré: de tu arco la primera
flecha que parta se hundirá en mi pecho!

(Aparece Hurtado entre cuatro indios armados. Lucía al verle quiere echarse en sus brazos).

¡Hurtado!

SIRIPO. — *(Corriendo a impedirselo)*

¡No!

HURTADO. — *(Luchando por deshacerse de sus guardianes)*

¡Soltadme! Si tuviera
un acero en mis manos... contra todos
combatiría para defenderla!

LUCÍA. — *(Derribada al suelo por el cacique durante la lucha)*

¡Hurtado!

HURTADO. — *(Con desesperación)*

¡Mi Lucía!

SIRIPO

¡Dadme un arco!

*(Un indio le alcanza un arco).*YARA. — *(A los indios, por Hurtado, señalando un árbol)*

¡Atadle aquí!

*(Los indios obedecen).*SIRIPO. — *(Por la cristiana, que va a incorporarse aterrada)*

¡Timbúes, detenedla!

(Cargando el arco y apuntando a Hurtado).

¡Cristiana, mira!

LUCÍA. — *(En un grito desgarrador)*

¡No! Cacique, tente!

(Delirante de dolor, avanzando hacia el cacique que al oír sus palabras deja caer arco y flecha al suelo).

¡Te amaré! Te amaré, cuanto tú quieras.

¡No le volveré a ver! ¡Será tu esclavo!

Yo seré tuya!

YARA

¡Miente!

LUCÍA. — *(Jugándose el todo por el todo)*

¡No! Y en prueba

de que mi amor es cierto... mira, mira!

*(Se abalanza al cuello del cacique cubriéndole de besos).*HURTADO. — *(Que comprende todo el dolor del sacrificio de su amada, rompe en un sollozo, invocando a la Providencia)*

¡Señor, señor, tened compasión de ella!

LUCÍA. — *(Insistiendo vehementemente)*

¡Mi amor, mi amor si le perdonas!

SIRIPO. — *(Echándola hacia atrás la cabeza y clavando su mirada en los ojos de la cristiana)*

¡Blanca!

¡Tu amor! Ah, por tu amor todo lo diera...

(Fuera de sí, quebrando al final la voz en un sollozo).

religión, cacicazgo, todo... todo...

(Se aleja unos pasos de ella torturado por una lucha interior).

LUCÍA. — *(Alzando las manos al cielo).*

¡Ah, Dios mío! ¿Por qué me hiciste bella?

(Una pausa de hondo silencio).

YARA. — *(Acercándose al cacique, en voz baja)*

¡Te volverá a engañar! ¡Es por salvarle!

¡Pero no te ama!...

LUCÍA. — *(Postrándose a los pies del indio)*

¡Yo seré tu sierva!

Desde hoy haré cuanto tu amor me pida.

¡Mi vida es tuya! ¡Te la ofrezco en prenda!

¡El será tu cautivo!...

SIRIPO

Pero nunca

volverás a mirarle...

LUCÍA

¡No!

SIRIPO. — *(Terriblemente)*

¡Si llegas

a poner otra vez en él tus ojos...

junto con tu mirada irá mi flecha!

(A los indios, que obedecerán).

¡Desatadle! Cristiano, yo no quiero

cautivos. Eres libre. Llano y selva

y un rancho dentro de mi toldería

te ofrezco desde ahora... y si deseas

una mujer, elije de mi tribu

entre todas las indias, la más bella.

HURTADO. — *(Con ira reconcentrada)*

Dame a elegir entre tus lanzas una

con la que pueda atravesarte el pecho.

Dame la muerte, arrancándome los ojos...

No valen vida y libertad al precio

que me quieres hacer pagar, tan sólo
porque me ves entre tus lanzas preso!

SIRIPO. — (*Picado en su amor propio*)

¡Dejadle en libertad! ¡Dadle una lanza
a ver si puede atravesarme el pecho!

(*El mismo cacique toma su lanza para dársela al cristiano*).

LUCÍA. — (*Abalanzándose a él*)

¡No, cacique, no!

SIRIPO

¡Dásela tú misma!

YARA. — (*Acercándose a ellos, con perversidad*)

¡Yo se la alcanzaré!

LUCÍA. — (*Rechazando a la india*)

¡No! ¡Yo enloquezco!

(*Loca de dolor, agotada, cae de rodillas, implorante*).

¡Ten, Dios mío, piedad de mí!

HURTADO. — (*Desesperado, se acerca a Lucía*)

¡Lucía!

SIRIPO. — (*Impidiéndoselo*)

¡No, cristiano!

HURTADO. — (*Ante su impotencia, rompiendo en sollozos al final*)

Cacique... ¡me someto!

¡Haré cuanto queráis, libre o esclavo!

¡¡ Señor, Señor, Señor!! ¿qué te hemos hecho?

(*Hay una breve pausa de angustioso silencio*).

UN INDIO. — (*A Siripo*)

Cacique: están ardiendo las hogueras
en homenaje a Lambaré. Los fuegos
dan luz a todo el campo de las Palmas,
y armados de sus lanzas, los guerreros
espantan a las sombras de la noche
que sin cesar se posan en su cuerpo.

¡Quieren cerrar sus ojos! Las malditas
tienden veloces vuelos

alrededor de Lambaré, parecen
 caranchos grandes, negros...
 Y el malo añanguazú silba en la selva...
 Curupirá quiere apagar los fuegos...

SIRIPO. — *(Alzando, amenazador, su lanza)*

¡Añanguazú... Curupirá... mi lanza
 no os dejarán que os acerquéis al muerto!

(Va a hacer mutis; pero se detiene observando con recelo a Hurtado. La mirada de éste se encuentra con la del cacique. A un gesto de Siripo Hurtado hace mutis y detrás el cacique seguido de todos los indios. Quedarán en escena Yara y Lucía de Miranda).

YARA. — *(Acercándose lentamente a Lucía, dolorosamente)*

Cautiva... tú no amas al cacique...
 y yo... ¡lo adoro más que al sol!... Lo quiero...
 ¡más que a mi sangre!... ¡Es mi vida!... ¡Todo!
 Yo sé que tú nunca podrás quererlo.
 Tú amas al hombre blanco de tu raza,
 y lo amas tanto que, por defenderlo,
 juraste amor al indio que yo adoro...

(Vehementemente).

¿Nunca tuviste celos?
 ¿No sabes lo que son? ¡Cómo torturan!
 ¡No quema tanto el fuego!

(Con perversidad, marcando mucho la intención).

Entre todas las indias de mi tribu
 debe elegir una mujer tu dueño...
 Y si entre todas quiere la más bella...
 ¡yo seré la elegida!... Y en su lecho
 yo ocuparé el lugar que tú debieras
 ocupar... a su lado... y en mi pecho
 reclinará tu amante su cabeza...
 y yo le haré que olvide, con mis besos,
 los de tu boca...

LUCÍA. — *(Furiosamente)*

¡No!

YARA

¡Sí!... ¡Mis caricias
le embriagarán de amor, a tal extremo,
que olvidará las tuyas!

LUCÍA

¡No!

YARA

Mis brazos
no desprenderé nunca de su cuello...
y pasaremos juntos a tu lado...
y delante de ti nos besaremos...
y...

LUCÍA. — (*Retorciéndose de dolor*)

¡Calla! ¡No! ¡Dios mío!

YARA. — (*Triunfante*)

¿Agora sabes
cómo hieren los celos?

LUCÍA

¡Víbora, calla!...

YARA. — (*Gozándose en el dolor de la blanca*)

¡Sí! ¡Como las víboras,
he llenado tu sangre de veneno!
¡Agora... corre a mi indio y que él te cure!
¡Yo, agora, voy en busca de tu dueño!

(*Mutis corriendo*).

LUCÍA. — (*Echa a correr tras ella; pero se detiene aterrada al oír la voz
de Cayumari*)

¡No!

CAYUMARI. — (*Arrastrándose entre unas matas, llama a la blanca,
con misterio*)

¡Cristiana!... ¡Cristiana!

LUCÍA. — (*Aterrada va acercándose al lugar de donde sale la voz;
al reconocer a Cayumari, respira tranquilizándose*)

¡Cayumari!

CAYUMARI. — (*Al ver que Lucía va a acercarse a él*)
 No te acerques a mí, blanca... ¡Silencio!
 Escucha, sin moverte, mis palabras:
 ¿Recuerdas aquel día en que me hirieron
 los hombres de tu raza... y tú, piadosa,
 vendaste mis heridas?... En agradecimiento
 a tu bondad, el indio Cayumari
 no dejó de velar por ti un momento
 desde aquel día... que por defenderte
 corrí todos los riesgos...
 Y éste en que ahora estoy es el más grave:
 Tengo dentro de mí un remordimiento
 que me tortura horriblemente, blanca:
 ¡Por defenderte traicioné a mi pueblo!
 ¡Me olvidé de mi patria!... Y desde ahora
 nunca jamás podré pisar el suelo
 donde nací... ¡Pero aun quiero salvarte!
 ... Escucha, blanca: En un lugar secreto,
 que sólo yo conozco, está tu padre.

LUCÍA

¡Padre mío!

CAYUMARI

Dejéronle por muerto
 los indios sobre el campo de pelea.

LUCÍA. — (*Rápidamente*)

Pero vive...

CAYUMARI

Sí; pero está perdiendo
 sangre por una herida... porque una aguda flecha
 le penetró en el pecho...

LUCÍA

¡Ah!... ¡llévame a su lado!

CAYUMARI

No, cristiana...

ahora no...

NOSOTROS

LUCÍA

¿Por qué?

CAYUMARI

¡Calla... Silencio!

(Después de escudriñar, receloso, ante las sombras de la noche).

...Yo volveré cuando ya estén dormidos
 en el campo de palmas, los guerreros
 que están velando a Lambaré... Más tarde...
 con tu esposo me esperas aquí mismo...
 Yo conozco un camino entre la selva...
 y por ese camino llegaremos
 hasta el río, muy cerca de la playa
 donde anclado quedó vuestro velero...
 y antes que nazca el nuevo sol... vosotros
 podéis estar muy lejos
 de la tierra timbú!

LUCÍA. — *(Con las manos en alto)*

¡Gracias, Dios mío!

CAYUMARI. — *(Implorante)*

¡Y a mí también llevadme en el velero!

LUCÍA. — *(Afirmando)*

¡Mi Dios ha de premiarte, Cayumari!

CAYUMARI. — *(Mirando a todas partes, hace mutis arrastrándose sigiloso)*

Agora, calla...

LUCÍA. — *(Con ansiedad)*

¡Vuelve, vuelve presto!

¡No tardes, Cayumari!

(Cayendo de rodillas).

¡Gracias, gracias...
 mi Dios, que al fin quisiste oír mis ruegos!

HURTADO. — *(Apareciendo sigiloso)*

¡Lucía!

LUCÍA. — (*Con ansiedad*)

¡Hurtado!

HURTADO. — (*Yendo a abrazarla*)

¡Mi bien!

LUCÍA. — (*Alejándose de él temerosa*)

¡Si nos vieran!

HURTADO. — (*Sorprendido*)

¿Qué salvamos,

Lucía, . . . si no nos ven?

¿La vida? . . . ¿Cómo pensamos
en salvarla? ¿Para quién?

¿Pues la vida acaso vale,
Lucía, tanto dolor?

¿Habrá un tormento que iguale
al de vivir sin tu amor?

¿Es nuestra ya nuestra vida?

¿Pues porqué la defendemos?

¡Si amándonos la perdemos,
démosla por bien perdida!

¿Cómo perderla mejor?

¡Perdiéndola nos salvamos,
que si hay que morir, triunfamos
muriendo por nuestro amor!

¿Qué será sino agonía
nuestro vivir? ¡No, mi bien!

Olvidemos todo . . . y ven
junto a mi pecho, Lucía.

No nos aleje el temor
de morir . . . si a tal rigor
nos llevase nuestra suerte . . .

¡Que nos sorprenda la muerte
en brazos de nuestro amor!

(*Van el uno hacia el otro y quedan confundidos en un abrazo.*)

LUCÍA. — (*Con pasión*)

¡Hurtado mío!

HURTADO — *(Con emoción en la voz)*

... Mujer,
que en alas de un temerario
amor, subes mi calvario
resistiéndote a caer:
que siempre tan fuerte seas;
que no te falte el aliento
cuando en la cumbre te veas...
¡en el último momento!

LUCÍA

¿Quién piensa en morir, Hurtado?
¡Venga la muerte en buen hora,
que teniéndote a mi lado
no la temo!... Mas agora
mi Dios movido a piedad
nos salva... de aquí a un instante
podremos huir...

(Ante la sorpresa muda de Hurtado).

¿Verdad
que es un milagro?... Anhelante
la hora dichosa espero...
Cayumari, nuestro guía,
sabe un oculto sendero
desde aquí mesmo al velero...
y antes de nacer el día,
nos daremos a la mar!

HURTADO. — *(Dudando, con asombro y júbilo a la vez)*

¿No es sueño? ¿No es ilusión,
Lucía?...

LUCÍA. — *(Tristemente)*

¡Mi corazón
ya se olvidó de soñar!

(Hurtado la atrae hacia su pecho, tiernamente. En ese instante, Yara, que habrá llegado arrastrándose entre la maleza, al ver la escena).

YARA. — *(Con júbilo salvaje)*

¡Ah!

(Hace un mutis rapidísimo).

(Lucía y Hurtado se desprenden el uno de otro asustados por la exclamación de la india).

LUCÍA. — *(Mirando a todas partes)*

¡Qué!... ¿Cayumari?... Yo
juraría haber oído...

¡Cayumari?...

(A Hurtado, interrogándole) .

¿Tú?

HURTADO. — *(Suspense)*

Sí... yo

también oí...

LUCÍA. — *(Muy bajito)*

¿qué habrá sido?

HURTADO

¿Hay víboras por aquí?

LUCÍA

Tal vez...

HURTADO

La selva está llena.

LUCÍA. — *(Misteriosa)*

Yo ví una terrible... a mí,
por poco más, me envenena...
¡y hasta me llegó a morder!

HURTADO. — *(Asustado)*

¡Lucía!

LUCÍA

Mas ya sanó
la herida.

HURTADO

¿Dónde mordió?

LUCÍA

Muy dentro... Fué una mujer
la víbora que ví yo!

HURTADO. — (*adivinando*)

¡Yara!

LUCÍA

¡La misma! El dolor
le inspira tanta maldad!
Pero es digna de piedad,
que también sufre de amor!
Ella será la primera
que celebre nuestra huída,
que ya daba la partida
de su amor, como perdida
mientras la blanca viviera.
Mas ya la blanca se va...
en brazos de su cristiano,
rumbo al suelo castellano,
de dónde no volverá!

(*Como soñando, la mirada perdida a lo lejos, y abrazándose a su esposo al terminar los versos*).

Y en las noches largas... frías...
junto al fuego... en nuestro hogar...
¡qué dulce será evocar
estos angustiosos días!
Y cuando seamos viejos...
contaremos nuestra historia...
buscando en nuestra memoria...
como quien mira a lo lejos!
Y tal vez un trovador
llegue a conquistar su fama
con un romance de amor...
El romance de la dama
en pos del conquistador!
¡Qué dulce será evocar
entonces, nuestra pasión!

HURTADO. — *(Recibiéndola en sus brazos)*

¿Vés cómo tu corazón,
mi bien, aún sabe soñar?

(En el momento en que se abrazan llegan sigilosamente, ocultándose en la maleza Siripo y Yara).

(Yara tiende una mano hacia los amantes mostrándoselos a Siripo).

SIRIPO. — *(Ciego de ira, correrá de un lado a otro, como un león herido, al mismo tiempo que dice todas las palabras)*

¡Ah! ¡Timbúes!

(Lucía y Hurtado al oír el grito, se estrechan más que nunca. A los gritos del cacique van llegando indios que traerán la leña que pide Siripo, y la amontonarán alrededor del árbol del centro de la escena).

YARA. — *(Al ver la decisión del indio, triunfante)*

¡Al fin!

SIRIPO

¡Timbúes! Leña!!

HURTADO

¡Soñábamos, Lucía!

SIRIPO

La cristiana...

atadla aquí.

(Por el árbol del centro. Los indios se apoderan de la blanca, arrancándola de brazos de Hurtado).

LUCÍA. — *(Con terror)*

¡Dios mío!

SIRIPO

Que la hoguera

¡sea bien alta!

(Atan a Lucía al árbol indicado y encienden el fuego).

YARA. — *(Con mayor júbilo cada vez)*

¡Al fin!

SIRIPO

Y al castellano
amarradle a ese árbol! Dadme flechas!

(Obedecen los indios ambas cosas).

HURTADO. — *(Ya amarrado al árbol, clavando los ojos en Lucía, y ésta en él hasta morir)*

¡Lucía!

LUCÍA

¡Amor!

HURTADO

No dejes de mirarme
mientras vivas!

SIRIPO. — *(Enfurece más al oír las palabras de sus víctimas)*

¡Mi lanza! ¡Ah! La hoguera,
pronto timbúes!

(La leña empieza a arder; las primeras llamas lamen los pies de la blanca).

YARA. — *(Acercándose al cacique)*

Ya, Siripo, mira!

SIRIPO. — *(Sin atreverse a mirar)*

¡No!

HURTADO

¡Lucía!

LUCÍA

¡Mi amor!

SIRIPO. — *(Luchando consigo mismo)*

¡No quiero verla!

LUCÍA

¡Creo en Dios!

HURTADO. — *(Viendo sufrir a su esposa)*

¡Dadme a mí la muerte!

SIRIPO. — *(Apretando su lanza, y poniéndose frente al cristiano*

¡Agora!

¡Cristiana! ¡Mira!

(Clava su lanza en el pecho al cristiano. La blanca exhala un postrer grito al ver caer a su esposo, y ella al instante expira cayéndosele la cabeza sobre el pecho).

YARA. — *(En voz baja)*

¡Al fin!

SIRIPO. — *(Al ver la muerte de la blanca se le cae la lanza de la mano, da un agudo grito y corriendo hasta el árbol donde arde, la desata, la carga sobre su hombro y la trae al centro de la escena mientras dice):*

¡No! que no muera!

¡La blanca no! ¡La blanca no! ¡Cristiana!

(La tiende en el suelo, contemplándola con un gesto de profundo dolor).

¡Si con toda mi sangre te pudiera
volver a dar la vida! ¡Blanca! ¡Blanca!

(Estará arrodillado junto al cadáver de Lucía. En este momento se alza y les grita a los timbúes):

¡Matadme a mí! ¡Matadme a mí con ella!

(Cae otra vez de rodillas, sollozante, anonadado. Toma con verdadera unción entre sus manos la cabeza de la cristiana, y la va lentamente acercando a sus labios, mientras cae lentamente el

TELON

FIN DEL DRAMA

LA MISION DE LA ESCUELA

Pocas veces tan delicada la misión del orador, porque en una hora tan entrañable, el espíritu se abre a las generosas expansiones: la emoción se impone a todo, en la despedida de los bachilleres egresados de esta casa, y en la palabra de estímulo — efusiva y sin reservas — para los alumnos sobresalientes; porque los unos son los triunfadores que llevan andado una primera jornada, de aquella más larga de la vida entera, y porque los otros, urgidos por inquietudes de espíritu, tienen como la obsesión del término, y vienen rastreando la huella de sus predecesores.

La emoción del éxito es conturbadora: es una dulce embriaguez que hace olvidar al caminante las fatigas que sufrió, y de frente al porvenir, evoca una senda encantada, donde la vegetación le ofrece sombra propicia y la naturaleza, vestida de sus mejores dones, pone notas de luz, allá al final, destacando el palacio blanco y risueño, donde anida la esperanza y el ideal.

Yo no voy a restaros nada, jóvenes estudiantes, de esa sana, de esa legítima emoción, y creo que si así imagináis el porvenir, tenéis descontado de antemano gran parte de la felicidad, porque si no la hallarais en la vida, y el camino aquél fuera de difícil recorrido — sin sombra para el peregrino, sin caricias para el espíritu — el ensueño estaría en vosotros mismos, y la fe, la inquebrantable fe del hombre fuerte, sostendría inmune la energía contra las tentaciones que desvían a los débiles o aplastan a los enfermos de la voluntad.

* Este discurso que publicamos por encerrar muy atinados conceptos sobre educación, fué pronunciado por el doctor Ricardo Levene en el solemne acto público de la entrega de los premios a los bachilleres egresados en 1913 del Colegio Nacional Mariano Moreno. Asistieron a la ceremonia el Ministro de Instrucción Pública y las primeras autoridades de la enseñanza secundaria y del Colegio. N. DE LA D.

La emoción misma que comparto con vosotros, acaba de conducirme, por virtud de un proceso natural, frente a mi deber, para deciros todo lo que siento y pienso, acaso la última palabra para los que se van y de afectuoso consejo para los que todavía este hogar retiene.

*

Hace pocos días leía en mi clase de quinto año, el capítulo XVIII del "Príncipe" de Maquiavelo, titulado "De qué modo los príncipes deben practicar la lealtad". El escritor italiano habla de los reyes que han hecho grandes cosas y que de la lealtad y fe han tenido poca cuenta; de cómo los soberanos deben saber proceder como hombre y como bestia, para lo cual es necesario que sean educados por centauros. "Y siendo, pues, necesario a un príncipe — dice Maquiavelo — proceder como bestia, debe entre ellas imitar al zorro y al león, porque el león no se defiende de las trampas y lazos, ni el zorro se defiende de los lobos. Es menester, pues, ser zorro en el conocer lazos y trampas y león en el amedrentar a los lobos".

Los alumnos escucharon con la atención que toda aquella original y sugestiva época del Renacimiento despierta en el espíritu del estudioso: contradicciones inconciliables formaron en una misma sociedad, cuando los Papas como Julio II poníanse al frente de coaliciones europeas para pelear contra Francia, y artistas, perfectos e inimitables artistas del buril, como Benvenuto Cellini, eran al propio tiempo sacerdotes del arte y asesinos.

Terminada la lectura, pregunté a los alumnos su impresión sobre aquella desconcertante página de Maquiavelo, cuya moraleja consiste, en síntesis, en aconsejar la fuerza y la astucia para triunfar en la vida.

Un distinguido discípulo, espíritu inteligente y ponderado, me dijo más o menos así: "Señor, desgraciadamente la moral de Maquiavelo es todavía la moral imperante; la victoria es de los simuladores y de los hábiles, pero no de los capaces".

Y puso en estas palabras un dejo de amargura en la edad de todos los entusiasmos.

He arrancado este episodio de la vida del aula, de tan íntimas y cálidas confesiones como la vida del hogar, porque las palabras de aquel joven eran el sentir de la mayoría de los alumnos, y

porque pareciera como si los buenos no creyesen en una justicia social distributiva, fundada en la aptitud, el mérito o la conducta.

Entre tanto, como si un soplo helado filtrara por sus almas y destruyera en flor sus ilusiones, como si comenzara a palidecer aquel tonificante y fecundo sol de optimismo, que ha sido la fuerza nacional por excelencia, la nueva juventud se inclina a no creer; y esta duda paralizante de la acción, que agota la buena voluntad, que siembra en los corazones la convicción de la ineficacia en el esfuerzo propio, que incita a no hacer, o hacer por caminos fáciles, denuncia una grave enfermedad moral — crisis de carácter y de fe — que no puede ser curada sino en la escuela. en una escuela que eduque sin pretensiones de hacer sabios enciclopédicos a la edad de diez y seis años, pero que eduque para la vida, forjando y arraigando indestructibles disciplinas morales e intelectuales, y que eduque para nuestra sociedad y para nuestra época, formando caracteres incorruptibles y ciudadanos capaces de una democracia libre.

El señor ministro de Instrucción Pública ha expresado recientemente que el Colegio Nacional no es la puerta de entrada de la Universidad. Bienvenida esta alta orientación, que esperamos definitiva y orgánica, para que los institutos de enseñanza secundaria realicen su misión en el sentido de educar y no instruir, conforme a un pensamiento tan difundido como practicado. Educar quiere decir formar a un hombre en la integridad de su conducta, en la firmeza de su carácter, en su moralidad sin tacha, en su espíritu de acción y en el equilibrio armónico de todas las potencias de su alma. El Colegio Nacional será entonces la puerta de entrada a la democracia, que es el gobierno que por definición supone mayor libertad, y necesita, por tanto, ciudadanos aptos, con una clara noción del deber, con el hábito y la energía para dominar sus pasiones, con la aptitud para la asociación y la solidaridad, dado que el individuo aislado nada vale, nada puede ni nada significa, y dado que la democracia es, en definitiva, la escuela fecunda de todas las virtudes viriles del ciudadano. Se ha hablado y se ha escrito mucho sobre esa misión de la escuela en una sociedad cosmopolita, heterogénea, amorfa, como la nuestra. Los más se han inclinado por la fórmula "la escuela debe argentinizar", aunque no se ha definido el concepto preciso y escrito que esta afirmación entraña. Cuántos maestros

llegaron a equivocarse su sentido entendiendo por "argentinización" pintar con los colores de la patria el toldo de la escuela! Cuántos otros, ensayando interpretar esa nueva política educativa, entendieron que consistía en enseñar preferentemente la historia externa de nuestro país, en formar al alumno en el concepto heroico y militar de la patria, cerrando los ojos ante el cuadro de toda la historia humana y olvidando la historia secular de la lucha por la cultura, por la civilización, por la libertad.

En el seno de esta sociedad, en profunda transición histórica, la escuela argentina debe moralizar. Moralizar quiere decir — según el vigoroso concepto de Ihering — no sólo no cometer una injusticia, sino no permitir que nadie la cometa. Quiero expresar que la escuela argentina debe formar y robustecer esa poderosa fuerza social que gobierna a los pueblos cultos — la conciencia colectiva o la opinión pública — que enérgica y sin piedad, cae sobre todos aquellos delincuentes, que las leyes no califican de tales, pero que hacen daños positivos, porque aflojan y corrompen los vínculos de la asociación humana, porque desorganizan el orden social.

No hay sino una sola moral, privada o pública, hemos dicho en clase más de una vez, porque es una e indivisible la conciencia, y es absurdo admitir que un hombre puede ser bueno en su hogar y en la vida pública infrinja un reglamento como funcionario o venda su voto como ciudadano. Del mismo modo en la vida de un pueblo. Los dictadores, los aventureros, los políticos sin escrúpulos, gobiernan a los pueblos que han renunciado a su dignidad en la vida privada, que han hecho abandono de las conquistas morales que la civilización les ha entregado para que las ejerciten y utilicen como un instrumento de progreso: la libertad y el derecho.

*

Y bien, jóvenes bachilleres: los que habéis ingresado a la Universidad y los que habéis aplicado vuestra energía a tantos campos de la actividad social; sois soldados de esa causa, caballeros armados de ese ideal, lanzados a la vida del país para cumplir un destino; vuestros sueños tendrán vuelos de águila y se cernirán sobre vosotros en alas de la victoria, si tenéis fe, fe invul-

nerable a la decepción, fe que dignifica y ennoblece la vida, la fe en la justicia, en la verdad, en el ideal.

Y luchad por estos grandes amores, con la emoción que movía vuestro espíritu cuando pensabais en la madre, que estaba con vosotros en todos los instantes, que sufría con vuestra preocupación o vuestro dolor, y que se ilumina en una dulce sonrisa, como ahora, con vuestro triunfo; así, la madre común, la patria de todos, esta grande y generosa patria de todos los hombres libres, que os sigue y os espera y que sufre y sonríe — la pupila fija y el espíritu inquieto — con la misma pura emoción de la madre.

RICARDO LEVENE.

NOTAS Y COMENTARIOS

Ramón Menéndez Pidal.

El ilustre filólogo y crítico español don Ramón Menéndez Pidal, considerado junto con Adolfo Bonilla de San Martín, el más alto discípulo de Menéndez y Pelayo, por confesión del mismo maestro, es nuestro huésped desde hace unos días. Infatigable erudito y analista penetrante, es grande la contribución que los estudios filológicos y literarios le deben: bastaría para señalarlo como maestro eminente su gramática histórica de la lengua o sus admirables estudios sobre la epopeya española, con ser ambas investigaciones una mínima parte de su obra. El primero de Agosto iniciará Menéndez Pidal en la Facultad de Filosofía y Letras su anunciado ciclo de conferencias públicas sobre Menéndez y Pelayo, y el cuatro del mismo mes sus lecciones especiales acerca del teatro de Lope de Vega, cursos ambos que han de ser fecundos en enseñanza para sus oyentes.

NOSOTROS, reservándose tratar de ambos cursos con mayor extensión en el próximo número, presenta su homenaje de simpatía al ilustre erudito.

La recepción del doctor Antonio Dellepiane en la Academia de Filosofía y Letras..

A mediados del mes corriente la Academia de Filosofía y Letras recibió a su nuevo miembro, el doctor Antonio Dellepiane. Bien merecía tal homenaje el autor de tanta obra noblemente pensada, desde *Las causas del delito*, excelente libro que en su hora tuvo repercusión en todos los círculos intelectuales, hasta su reciente *Filosofía del Derecho Procesal*, cuya exposición en la Academia de Ciencias Morales y Políticas del Instituto de Francia, valió a su autor uno de sus más bellos triunfos.

El doctor Dellepiane ofrece, en nuestro país y en el momento actual, uno de los más estimables ejemplos de laboriosidad estudiantosa. En este sentido, su obra múltiple y representativa, tiene valor evidente en el desarrollo de nuestra cultura.

En el acto de la recepción académica el doctor Dellepiane leyó su trabajo sobre la tradición intelectual de los López, y fué su conferencia al propio tiempo que análisis erudito y crítica sagaz, obra de noble factura literaria. El doctor Dellepiane por la sutileza de su criterio, la elegancia de su estilo y por la profundidad de su inteligencia de investigador concienzudo, pertenece a ese grupo de estudiosos del cual Taine es el maestro admirable.

El doctor Ernesto Quesada hizo, en nombre de la Academia, el elogio de la obra de su nuevo miembro.

Cuarteto Beethoven,

En el salón *La Argentina* acaba de celebrarse el primero de los dos conciertos con que se anunció esta nueva sociedad musical, constituida por los valiosos elementos representados por los señores Vela y Casals (violines), Ramón Vilaclara (violoncelo) y Gambuzzi (viola).

La falta de espacio, al no permitirnos publicar en este número la "Crónica musical", nos impide ocuparnos de este concierto con la merecida extensión, pero es justicia que dejemos constancia de la alta nota artística dada por el naciente Cuarteto, que dedicó su programa inaugural a Beethoven. Se interpretaron dos cuartetos y un trío.

Los ejecutantes dieron prueba de una envidiable precisión puesta al servicio de un perfecto entendimiento de las obras vertidas, pero más aún que esta precisión y que la técnica eficaz puesta de relieve, debemos elogiar el noble sentimiento artístico con que ellas fueron expresadas.

Deseamos un completo éxito a la nueva institución, acerca de la que escribiremos más ampliamente en próximos números.

Exposición de caricaturas.

El popular dibujante Filiberto Mateldi ha expuesto en el salón de la Cooperativa Artística una serie de caricaturas que ponen en evidencia una vez más sus raras condiciones de humorista.

La caricatura, que ha evolucionado del *grotesco* antiguo hacia el dibujo incisivo y mordaz, del mismo modo que la risa franca y bonachona de antaño se ha convertido en una mueca irónica, requiere una penetración sutil no fácil de encontrar y que el señor Mateldi realiza admirablemente. Su penetración honda y rápida parece rivalizar con la agilidad de su técnica. El señor Mateldi maneja el carbón y el pastel con una maestría y una seguridad envidiables. Con sus rasgos rápidos graba la expresión fugaz que ha de revelarnos una modalidad de su personaje, y así nos muestra la nostálgica expresión del ministro de Italia, que parece echar de menos su saturniana tierra, el espíritu sutil y felino del señor Manuel Láinez, el carácter arremetedor e irreductible del crítico Barrenechea, la bonhomía pesada de nuestro vicepresidente, la irritabilidad del señor Joaquín de Vedia, trabajos todos estos que cuentan entre los mejores.

Las obras del señor Mateldi, no sólo hacen reír, sino que hacen pensar las más veces y en esto concuerda con los grandes humoristas modernos, cuyos dibujos son con frecuencia una síntesis filosófica. La exposición del señor Mateldi ha gustado mucho y esperamos que esta circunstancia mantenga por mucho tiempo el buen humor de este artista.

La "Revue Sudaméricaine".

Con el séptimo número ha dejado de aparecer la *Revue Sudaméricaine* que fundó y dirigía en París Leopoldo Lugones.

Nos ocupamos de tan importante revista cuando apareció, y exteriorizamos entonces nuestra disconformidad absoluta con su carácter. Es ese mismo carácter, apenas modificado en los números posteriores, el que la ha matado. A nuestro juicio la *Revue Sudaméricaine* no podía sostenerse librada a sus propias fuerzas, pues, poco francesa en Francia, dadas sus pretensiones americanas, y demasiado francesa en la Argentina, ni allá ni aquí podía competir con esperanza de éxito con publicaciones ya acreditadas como la *Revue des deux mondes*, la *Revue* o *Le Mercure*.

¿Hemos de declararlo con franqueza? No nos interesa el éxito de estas empresas argentinas que buscan conquistar a París con unas cuantas páginas de papel impreso. París y Europa los conquistaremos a su debido tiempo cuando lo merezcamos — dentro de uno o dentro de cien años, — y para merecerlo necesitamos

trabajar de veras, material, moral e intelectualmente en nuestro suelo, y no pasarnos allá disfrazados de franceses. Los hombres del alto valer de Lugones debieran intentar en Buenos Aires la fundación de una gran revista, bien sea con el apoyo oficial, así como Groussac creó *La Biblioteca* en mala hora desaparecida, y acaso contribuyeran entonces enormemente a formar el ambiente intelectual que a nuestros literatos les falta y tanto necesitan para hacer obra de largos alcances, que los dé a conocer en Europa. Pero, impacientes, quieren comenzar por allá, sin antes hacer algo aquí, y así les va...

Instituto Popular de Conferencias.

La Prensa ha tenido una excelente iniciativa, que creemos de nuestro deber alabar sin restricciones. Ha entregado su gran sala de actos públicos a una comisión de distinguidos caballeros, ventajosamente conocidos en nuestro mundo intelectual, a fin de que organicen en ella permanentemente todos los años desde el 15 de Mayo al 15 de Octubre, conferencias de todo carácter a cargo de hombres de estudio y de letras reputados. El hecho de que *La Prensa* haya creído conveniente dar a la institución proyectada autonomía tal que la resguarde de las contingencias que pudiera crearle la dependencia directa del diario, y sus propósitos de apoyar en todo sentido a la institución para asignarle de día en día un mayor radio de acción, dotándola de una revista y dándole el carácter de una universidad libre, hacen todavía más loable la iniciativa.

Esta fundación será denominada *Instituto Popular de Conferencias*, y su dirección estará a cargo, por el momento, de los siguientes señores, designados por la dirección del diario: Estanislao S. Zeballos, Angel Gallardo, David de Tezanos Pinto, Rodolfo Rivarola, Juan B. Señorans, Carlos Iburguren, Miguel Mastrogianni y Carlos M. Morales. Actuará de secretario el señor Adolfo Dago Holmberg.

Nada más tenemos que agregar por ahora a lo dicho: sólo cabe esperar. La idea es óptima y merece hacer camino si los destinados a realizarla logran, como se lo indica el artículo III.º del Reglamento del Instituto, "proceder severamente, a fin de mantener la cátedra con la mayor altura y dignidad".

Viajeros.

— A mediados del corriente, regresó de Europa, a donde había ido con misión del gobierno argentino, para asistir al “Congreso del Libro” de Leipzig, nuestro colaborador y vicepresidente del directorio de la Sociedad Cooperativa NosOTROS, don Alberto Gerchunoff.

El fuerte escritor vuelve más señor que nunca de sus admirables facultades de observación, de crítica y de expresión, aguzadas y perfeccionadas por su estadía en el Viejo Mundo, y no ha de tardar en darnos los bellos libros que *Los gauchos judíos* anunció, y su talento, llegado a la plena madurez, promete.

— También está de nuevo entre nosotros, después de una larga ausencia, el doctor José Ingegneros. Regresa el mismo de siempre, el que todos conocen, a la vez serio y juguetón, juguetón en la vida, serio en el estudio. Decir con qué satisfacción se le ha vuelto a ver por sus muchos amigos y admiradores está de más. NosOTROS que disintió radicalmente con su libro *El hombre mediocre* y la actitud desconcertante que acompañó a la publicación de dicha obra, se complace en saludar cordialmente al simpático escritor e ilustre publicista, augurándose por él y por la ciencia argentina, que su consagración a los estudios psicológicos y sociales, terreno donde tanto ha hecho ya, sea definitiva, y un hecho, por todos anhelado, su ascensión a la cátedra en las dos Facultades de Medicina y de Filosofía y Letras.

Ediciones de “La Lectura”.

Recomendamos a nuestros lectores los últimos volúmenes de la excelente edición de los *Clásicos Castellanos* que con unánime aplauso de los entendidos y de los amantes de las buenas letras está realizando *La Lectura* de Madrid. Constituyen los dos volúmenes recientemente aparecidos, que vienen a agregarse a la ya larga lista de los anteriormente publicados, *La vida de Lazarillo de Tormes* y *Fernando de Herrera*. Ambos están presentados con el habitual esmero tipográfico y con un abundante material crítico-bibliográfico. Muy interesante sobre todo es la Introducción al *Lazarillo* de Julio Cejador y Frauca, en la cual este reputadísimo filólogo español intenta atribuir, la discutida paternidad de la famosa novela, con argumentos muy dignos de tomarse en

cuenta, a Sebastián de Horozco, insigne escritor del siglo XVI, de aquel grupo erasmista que floreció bajo Carlos V y al cual pertenecieron hombres como Juan de Valdez y Cristóbal de Villalón, resucitados por la crítica sólo en estos últimos tiempos.

Una revista juvenil.

Se titula *Páginas* y la redactan unos animosos literatos en ciernes, alumnos del Colegio Internacional de Olivos. Muy elegante el formato, excelente el papel y la impresión, abundante el material, y bueno, lo que no es tan común. Prosa — cuentos, descripciones y críticas — versos y caricaturas, todo muy discreto y muy simpático. Algunos de esos muchachos prometen de veras. La empresa merece ser estimulada y lo hacemos con viva complacencia, a la vez que señalamos a los directores de los buenos institutos de enseñanza oficiales o particulares la conveniencia de alentar estas iniciativas tendientes a encender un poco de idealismo en el alma de los jóvenes estudiantes, mediante el culto de las artes, y acaso a determinar el florecimiento de alguna escondida vocación.

NOSOTROS.
